arriesgar la vida

P. Wunibal Grüninger OFM Cap.



In necessariis unitas, in Probiis libertas, in ounnibus caritas

J. Thorosity;

"En lo necesario unidad, en la duda libertad, en todo el amor."

P. TEODOSIO

P. Wunibald Grüninger OFM Cap.

ARRIESGAR LA VIDA

Padre Teodosio Florentini como reformador de escuela, acción social y política social

INDICE

| | | Pags. |
|-----|---|-------|
| | Prólogo | 7 |
| 1. | Donde aparezca algo de los Florentini hay ta- lento | 9 |
| 2. | Coloque un monje en los más verdes prados del paraíso y hasta donde se proyecte su sombra, quemará toda vida | 13 |
| 3. | Sólo a través de las escuelas y hospitales cris- tianos, se puede combatir la inmoralidad y la irreligiosidad | 17 |
| 4. | Si alguien quiere trabajar en la salvación de los demás, debe estar libre de las preocupaciones terrenas | 22 |
| 5. | Se supone que aquí no voy a desarrollar toda la pedagogía teodosiana | 28 |
| 6. | Mi convento es el mundo | 35 |
| 7. | Nos alegramos de ver por primera vez a los queridos niños aquí reunidos | 40 |
| 8. | Pero si tienen al señor párroco | 45 |
| 9. | Varias situaciones desagradables nos llevaron a abandonar Menzingen momentáneamente | 50 |
| 10. | Vamos a estar observando atentamente a este hombre | 55 |
| 11. | Las hermanas deben estar preparadas para de- sempeñarse en cualquier lugar | 60 |
| 12. | Muy a pesar mío y con mucho desagrado me fui de superiora a Coira | 65 |
| 13. | Las hermanas dedicadas a lo asistencial y no- sotras ahora una misma cosa | 80 |
| 14. | La relación fundamental del P. Teodosio con las Hermanas de la Santa Cruz, consiste en que | |
| | él es su fundador | 90 |
| | | |

PROLOGO

Prólogos y dedicaciones están fuera de moda, sin embargo, quiero recordar a dos hermanos, porque sin su amor y esfuerzo, no habría sido posible escribir este libro.

El primero, ya difunto, Dr. P. Magnus Künzle que redactó y ordenó en un trabajo minucioso y científico el material sobre la vida del Padre Teodosjo.

El segundo es Dr. P. Veit Gadient que escribió la grandiosa biografía de Teodosio, trabajo histórico profundo

que es una obra modelo de valor permanente.

El P. Veit escribió su obra en Zürich. También esta semblanza franciscana, un aporte modesto en el centenario de la muerte de este hombre pionero, ha sido escrita en el hogar de los capuchinos que trabajan en la misión de Zürich. Si hoy, los católicos de la ciudad y del cantón Zürich, disfrutan de una auténtica tolerancia, eso se debe también al aporte indirecto del P. Teodosio Florentini, como vicario general de la diócesis de Coira. Es a él a quien debemos en primer lugar nuestra gratitud.

Zürich, Pentecostés 1964

ELAUTOR

"Donde aparezca algo de los Florentini, hay talento."

> (Florin Pitsch, profesor en el pueblo de Müstair)

Muchas veces ha ocurrido que un alumno inteligente que faltaba a la disciplina externa, fuera expulsado del colegio cargado de vergüenza y amonestaciones. Los profesores lo amenazaban diciendo:

"De tí no saldrá nada inteligente, a lo sumo irás a parar a una casa de corrección."

No sabemos cuál debió ser la amenaza que le dieron a Antonio Crispín Florentini, los severos profesores del liceo de Bozen. En todo caso su madre no debió haber estado muy contenta, cuando su niño inquieto regresó a Müstair, con un certificado de expulsión. La señora Florentini se dedicaba enérgicamente a la educación de sus hijos, dos hombres y dos mujeres. La tercera hijita había muerto poco después del nacimiento. El segundo hijo llamado Antonio Crispín, le daba las mayores preocupaciones. ¿Le faltaba acaso la severa y firme mano del padre? Pues Crispín había perdido a su padre a los 8 años de edad.

Florín Pitsch, maestro en la escuela del pueblo de Müstair, conocido como poeta y jefe comunal, entendía psicología humana. Seguramente él debió consolar a la viuda Florentini, cuando su hijo con otros compañeros, fueron despedidos del liceo de Bozen, porque los revoltosos rapaces montañeses, a espaldas y también abiertamente, hacían bromas a los profesores y demás compañeros, en lengua romanche que nadie entendía en el Tirol. Crispín había estudiado ya antes el alemán en una escuela austríaca de un pueblo vecino. A pesar de su vivacidad juvenil, a pesar de su poca dedicación al estudio, se ve que en la escuela faltaba una sana y adecuada vigilancia de los

alumnos, Crispin daba cumplimiento a las palabras del poeta del pueblo. "En Antonio Crispin, no era cuestión de algo de los Florentini, sino que era de pura cepa."

La señora Ana Fallet de Florentini buscaba un camino:

"Mi hijo Crispín es muy inteligente. Debería poder continuar sus estudios. ¿Dónde? ¿Quién querrá tenerlo? ¿Quién podrá orientar su carácter indomable?"

Fue entonces cuando se le vino a la mente una buena

idea:

"Lo mandaré donde mi hijo a Stans."

Así Crispín fue confiado a su hermano mayor que trabajaba como capuchino en el colegio en Stans. Con tino pedagógico este maestro consiguió guiar por buen camino a su hermano que era moralmente sano, pero algo ligero en actuar.

Debido a su gran capacidad, Crispín no siempre veía necesaría la preparación para las clases. Sabía improvisar muy bien. Ya se interesaba por muchas otras cosas que estaban fuera del programa escolar. Pero luego, en pocos días de estudio intensivo, se recuperaba y sobrepasaba a sus compañeros. En los exámenes solía hacer preguntas capciosas, que muchas veces los profesores apenas podían responder y él se lucía como un alumno destacado.

A los dos años, tuvo que irse de Stans, porque su hermano había sido trasladado por sus superiores a Baden en el cantón de Argovia. Crispín lo siguió a esa ciudad, que entonces era sede del consejo de la vieja confederación. Su hermano, el P. Florián, desempeñaba el cargo de maestro

de novicios y de lector.

Antonio Crispín siguió primero un semestre de retórica. Entonces la muerte cruel, vino a arrebatarle a su hermano y protector. El P. Florián que sólo tenia 27 años de edad, fue sepultado en el cementerio de los padres capuchinos de Baden. ¡Cómo iba a quedarse más tiempo en el lejano Baden el joven campesino de Graubünden! En Coira, capital de su cantón natal, reanudó sus estudios de retórica y siguió también física y filosofía. Esta vez los profesores estuvieron contentos con él. Al joven estudiante de 17 años, nacido el 23 de mayo de 1808 en Müstair, pueblecito cercano a la frontera sur del Tirol, el rector le ofreció los estudios para llegar a ser profesor universitario y para más tarde, la cátedra de filosofía en el liceo de Coira. El voluntarioso Florentini rechazó el ofrecimiento, porque no

queria dejarse amarrar. De nuevo recogia todas sus cosas en un atado y emprendió la marcha a pie. Su meta era Solothurn. Alli, en la distinguida ciudad de los embajadores, quería dedicarse al estudio de la teología. En el camino pasó a visitar la tumba de su hermano en el cementerio de los capuchinos de Baden. En este lugar, repentinamente, Crispín reconoció su vocación. Tomó la decisión de entrar en la Orden Capuchina que busca servir a Dios y a los hombres en humildad y pobreza, basada en la Regla de San Francisco. Ligereza juvenil y proyectos inestables habían desaparecido. Sin más vueltas y dilaciones, iba a seguir las huellas de su hermano muerto prematuramente. En lugar de ir a Solothurn, se dirigió a Sion la capital del cantón Wallis y fue aceptado en el noviciado de los capuchinos. Antonio Crispin Florentini, recibió el nombre de Teodosio. Desde entonces llevó el sencillo traje de poverello de Asís que lo comprometió en pobreza, castidad y obediencia, durante toda su vida. El repentino llamado a la Orden Capuchina, lo podemos explicar en pocas palabras: fue una inspiración inexplicable. Expresión verdadera y característica de toda su personalidad.

Después de haber pasado las pruebas internas y externas del año del noviciado, el joven religioso hermano Teodosio, hizo sus votos el 22 de octubre de 1826. Pero siguió viviendo en Sion, para estudiar filosofía y teología. Los profesores que en la casa de estudios preparaban a los jóvenes religiosos para el sacerdocio y la pastoral, eran llamados lectores entre los capuchinos. En el convento de Sion, vivía en aquel tiempo un lector, el P. Segismundo Furrer, que ejerció una enorme y sólida influencia en el P. Teodosio, gracias a sus estudios en el campo de la investigación histórica y a su profundo conocimiento de las corrientes fi-

losóficas modernas.

El 25 de noviembre de 1830, obtenida la dispensa eclesiástica que exigía su edad, el diácono Teodosio fue ordenado sacerdote en Sion. En otoño de 1831, fue trasladado a Solothurn como maestro de novicios y un año más tarde, con el mismo cargo y el de lector, a la conocida ciudad de Baden, con lo cual pasó a ocupar el mismo cargo de su hermano difunto. Fue una prueba de suma confianza de parte de los superiores, la de dar al joven religioso una tarea de tanta responsabilidad. En 1838, el consejo provincial lo nombró guardián. Como tal, dirigió con tino y prudencia

la comunidad de Baden. Cuanto más que entonces la Iglesia y los conventos estaban siendo amenazados por el Estado.

El P. Teodosio seguía con suma atención los acontecimientos del momento. Como lector guiaba vocacionalmente a los estudiantes capuchinos. Tenía que estar cientificamente a la altura y al corriente respecto a los hechos que ocurrían cada día. Su biblioteca personal aumentó. Como guardián tenía libertad de movimiento, para hacer nuevas adquisiciones, así enriqueció la biblioteca del convento con unos cuatrocientos volúmenes. Eran especialmente libros de contenido teológico, pero había también obras de arte y de ciencias naturales. Preparaba concienzudamente sus conferencias, las que exponía en una pequeña sala del convento. Sus clases eran vivas y atrayentes. También en pastoral llegó a ser pronto el predicador y el sacerdote más buscado. Lleno de confianza el pueblo creyente lo consideraba el más poderoso defensor de la Iglesia, que era atacada por todos lados.

Hasta el final de su vida, el P. Teodosio trabajó con una agilidad extraordinaria. Su mente clara jamás perdía el hilo del contenido oculto en los acontecimientos. Le brotaban las ideas creativas y las intuiciones, las que llevaba de inmediato a la práctica. Tenía mucha sensibilidad para captar los acontecimientos que ocurrían en aquella ciudad de Baden, sede del Consejo, donde había mucho movimiento.

No cabe duda que la Providencia lo había colocado en este puesto importante, puesto que en el recién formado cantón de Argovia, él podía observar muy de cerca y directamente con sus propios ojos y oídos, los acontecimientos políticos y su trasfondo ideológico, juzgarlos y enfrentarlos sin temor empleando los medios adecuados.

CAPITULO 2

"Coloque un monje en los más verdes prados del paraíso y hasta donde se proyecte su sombra, quemará toda vida..."

> (Agustin Keller, director de la Escuela Normal, en una sesión del gran consejo el 13 de enero de 1842)

El cantón de Argovia no fue independiente ni libre desde el comienzo, como los demás cantones de Suiza central, sino que estuvo subordinado a otros. Lo que la Revolución Francesa había proclamado con sonoras palabras, se hizo realidad en Suiza después de 1798. Entonces todas las situaciones de dependencia fueron desapareciendo. Entre tanto Baden era un poderoso dominio de la Confederación; esto significa que algunos cantones se turnaban para asumir el gobierno y la administración del condado de Baden. Los gobernadores de la Confederación, establecieron su residencia en el castillo al otro lado del rio Limat.

Al Oeste dominaba Berna sobre una extensa región. Todo lo que los antiguos confederados habían conquistado, pasó a ser propiedad común. En cambio los de Berna hacían sus conquistas por su cuenta e independientemente. Sólo cuatro ciudades conservaron ciertos derechos: Aarau, Zofingen, Brugg y Lenzburg.

Los campesinos católicos del valle de Frick, vivían bajo el poder de Austria. Lo mismo el Freiamt con su centro conventual de Muri y la pequeña ciudad de Bremgarten en el Reuss, fueron propiedad común. Por la declaración de Napoleón, todos estos distritos, con sus marcadas diferencias políticas, históricas, culturales y religiosas, fueron artificialmente refundidos y Aarau fue declarada su capital.

Hasta el cambio de Constitución en 1831, en el cantón de Argovia, había un número más o menos igual de católicos y protestantes. Ambas confesiones estaban representadas en el Gobierno, en la educación y en los puestos públicos en una proporción más o menos igual. Por lo tanto

había un justo equilibrio. Pero cada vez más, los liberales o radicales, querían tomarse el poder. La mayoría de los liberales protestantes de la metrópoli y del antiguo Argovia sometido a Berna, querían hacer valer su influencia política también en el resto del cantón. Portavoz de estas aspiraciones era el poderoso partido liberal que encontró partidarios entusiastas tanto en las regiones paritarias como en las exclusivamente católicas.

¿De donde sacar los medios financieros para la construcción del nuevo Estado? Con peticiones hechas al Gobierno y en demagógica propaganda, se hacía referencia a la Iglesia Católica y a sus acaudaladas fundaciones y conventos. Ya la fusión de regiones católicas con una mayoría protestante, habia sido un atropello violento. Hombres de estado con mucha visión, eran desoídos intencionalmente por el Gobierno de Aarau, cuando presentaban sus dudas respecto al más o menos arbitrario modo de establecer las fronteras en beneficio del cantón recién formado. Los círculos liberales y anticlericales imponían sistemáticamente su voluntad. El régimen de centralización controlaba la economía y administración de las fundaciones eclesiásticas. Es decir, al comienzo, los representantes del Gobierno de Argovia, no se mostraron como enemigos de la Iglesia y de los conventos. Fue la revolución liberal de 1831, la que trajo un Gobierno más radical que se propuso una triple meta:

- Los derechos del pueblo, en los asuntos cantonales deben ser fuertemente acentuados.
- La Confederación suiza, debía ser transformada en un Estado Federal sólidamente constituido.
- El valor más alto es el Estado, por eso hasta la Iglesia ha de estarle sometida.

La cumbre de esta política liberal y democrática, la constituyó la Conferencia de Baden, en la cual se reunieron los representantes de siete cantones, en 1834. Estos delegados elaboraron catorce artículos, según los cuales la Iglesia Católica debía quedar totalmente subordinada al Estado. Además de la fundación de una arquidiócesis que abarcara a todo el país, el Documento de Baden, proponía los siguientes artículos:

 Permiso estatal, para la publicación de documentos papales y episcopales.

- Inspección de seminarios, conventos y fundaciones de parte del Gobierno.
- Realización de matrimonios mixtos por el párroco, aun cuando las leyes eclesiásticas no lo contemplen.
- Reducción de los dias festivos y dias de ayuno.

Los católicos de ninguna manera podían aceptar esta tutela estatal en lo eclesial, ejercida por los liberales bajo los slogans de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Si las resoluciones de Baden se hubiesen llevado a cabo, la jerarquía eclesiástica en Suiza habría tenido que sufrir mucho bajo este dominio antidemocrático.

El pueblo católico suizo, como también los protestantes de buen criterio, desaprobaron el proceder dictatorial de los liberales. Para prevenir de antemano un levantamiento del pueblo el Freiamt fue ocupado por un fuerte batallón de tropas radicales. Esta violación desafiante de los derechos, no podría pasar al olvido tan pronto. Después de la Conferencia de Baden, las abadías masculinas de Argovia, debían pagar anualmente sumas gigantescas al Estado.

En el otoño de 1835, sin dar razones concretas, Muri y Wettingen, fueron obligados a cerrar sus dos escuelas particulares, tan eficientes y queridas por el pueblo, aunque las direcciones de estas escuelas estaban dispuestas a adaptar el programa escolar a la nueva ley del Estado.

El nuevo Estado mostraba especial interés en las escuelas y su fundamento ideológico. A través de la educación, quería robustecer su poder político. Esta meta sólo se fue consiguiendo por etapas. Como todos los puestos públicos fueron ocupados por hombres de mentalidad liberal, lo mismo sucedió con las plazas para maestros e inspectores escolares. El antiguo proyecto de un liceo católico en Baden, fue eliminado. Por el contrario, el Gobierno y el partido, se ayudaban mutuamente en la fundación del liceo cantonal de Aarau, que como semillero del espíritu liberal, excluyera de antemano, cualquier influencia del pensamiento eclesial.

Se comprende entonces, que el Estado radical se apoderara también de la formación de los maestros, ya que una escuela respira más el espíritu del maestro, que el de las leyes estatales. El aparato del partido liberal hacía cada vez más esfuerzos por acabar con el principio de paridad en la Escuela Normal de Aarau. Siete años después de la supresión de los conventos de 1841, la Escuela Normal se trasladó a las vacías dependencias de la abadía de Wettingen. El recién elegido director, Agustín Keller, envenenaba el corazón de los jóvenes con su odio ciego a los conventos. Si bien él mismo había sido católico y alumno en Muri. Keller no actuaba tanto a través del arte de educar, ni de la profundidad científica, sino mucho más, por lo apasionado y patético de su personalidad. Por esto llegaba a tales exageraciones como esta:

"Coloque un monje en los más verdes prados del paraíso y hasta donde proyecte su sombra, quemará toda vida y ya no crecerá más pasto."

Pero la sombra del capuchino Teodosio Florentini, no quemaba la vida, sino que, colocó justo en el capitolio radical de Baden, el germen de una vida fecunda, a través de escuelas cristianas, formación de maestros, hospitales y reforma social. A pesar que al comienzo sus proyectos se estrellaron contra la resistencia radical, su permanencia en esta ciudad, significó para él una época clave, el tiempo que motivó sus años de maestro y de viajero.



Müstair: Casa paterna del P. Teodosio Florentini

"Sólo a través de las escuelas y hospitales cristianos, se puede combatir la inmoralidad y la irreligiosidad."

(P. Teodosio)

El espíritu y energía desbordante del sacerdote grisón, en cuvo temperamento y carácter se unen vivacidad latina y profundidad germánica, vio con sus sabios ojos, la miseria corporal y espiritual de las masas populares de Argovia. Tanto en la ciudad como en los campos, había obreros de fábricas amargados, niños demacrados y desnutridos, ancianos abandonados, jóvenes depravados, enfermos y deformados sin ningún cuidado. Frente a los programas y esfuerzos de los radicales, en el campo educativo y de la asistencia social, Florentini no fue ni falto de visión ni mal agradecido. Claro que le dolía que, tanto a nivel de la Confederación, como del cantón y municipio, la Iglesia Católica estuviese cada vez más impedida de prestar servicios similares, sea en la educación de la juventud, como en lo asistencial. El religioso tan fuertemente orientado hacia lo social, escribió más tarde de su puño y letra en su biografía.

"Durante mi permanencia en Baden, tuve bastante ocasión de ver cómo aumentaba la inmoralidad y la irreligiosidad y pensé, que ambas sólo podían ser combatidas a través de los mismos medios: la escuela y la asistencia social cristianas." En el P. Teodosio surgía un proyecto que abarcaba una doble finalidad: frente a la educación orientada hacia lo pragmático de los libres pensadores radicales, había que oponer una escuela y una asistencia social cristianas.

El convento de las capuchinas "María Krönung" en Baden, tenía un pasado lleno de experiencias en la educación y cuidado de los enfermos. Cuando en otoño de 1838, el lector P. Teodosio fue nombrado superior, asumió la dirección espiritual de la comunidad de las hermanas de María Krönung, siendo confesor y consejero. El convento se encontraba en una difícil situación. La administración económica ya estaba sometida al control del Estado. Orientando las actividades de las religiosas hacia las escuelas del pueblo, el superior quería salvar el convento de los artículos del Documento de Baden. Eran reflexiones profundas las que le movian a entregar a las hermanas la escuela de niñas de la ciudad de Baden. El se hacía las siguientes reflexiones:

"Como son las niñas, así serán las madres. Como son las madres, así será la familia. Como es el pueblo, así es la Iglesia. Como es la Iglesia, así será el cielo. Necesitamos escuelas católicas de niñas, para poder poner un dique sólido al contagio del espíritu laicista del tiempo."

El claustro de las religiosas Maria Krönung estaba dirigido por una superiora abierta, con una visión lo bastante amplia, como para dejarse conquistar por este proyecto. Pero los poderosos de la ciudad, olfateaban la competencia, para sus objetivos educativos de tendencia radical. Para ellos, el capuchino con su tosco saval y las religiosas con sus venerables hábitos, representaban la más oscura Edad Media, ¿Cómo hombres modernos, querian pues, liberarse a sí mismos y al pueblo entero, de la mordaza espiritual y de la servidumbre clerical! Con razón los radicales le temían al dinámico capuchino, que por todas partes se había ganado el cariño de la gente católica y el respeto de sus más encarnizados enemigos. Por una maniobra de los radicales, se impidió la entrega de la escuela de niñas a las religiosas. Pero Teodosio, a quien las montañas grisonas habían acostumbrado a una firmeza resistente, no se dejó aplastar. Valientemente organizó un pensionado para niñas, en el convento de las religiosas, que luego fue un éxito en cuanto a matriculas y a eficiencia. El mismo P. Teodosio se desempeñó como profesor en el Instituto Femenino y recibió el gran apoyo de la competente educadora Sor Bernarda Wespiser de Illfurth en Alsacia.

Los pensamientos de Florentini apuntaban lejos hacia el futuro, a pesar de que el horizonte político amenazaba tempestad. En su espíritu vio ante si, a grandes rasgos, lo que sería el servicio asistencial. El humanitarismo de las instituciones de beneficencia pública o privada en Argovia y

en otros cantones, se había quedado en lo puramente natural. Esta orientación humanitaria había aclarado su posición:

"Queremos ser bondadosos sólo por nosotros mismos. Sólo a causa del hombre, queremos despertar y mantener vivo el sentimiento comunitario."

Esta actitud antirreligiosa, prescindia de Cristo y de su Iglesia. El P. Teodosio no estaba en condiciones de llamar a sus propias religiosas enfermeras para trabajar en el hospital de Baden. Sólo podía recomendar su proyecto, pero no realizarlo.

Mientras tanto una nueva idea iba tomando forma. María Krönung debia ser semillero de educadores católicos, porque las escuelas profesionales, sólo podrían mantenerse con un personal orientado cristianamente. Alrededor del año 50, la formación de maestros y maestras, en los cantones católicos, dejaba mucho que desear, mientras que en los ambientes liberales y protestantes, rivalizaban en la fundación de escuelas normales. Por esta razón, el P. Teodosio buscaba en Baden personal apto para la enseñanza. Cuando en una ocasión habló de sus preocupaciones con un sacerdote amigo, Johann Kaspar Rohner, párroco en el cercano Fislisbach, este sacerdote con experiencia en la educación, lo puso en contacto con tres jóvenes. El las conocía personalmente a las tres. Sus nombres eran: Ana Maria Heimgartner, de Fislisbach; Ana Maria Kramer, de Wettingen, y Walburga Mäder, de Baden. Sin oponerse y con el consentimiento de sus padres, se dejaron convencer por el P. Teodosio y en 1840 fueron recibidas como alumnas internas en el Pensionado Maria Krönung.

El mismo P. Teodosio les hacía clases a las tres futuras maestras. La escuela floreció, la casa se hizo de nuevos amigos y bienhechores, pero la felicidad no duró mucho.

Aunque la Constitución Federal de 1815, garantizaba expresamente la existencia de los conventos, el 13 de enero de 1841, el Gran Consejo de Argovia, por manipulación del director de la Escuela Normal, Agustin Keller, determinó la abolición de todos los conventos de Argovia. Los bienes de las prestigiosas abadías de Muri y Wettingen, los efectos de los conventos capuchinos de Baden y Bremgarten y de los cuatro conventos femeninos Gnadenthal, Fahr, Hermetschwil y María Krönung, fueron confiscados y pasaron a ser escuelas y obras de asistencia social del Estado.

Sin que se lo haya propuesto en absoluto, el P. Teodosio se vio envuelto en el remolino de los acontecimientos. Para calmar los ánimos de la población católica y para preservarlos de actos de violencia, se trasladó con todo el rigor del invierno, en trineo, a la zona norte del cantón. Pero el Gobierno radical interpretó esta salida como un signo de rebeldía.

Cuando volvió de Döttingen fue citado a la comisaría de Baden. Naturalmente los señores jefes del lugar, tuvieron que dejarlo en libertad, ya que comprobaron su inocencia, porque el relato de los hechos que hizo el querido e influyente capuchino, eran veraces y claros. Sin embargo, el Gobierno de Aarau, no esperó la llegada del informe, sino que dispuso de inmediato que se detuviera el molestoso capuchino. Cuando el superior volvió al convento, sus hermanos lo presionaron, para que huyera. Unos amigos les habían comunicado los rumores escuchados, sobre una orden de detención y una carta de requisamiento contra su superior. Al principio el P. Teodosio se opuso:

"Si huyo, aparentaré tener mala conciencia. Así lo interpretarán mis enemigos y para los bien intencionados, mi huida cobarde será causa de confusión. ¡Me quedaré! ¡Que

me detengan aquí en mi celda de convento!"

Al final el perseguido tuvo que ceder. Sus hermanos temieron por su vida, ya que las hordas descontroladas, ponían la ciudad en peligro, porque Baden era la sede principal de los libres pensadores liberales.

Ya estaba lista la carroza del médico amigo de la ciudad. Con dolor de su corazón, el superior se despidió de su comunidad religiosa. Sin molestias pudo escapar de los guardias de Argovia, Dietikon y Zürich, hacia Suiza central. El

capuchino vistió de civil en su aventurera huida.

Entretanto en Argovia se reunían las acusaciones, sumarios y penas judiciales contra él y otros dirigentes católicos de Argovia. Según el acta protocolar del 15 de abril de 1842, el juzgado de mayor cuantía, condenó al capuchino Florentini, por perturbar el orden público "in contumaciam", a cuatro años de prisión en la cárcel de Aarburg y luego a ser expulsado del cantón para siempre. Entonces, el religioso fugitivo comenzó a ser buscado en toda la Suiza y se ofrecían 600 francos de premio al que lo encontrara. A pesar de que los Gobiernos católicos prometieron darle asilo, la seguridad de Florentini se puso cada día más in-

cierta. El querido predicador y bienhechor popular, tuvo que huir al extranjero. Los libros en los que él había sacado sus amplios conocimientos, fueron confiscados por el Gobierno de Baden y también toda la biblioteca del convento. A todos los centros policiales se envió una orden de arresto que decía lo siguiente:

"Antonio Crispín Florentini, con el nombre religioso de Teodosio, capuchino de Müstair, cantón Graubünden, nacido en 1808, de más o menos un metro ochenta de altura, delgado, tiene pelo negro, frente espaciosa, cejas negras, nariz puntiaguda, boca común y corriente, buenos dientes, mentón cubierto por una espesa barba negra, cara alargada y pálida, de caminar erguido, lleva hábito de capuchino, habla comúnmente dialecto suizo y también francés. Se le acusa de participar en motines en el distrito de Leuggern, por lo tanto se ruega a quien lo reconozca en estas señales, se sirva comunicarlo a esta Comisaría de Baden."

Aarau, 18 de enero de 1841

El Departamento Policial Firmado: E. Dorer

Estas serían las señales que nosotros agradecemos a la orden policial. Por lo menos sabemos hoy, cómo era físicamente el P. Teodosio, ¡y que tenía buenos dientes y una boca común y corriente!

"Si alguien quiere trabajar por la salvación de los demás, debe estar libre de las preocupaciones terrenas."

> (De las Constituciones de las Hermanas de Ribeauvillé)

La tormentosa persecución de los conventos de enero de 1841, no sólo arremetió contra las puertas del convento, sino que también cerró las puertas de la escuela María Krönung. Con un frio penetrante, las hermanas tuvieron que huir. Después de pasar unas vacaciones en su casa, que no estaban incluidas en el programa escolar, Ana María Heimgartner, María Kramer y Walburga Mäder, se dirigieron a Freiburg en Breisgau, donde por el momento, pudieron continuar preparándose para su futura misión de educadoras, con las Hermanas Ursulinas. Las religiosas alemanas recibieron con cariño a las tres suizas valientes.

La superiora de Maria Krönung y Sor Bernarda Wespiser, experimentada pedagoga del pensionado de niñas adherido al convento, después de haber huido, pasaron un tiempo en Alsacia, su patria. Por intermedio de estas dos capuchinas, también el P. Teodosio encontró un refugio seguro en la católica Alsacia.

Hasta el último momento antes de su fuga de Argovia, había estado pastoralmente activo entre la gente sencilla, a sí mismo ahora en su nuevo ambiente, consagró sus energías sin miramientos personales. En el trabajo pastoral, encontró un remedio y un consuelo a su sensibilidad herida por la expulsión. Entre los alsacianos piadosos y a la vez amantes de la vida, se escuchaba con agrado al famoso y perseguido misionero popular suizo.

Durante su permanencia en Alsacia, trabó estrechos lazos de amistad con la gente de la localidad de Ribeauvillé, que está situada entre Kolmar y Schlettstadt. Allí estaba el Instituto de las Hermanas Pobres de la Providencia, una congregación similar a las de San Vicente, cuyos ideales de vida religiosa y de educación, concordaban con los proyectos de Florentini. En Ribeauvillé, las tres jóvenes de Argovia, deberían hacer su noviciado, tiempo de prueba que prescribe la Iglesia para la vida religiosa. Por eso el capuchino, llamó a sus "hijas espirituales" al Instituto de las Hermanas de la Providencia, pues, lo que él veía realizado en tierra alsaciana, era lo que proyectaba para su patria: una congregación de hermanas educadoras, con su regla y sus votos. Este Instituto era un modelo en cuanto a espiritu y orientación. Aquí debían crecer en la vida religiosa las tres aspirantes.

Para las tres jóvenes suizas, que ya llevaban el velo de novicias y nombre de religiosas, fue un tiempo de pocas preocupaciones. No tenían que inquietarse por lo material y eran llevadas por la armonia comunitaria del convento. A pesar de esto, para cada una fue un tiempo de dura confrontación espiritual. El noviciado exige una entrega total y no a medias. Las tres jóvenes eran de buena pasta y se dejaron formar y enseñar con facilidad, para las responsabilidades futuras.

El P. Teodosio, hombre con los ojos abiertos y el corazón intrépido, podía contar plenamente con ellas, cuya firme confianza en Dios, creció en profundidad y altura, en el convento de la Divina Providencia. Para el que fue superior de Baden, duró poco la permanencia en Alsacia. ¡La violencia no es eterna! Los radicales de Argovia por decisión mayoritaria en la sesión del 31 de Agosto de 1843, tuvieron que reestablecer por lo menos los cuatro conventos femeninos. Las religiosas de María Krönung podían volver. El decreto de amnistia del 21 de enero de 1841, habia hecho posible, va dos años antes, el retorno de muchos refugiados laicos y religiosos. Aunque en esta amnistía legal no se hacía ninguna referencia al peligroso capuchino Florentini, él volvió a Suiza, probablemente en la primavera de 1841. Sólo al volver a casa, se enteró de su condena definitiva (15 de abril de 1842) pero esto no pareció haberle importado mucho.

Sus superiores lo destinaron al convento de Altdorf. Desde este pequeño convento que es el más antiguo de los capuchinos suizos, el P. Teodosio colaboraba en el confesionario y en el púlpito con todas las parroquias de los alrededores. Tampoco enterró sus proyectos educativos; más bien se sentía más seguro que nunca en su propósito.

Al fin y al cabo, sus tres hijas espirituales, se encontraban protegidas en el convento de Ribeauvillé. El pensamiento en esta semilla que germinaba, lo llenaba de entusiasmo. Con la autorización de sus superiores, enviaba las ganancias de sus escritos, a las aspirantes en el extranjero. La superiora del convento María Krönung que también estuvo expulsada hasta 1843, apoyaba materialmente a sus distinguidas exalumnas.

Teodosio quería dar a las tres jóvenes una formación verdaderamente sólida, para su profesión de educadoras. Para esa época de cambios profundos, esto no era lo más natural, menos aún en esos cantones católicos de montañas y de campos.

En el tranquilo y pequeño convento de Altdorf, el enérgico P. Teodosio, grisonés del valle de Müstair, no descansaba de las fatigas de la huida y del retorno. Ahora como antes, seguia en vigencia su primordial interés en torno a la escuela. Resueltamente promovió la escuela de las capuchinas de la Santa Cruz. En la escuela de hombres reemplazó por mucho tiempo a un profesor enfermo. Dos meses y medio, estuvo de suplente en la escuela secundaria. Sabía ganarse a las personas, despertar y guiar las cualidades tanto de los muchachos listos del pueblo, como de los cerrados campesinos de las montañas. En la escuela era severo, pero bondadoso y recto. A los ricos les pedía zapatos y calcetines, para los alumnos pobres. Por iniciativa suya se creó en Altdorf, un fondo económico para los alumnos de la escuela primaria. De palabra y de obra levantó el nivel de las escuelas vecinas en Attinghaus y Flüelen. Cuando estaba en la celda del convento, se dedicaba al estudio de las más variadas ramas y campos del saber. Se esforzaba mucho por superar sus conocimientos en idiomas extranjeros. Existen documentos de las autoridades e informes de la prensa local que elogian los esfuerzos magistrales de Florentini, en cuanto a la reforma educacional. La Comisión de Educación de Altdorf, le ofreció que tomara los dos primeros cursos de latín, pero el tan solicitado hombre de la educación tuvo que renunciar y más aún, solicitó al presidente comunal que lo liberara de la enseñanza secundaria, ya que el funcionamiento de la escuela primaria, a la larga tenía que resentirse por ese sistema paralelo. Sin embargo el P. Teodosio guardó silencio, sobre cuál era su razón personal que lo llevaba a desistir de estos cargos tan hon-

rosos: su mal estado de salud. El capuchino estaba libre de preocupaciones terrenas, igual que sus tres aspirantes en Alsacia, en el convento de Ribeauvillé. Las preocupaciones que el mismo asumió durante su vida, eran la salvación de sus hermanos los hombres. Los burgueses tranquilos, que sólo pensaban en el bienestar personal, sacudían la cabeza. Teodosio tuvo que soportar el reproche de sus propios hermanos y amigos. Ya que los trabajos adicionales, debilitaban la salud del religioso de 36 años, que no se concedía descanso ni sosiego. De tiempo en tiempo lo atacaba una tos fuerte. Enflaquecía visiblemente. Su salud de hombre de la montaña, por lo demás vigorosa, estaba notoriamente socavada. ¿Se había propuesto demasiadas metas? No podía pensar en enfermarse, justo ahora que la realización de sus planes estaba cercana. Así, un día, el hermano Honorio Elsener, le comunicó una noticia de trascendental importancia:

"El pueblo de Menzingen, en el cantón Zug, posee la escuela más linda de toda la región. Es además la honra de los campesinos de Menzingen, que hacía tiempo se habían impuesto grandes sacrificios, por una escuela cristiana y en general, por la causa católica. ¿Cómo sería P. Teodosio si usted enviara sus futuras maestras a este pueblecito de Zug?"

El P. Honorio era oriundo de Menzingen. El observó cómo se iluminaron los ojos de su hermano, con el que hacía tres años atrás, había subido a la carroza del médico, para ponerlo en seguridad. La tensión de Teodosio aumentó cuando el P. Honorio continuó:

"Hace poco fui a ayudar al párroco Röllin en Menzingen. El estaría muy interesado en que usted fundara una congregación de religiosas educadoras. Si se atreve a lanzarse, él pondría a su disposición la escuela y la casa habitación. ¿No podría llamar a las tres novicias de Ribeauvillé?"

El P. Teodosio frunció el ceño:

"Esta es justamente la dificultad y una segunda: Menzingen pertenece a la diócesis de Basilea y no a Coira, como el convento de Altdorf donde vivo actualmente. Sólo habría una solución. Usted sabe P. Honorio, que yo he tenido que ir mil veces a Stans, para dignificar la educación. En Stans mis hermanas podrían hacerse cargo de la escuela. En enero de este año, la Comisión de Educación del

cantón Nidwalden envió una delegación al P. Provincial en Lucerna, para obtener que yo sea trasladado a Stans y termine con el trabajo comenzado. Desgraciadamente, esta iniciativa no tuvo éxito."

El capuchino de Zug alejó las dudas que podían surgir, enumerando otras ventajas:

"Usted no va a tener por qué trasladarse a la diócesis de Basilea. El alcalde de Manzingen ya ha sido conquistado por la idea. De parte de las autoridades no hay dificultades que temer. Me pregunto si esto mismo se consigue tan sin problemas en Stans o en la diócesis de Coira."

A las pocas semanas después de esta conversación, en la primavera de 1844, unos feligreses amigos de la escuela, hicieron una visita al P. Teodosio en el convento de Altdorf. El asunto de Menzingen fue tratado en profundidad. El párroco Johann Joseph Röllin, esperaba mucho de las religiosas educadoras:

"Cuando yo era joven vicario en Basilea, conoci el Instituto de Ribeauvillé. Ya el nombre me basta para darme una información y testimonio de las tres jóvenes que usted tiene preparándose allí en Alsacia."

"Pero... --interrumpió el P. Teodosio--, el clima de Alsacia es mucho más benigno que el frio viento de los cerros de Menzingen, que yo ni siquiera he visto. ¿Irán a soportar este cambio de clima todas las hermanas?, y justamente una de ellas es muy débil de salud."

"Usted tiene que ir a visitar ese lindo pueblecito. Seguro que le gustará."

"Es posible, pero ¿querrán venir todas? Yo no puedo traerlas a la fuerza y ahora tienen el compromiso de terminar el año del noviciado, exigido por el derecho canónico que durará hasta el próximo otoño."

"Bien, tengamos paciencia."

Durante el tiempo de espera, el P. Teodosio tuvo que ir al convento de Rigi, para reponerse de su salud disminuida. El aire agradable de los Alpes le hizo bien. La cuidadosa atención de sus hermanos y el silencio a la sombra del santuario de la Virgen, le ayudaron mucho. En todo su ser renació el viejo entusiasmo por emprender obras. Su primera salida, después de haber recuperado su salud, fue un viaje a Menzingen a pie. En una reunión en la casa parroquial del lugar, se habló de la introducción de las hermanas educadoras. El protocolo o acta de reunión del 8 de agosto de

1844, firmado por el párroco Röllin, da testimonio del buen resultado.

De esta manera se había hecho realidad la fundación de un Instituto Católico de hermanas educadoras y la designación de su primer puesto de trabajo. Mientras tanto el P. Teodosio había informado a sus hijas espirituales sobre esta nueva posibilidad y de las tres recibió una respuesta afirmativa.

Se habían hecho muchos esfuerzos y gastos, pero el éxito daba nuevos brios al infatigable sacerdote.

Era el final del otoño, cuando el trio regresaba a Suiza. Ciertamente, la llamada del padre espiritual, no dejó de significar una interrupción dolorosa en medio del acogedor silencio de Ribeauvillé. Ellas podrían haber sido aceptadas en esa cariñosa comunidad, pero su padre las necesitaba. En el viaje pasaron por Baden, donde hicieron una visita a la superiora de Maria Krönung, para agradecerle cordialmente su ayuda. Luego las tres compañeras se separaron por un poco de tiempo, para ir a despedirse de sus familiares en Fislisbach, Baden y Wettingen. Desde el punto de vista humano hubiese sido más cómodo para ellas, para sus padres y familiares, si hubieran entrado en ese convento que se había reabierto. Pero, si bien es cierto que el Gobierno de Argovia, habia dejado volver a las religiosas al convento, sin embargo permanecia la dura condición de no recibir nuevas vocaciones. Debido a la inestabilidad politica, se hacia imposible permanecer largo tiempo en Baden. Esta medida de prudencia de Florentini era razonable. Pues al desatarse la "Kulturkampf" fueron cerrados tres de los cuatro conventos reestablecidos en el territorio de Argovia. Sólo la fundación de las Benedictinas de Fahr. politicamente bajo la dependencia de Zürich, se libraron de la confiscación de los conventos.

"Se supone que aqui no voy a desarrollar metódicamente toda la pedagogia teodosiana."

(Dr. P. Magnus Künzle en una conferencia para educadores católicos)

Antes de seguir relatando la historia de la obra de Florentini y de sus hermanas educadoras, debemos exponer los fundamentos teóricos de esa reforma educacional. En alguna medida ya hemos explicado sus actividades escolares prácticas.

En 1863, apareció un escrito, editado en la imprenta de Ingenbohl, que él había fundado: "Manual de Pedagogía y Didáctica General, para el uso de los aspirantes a profesor primario". La publicación no lleva el nombre del autor, pero existen pruebas indirectas de que este manual educativo salió de la pluma de Florentini. Desgraciadamente no poseemos hoy todos sus escritos de contenido pedagógico ni ascético. Su obra más valiosa son los cuatro volúmenes: "La vida de los santos". (Ingenbohl, 1861-1864). En esa hagiografía agrega el autor a cada presentación de la vida de los santos, una aplicación práctica, para la vida y uso del lector, y en la que nos ha quedado en forma breve y clara, su concepción de la escuela. Hemos investigado también otras fuentes, principalmente conferencias sobre cuestiones de educación.

La escuela debe ser el lugar donde se cultiva la verdadera instrucción y la educación. Este era el primer enunciado o lema del P. Teodosio. La meta de la escuela no la veía sólo en el enriquecimiento científico, ni en la formación del espíritu crítico, sino, principalmente también en la educación del corazón y de la voluntad. La escuela ha de ser el complemento de la familia, porque sólo muy pocos padres pueden dar a sus hijos lo que necesitan para la vida. Los padres en el hogar y el profesor en la sala de clases, deben trabajar de la mano. El ser humano debe conocer las cosas creadas por el Creador y servirse de ellas. Sólo para los analfabetos es difícil hallar trabajo. En la época de Florentini surgieron máquinas, fábricas y oficinas. Era el comienzo de la industrialización moderna. "En la competencia, la persona instruida va a tener ventajas sobre el ignorante." Así escribía Teodosio profética y prácticamente en su piadosa obra: "Vida de los santos".

Para él no era la cantidad de materias absorbidas la que contaba, sino la capacitación mental, en especial, la capacidad de expresarse. Por eso exigia del alumno reflexión y expresión personal. El alumno debe entender la materia y elaborarla por si mismo; no reproducir ni repetir como un papagayo lo dicho por el profesor. Muchas veces, el P. Teodosio tuvo que reclamar por la manera rutinaria de interrogar y las respuestas mecánicas del alumno, en las escuelas primarias de Suiza central. Especialmente detestaba la estupidez de aprender de memoria y las respuestas hechas, en la clase de religión. Le gustaban las respuestas originales de los niños. Deben hablar como piensan y no imitar a los complicados adultos. Como estudiante, Teodosio se había permitido ya defender otras opiniones que las de sus profesores. Por esto le gustaba la originalidad en los demás.

Junto a esta formación intelectual, quería educar para lo práctico. En su hagiografía de cuatro tomos aparece su visión educativa al respecto: "Mucho estudio intelectual paraliza el espíritu y debilita el cuerpo. La multiplicidad de conocimientos hacen imposible el verdadero y profundo conocimiento, entorpece la mente y engendra una dañina madurez prematura. Que la escuela de lo que el niño es capaz de asimilar y lo que necesita para la vida. Los muebles fuera de uso, obstruyen el espacio".

Por otro lado no descuida los valores estéticos. Al lado del material intuitivo, hay que despertar en el alumno la sensibilidad de lo bello y de lo sublime. Esto se consigue en la escuela primaria a través del dibujo, el canto, la caligrafía y la lectura correcta. En las actividades manuales exigía el pedagogo capuchino trabajos de calidad, nada de mediocridad. El mismo poseía por naturaleza el sentido de lo bello, como lo demostró en la restauración del convento de Baden y más tarde, en la renovación de la iglesia catedral de Coira.

En el año 1850, el P. Teodosio fue recibido como miembro de la Asociación suiza de Bienestar Social en Coira. En esta asociación profana que perseguía fines culturales, pedagógicos y sociales, el capuchino tuvo que dar conferencias repetidas veces, las que quedaron en actas o fueron publicadas. Su palabra tenía mucho peso en las discusiones. En general, era el único sacerdote católico de esa ilustre asociación. También aquí exponía sus ideas sin temor. Exigió de la escuela que trabajara en la superación moral del niño. El adiestramiento del intelecto sin la educación de la voluntad y la práctica de las virtudes, harían más expedito el camino a la delincuencia juvenil. Por esto, en la Asamblea General de la Sociedad de Socorros en Frauenfeld, en el año 1861, dijo:

"En las escuelas públicas se hace poco, muy poco por la educación. Los niños aprenden a escribir bien, a calcular, a leer, pero no tienen disciplina. El maestro los tiene disciplinados mientras están en la escuela, pero cuando salen de ella, todo se pierde. En este sentido, los profesores no hacen nada, para no entrar en conflicto con los padres de familia. Y cuando llega la edad de la liberación, el joven entra en la vida indómito e indisciplinado." Semejantes palabras de Teodosio, aparecen en su libro sobre los santos: "Una educación que no se impone o que apenas se impone a los antojos, apetitos e inclinaciones del corazón y del cuerpo, que no se atreve a imponer nada al querido niño, para que no vava a tener un posible ataque nervioso, que respalda la vanidad en vestidos y modas, la búsqueda de satisfacción en toda clase de golosinas, que perdona bromas descabelladas y cree todo lo que sale del niño inocente, que educa para los valores del mundo y que enseña solo a buscar honores y riquezas; semejante educación va contra la naturaleza, es anticristiana y dañina".

Por esto, el sacerdote y pedagogo presentó un segundo postulado a la escuela: "Debe ser un lugar de educación y formación religiosa. Cuando la religión es desterrada de las salas de clases, todos los conocimientos quedan en el aire, sobre todo, la formación moral. No debe existir una separación esquizofrénica entre la fe y la razón, entre las materias profanas y la formación religiosa. Dios no puede quedar fuera de las matemáticas, la filosofía, la biología, la geografía y la historia, porque todo tiene su fundamento y su finalidad en Dios. Por eso el P. Teodosio exigió escuelas

confesionales, donde el profesor pudiera hablar libremente de Dios y de la Iglesia. En los establecimientos neutrales está obligado a intercalar lo religioso en las materias profanas y a callarse, por falsa tolerancia, ya que ahí están juntos, niños de diferentes credos cristianos, con niños judíos o hijos de padres sin religión. Pero si a Dios conscientemente no se lo menciona nunca, la religión aparece ante los ojos de los niños como algo secundario y ese callarlo, mejor dicho, ese silencio mortal de la religión en la escuela, es más grave que una agresión abierta contra la fe y la Iglesia. Sólo una actitud clara en cuanto a visión del mundo, que nada tiene que ocultar, garantiza también la formación moral de los menores. Que un profesor con una visión anticristiana del mundo puede causar un daño incurable en los niños y jóvenes, lo experimentó Teodosio en el cantón de Argovia. Si los enemigos de la Iglesia, en nombre del liberalismo ya habian establecido sus propias escuelas, en que se sembraba y cosechaba el espíritu anticatólico. ¿por qué los fieles creyentes, con el mismo derecho y la misma libertad, no podrían establecer sus propias escue-

En el siglo pasado, los liberales, le reprochaban a la Iglesia católica que educaba muy poco a los niños en el amor a la Patria. Si en cuanto a eso aqui o alla se hizo poco de parte de los conservadores, lo entendemos perfectamente hoy dia desde el punto de vista psicológico, porque los católicos vencidos en la "guerra civil de la Confederación" (Sonderbundskrieg), aunque teóricamente considerados iguales en derechos, fueron tratados como hijos bastardos por la Constitución, por las leyes y en la práctica de la tan elogiada Patria. Pero Teodosio no se deió influenciar ni por la confiscación de los conventos, ni por la guerra civil de la Confederación, en su auténtico y profundo amor a la Patria. Por eso presentó en su programa escolar otra exigencia más: "La escuela debe ser el lugar de formación y educación para la Patria. Pero en esto, tampoco pudo traicionar su carácter de hombre preocupado por lo pastoral. De qué sirve el progreso nacional, el bienestar y la prosperidad de sus ciudadanos, de qué sirven los valores culturales, instituciones educativas bien organizadas y progresistas, industrias florecientes y una agricultura rentable, si el pueblo olvida y se juega la patria del más allá? Movido por un patriotismo cristiano, el P. Teodosio puso severas exigencias al ciudadano, que debe asumir su responsabilidad frente a las necesidades espirituales, intelectuales, materiales, tanto a nivel privado como público.

* * *

El P. Teodosio no se quedaba pegado en teorías. Más bien ofrecía a sus competentes profesores, una metodología concreta, basada en sus innumerables experiencias personales. Cuando las autoridades cantonales y comunales se dirigieron a él, pidiéndole religiosas educadoras, todas las cartas oficiales destacaban elogiosamente la metodología de enseñanza y educación, esbozada y utilizada por el capuchino. Pronto después, en las zonas católicas, en general y oficialmente se pedía que tanto en las escuelas privadas como estatales, se enseñara según las normas teodosianas.

El pedagogo de Müstair elaboró diversos programas escolares, especialmente para la enseñanza primaria. En los Estatutos de la Congregación de sus Hermanas Educadoras, agregó también un capítulo sobre Organización Escolar. Porque las hermanas de Menzingen, fueron solicitadas en diversas escuelas, en las que al comienzo no existía legislación cantonal. Cuando luego, los cantones dieron leyes escolares, pusieron condiciones para los exámenes de grado y normas para las reuniones de profesores, entonces el P. Teodosio obligó a sus hermanas a que se atuvieran a las disposiciones estatales.

El centro de acción que él perseguía a todo nivel, era de tipo ético-religioso. La educación de la fe no es pues un ramo al lado de muchos otros ramos de estudio, sino que debe informar armónicamente todas las materias restantes. El sociólogo explorador del siglo pasado, se quedó fiel también en el plano de la pedagogía social. La escuela debe despertar en el niño el sentido social, la escuela ha de ser ante todo práctica. Nada de materias científicamente difíciles e inútiles. ¡Los muebles innecesarios obstruyen el espacio! El número de horas de clases, la diversidad y contenido de las asignaturas, deben adaptarse a la madurez mental y al desarrollo del niño. Sólo así podrán asimilarlas. Cada ramo debe tener relación con los demás. Cada uno construye sobre el otro. Pero uno es el más importante: la comunicación de la fe.

En los programas de estudio para el liceo de Schwyz, el P. Teodosio se dejó guiar por un principio de progresión concéntrica en cuanto a la entrega de contenidos escolares. de acuerdo a los diferentes niveles de madurez. Este planteamiento no lo había copiado él a ciegas, sino que lo había desarrollado personalmente. En los primeros cursos se debe tratar sólo a grandes rasgos el contenido de una materia, pero en los grados superiores debe ser tratada con mayor profundidad. En los cursos inferiores, el profesor tira circulos concéntricos más vastos en torno al punto medio, que luego año tras año, se va estrechando cada vez más, en círculos más pequeños, hasta lograr la máxima perfección y profundidad. Este sistema de progresión concéntrica, lo presentó incluso en un gráfico y lo expuso ante el Consejo Escolar de Schwyz. Las presentaciones gráficas eran poco común en ese tiempo. En general, en las clases prácticas para normalistas o en los cursos regulares del P. Teodosio, se dibujaba y se pintaba mucho. Porque lo que se percibe sensorialmente es más fácil de entender y de retener, que una teoría árida y abstracta. Con su educación dinámica e intuitiva, estaba unos diez años más adelante que sus contemporáneos y colegas investidos con la toga de profesores. Se preocupaba de que hubiera un buen material didáctico adaptado a la época, adquirió bancos escolares, en que los niños pudieran sentarse cómodamente y en las salas de clase colocó gráficos, planes de estudio y objetos de adorno.

Los métodos y el material didáctico de Florentini parecen modernos y sin embargo, antes eran completamente desconocidos. Este realizador escolar se dejaba guiar siempre por lo que conducía al objetivo final. Por ejemplo, se le ocurría para la matemática este objetivo: "Hay que agudizarles la inteligencia y la memoria y capacitar a los alumnos para resolver con rapidez y seguridad, los cálculos que tengan que hacer en la vida". En las cuentas con cifras (al contrario del ejemplo citado) hay que darles la razón del por qué uno puede utilizarlas, a fin de superar el cálculo meramente mecánico."

En cuanto al aprendizaje, propuso tres etapas: la de recibir, la de la elaboración mental y luego la de la reutilización o ejercicio. Del mismo modo, propuso una triple orientación en la enseñanza: presentación, explicación, profundización. En primer lugar, la presentación debe ser

muy clara, evidente. En cuanto a la organización escolar, escribió para las religiosas educadoras: "La enseñanza parte siempre de la observación; hay que dejar que los niños mismos descubran a través de ejemplos y deduzcan la ley general". Le deja al profesor plena libertad de elegir entre el análisis y la sintesis. Para explicar propone lo siguiente: "La enseñanza ha de ser exacta v sólo entonces progresiva, cuando en cualquiera de los grados mencionados, por lo menos dos tercios de los alumnos havan captado". Le da mucha importancia a la ejercitación: "Se debe ejercitar una regla a través de ejemplos y comprobar a través de muchos ejercicios, si se ha comprendido. Estos ejercicios consistirán en un análisis oral y escrito, en reproducciones parecidas y en transformaciones. Los ejercicios deben ser cuidadosamente observados por la profesora, que los guía y corrige, para estimular a los alumnos". En cuanto a correcciones, el P. Teodosio propone interesantes sugerencias: en lo que se refiere a organización escolar leemos, entre otras cosas: "No hay que descuidar la corrección, porque es una de las más importantes tareas formadoras, tanto para la profesora como para el alumno. En base a ellas, éstas deben darse cuenta de la situación escolar; los errores y los progresos de los niños, para así, continuar o repetir una materia, según lo muestre la realidad. Los alumnos tomarán nota de sus errores y podrán evitarlos mejor; si se repiten continuamente, habrá que repetir una tarea varias veces".

En su organización escolar, el experimentado Florentini, habla de la cuidadosa preparación del profesor, de los medios didácticos para los alumnos, sobre la ética profesional y de la estructura escolar. Se trata de una organización tan bien pensada, en la que ningún elemento quede olvidado. Pero ante todo y sobre todo coloca el amor a los niños. El mismo Teodosio en la escuela, podía reprender o alabar moderadamente a los niños, pero siempre respetando la psicología y particularidad de cada uno. El no sólo había escrito su programa escolar, para dar instrucciones a las religiosas educadoras, sino que había sufrido, luchado y trabajado durante toda su vida en su realización.

CAPITULO 6

"Mi convento es el mundo."

(Reportaje de la T.V. suiza el 13 de diciembre de 1963, en el centenario de la muerte de M. Bernarda Heimgartner)

Las personas originales se encuentran. Con el mismo derecho podemos decir, que las personalidades se encuentran. El P. Teodosio fue una recia personalidad. En sus viajes a través de la mitad de Europa, con sus contactos en todas las direcciones y en sus obras internacionales, en cuanto a escuelas confesionales, reforma social, pastoral y asistencia, se encontró con innumerables personas, también muchas personalidades de peso. Sus dos congregaciones femeninas fundadas por él, debían actuar en medio del mundo y no vivir una ascética ajena al mundo, aisladas detrás de unas murallas. Debían trasmitir el amor al mundo, amor que pudiera beneficiar a todos los seres sin diferencias de razas ni clases sociales, de religión ni confesión, de idiomas ni costumbres.

La mujer con su creativo don de si y su dedicación maternal, por naturaleza puede ocupar el segundo plano, mientras que el hombre, suele dar la batalla en el primer plano y luchar al frente. Teodosio fue un luchador natural desde la coronilla hasta la planta de los pies, intransigente, firme como una roca y tenaz como un pino de la montaña en medio de las tormentas. Un colérico puro, si no fuera por su poco de sanguineo. Para las manos delicadas de la mujer y su corazón de mucha sensibilidad, creó institutos e instituciones de valor perdurable. Las mujeres con su acción enérgica y su capacidad de sufrir, debían ayudarle en la construcción y estructuración y en el cuidado solícito de las fundaciones. Sin estas mujeres enérgicas, no habría conseguido nunca sus objetivos tan altos. Una de esas mujeres silenciosas, pero de gran personalidad, femenina y muy

mujer, fue su primera hija espiritual que de religiosa llevó el nombre de María Bernarda. Por ser religiosa franciscana vivió en medio del mundo, pero ocupando modestamente un segundo plano y sufriendo en silencio. En esto consistió su sublime grandeza. Logró madurar en la Cruz, más allá de la propia realidad humana.

* * *

Sor Bernarda se llamaba antes Ana Maria Heimgartner. En la elección de su nombre de religiosa tuvo decisiva influencia la figura de la educadora de María Krönung, Sor Bernarda Wespiser. No lejos de la ciudad de Baden en Argovia, se encuentra el pueblecito encantado de Fislisbach, perdido entre los árboles frutales, en medio de verdes praderas y de tierras fértiles para el cultivo. Allí vivió en alegre sencillez la familia Heimgartner. El padre trabajaba como zapatero. Dios regaló a la familia seis hijos. La más inteligente vino al mundo en 1822, en cuarto lugar y fue bautizada con el nombre de Ana Maria. El párroco Rohner, experto en organización escolar en Fislisbach, descubrió las dotes de Ana María. ¡Cómo le hubiese gustado que esa delicada, piadosa y femenina señorita, llegara a ser profesora! Pero el padre murió antes que Ana María terminara sus ocho años de escuela primaria. Por el momento no se podía pensar en estudios profesionales. Empezó a trabajar donde unos conocidos como "niñera". Así, con un modesto sueldo podía colaborar en la manutención de la familia y aprendia el trato maternal con los niños, a los que atendía con cariño y servicialidad.

El resto de la historia de su juventud lo conocemos. El párroco Rohner hizo que su amigo capuchino, que vestía hábito café, se fijara en las cualidades de la joven. El P. Teodosio, de espíritu incomparablemente entusiasta y visionario, que no ponía fronteras a sus iniciativas, asumió frente a Ana María Heimgartner, entrando en el juego de la divina Providencia, el papel de Padre, seguro y prudente en la acción, pudo conducir a su hija hacia su vocación y meta de vida que anhelaba. También la viuda Heimgartner desempeño un papel de importancia, al permitir, generosamente, que su hija de 18 años, entrara en la escuela particular de las capuchinas de Baden.

Después de la etapa de preparación donde las Ursulinas

en Freiburg, en Baden y donde las Hermanas Educadoras en Alsacia, en Ribeauvillé, las compañeras de viaje volvieron a Altdorf, la capital del cantón Uri, a petición del padre espiritual. Del convento de Ribeauvillé trajan un nuevo nombre. Ana María Heimgartner era ahora Hna. Bernarda. Ana María Kramer de Wettingen se llamaba Hna. Feliciana; Walburga Mäder, de Baden, se llamaba Hna. Cornelia. Hicieron sus votos el día de San Galo de 1844, después que el P. Teodosio las había preparado durante algunas semanas, para la enseñanza y la vida religiosa. En el colegio de Altdorf, dirigido por las capuchinas, tuvieron la oportunidad de continuar su formación en la práctica escolar, bajo la guia de Florentini. En lo que se refiere al estilo de vida v a asumir su profesión, las tres estaban preparadas, pero además, comprometidas por los votos emitidos, no en el convento de Ribeauvillé, sino como miembros de la Tercera Orden Franciscana en una comunidad de terciarias. La regla ideada por el P. Teodosio aún no aparecía, pero sí, el permiso oral del obispo de Basilea, para abrir un instituto en los cerros del pueblo de Menzingen. El propio fundador designó a la Madre Bernarda como superiora de la pequeña comunidad. Sobre los frágiles hombros de la religiosa de apenas 22 años, cayó ahora todo el peso de la nueva fundación.

El mismo día de la profesión religiosa, llegó la hora de la despedida triste y alegre al mismo tiempo. Cuando las Hnas. Bernarda, Cornelia y Feliciana, después de haber hecho sus votos, salieron de la iglesia de los capuchinos, que invitaba tanto a la oración, les pareció que volvían del cielo a la realidad de la tierra. Sin embargo, ¿qué les había recalcado tanto el P. Teodosio en su fogosa prédica de ocasión? Sus palabras les daban aliento:

"Vuestro convento es el mundo. La recámara silenciosa y la clausura recatada debéis llevarla en el corazón. Las hermanas educadoras han de sentirse en casa donde quiera que vayan. Vuestra riqueza sea la pobreza, así como la vivió vuestro seráfico P. San Francisco de Asís. Si sois fieles al voto de pobreza, encontraréis a cada paso la divina Providencia. Vuestra felicidad debe ser el Mensaje de Cristo. Si vivis el espíritu del Evangelio, descubriréis hasta en los más grandes fracasos, un dorado granito de alegría y paz. Vuestra misión es la formación y educación de los jóvenes cristianos. Este mandato podéis y debéis cumplirlo en to-

das partes, porque vuestro convento es el mundo entero. Yo, como pobre capuchino con las manos vacías, no puedo ofreceros un convento sólido y bien instalado."

Con la bendición de su padre espiritual, con la corona invisible de esposas de Cristo, con un corazón alegre y con un atadillo de ropas, partieron una fresca mañana de octubre. Los picachos de las montañas de Uri relucían brillantes como cristales. El trío de religiosas, con sus trajes negros, salieron de Altdorf, pasando por Flüelen hacia Brunnen. El agua del lago de los Cuatro Cantones, con sus múltiples ramificaciones, se oscurecía en su azul intenso. Al llegar a Schwyz, el paisaje se volvió más abierto y los dos cerros Mythen parecieron bajar su mirada protectora.

La superiora de figura alta y delgada, caminaba silenciosa. Sus ojos serios se hundian en la distancia. Su paso era seguro y tranquilo. La inquieta Hna. Feliciana charlaba alegremente y la Hna. Cornelia, un poco más frágil, tenía dificultad para adaptar su paso al de sus compañeras más robustas. La superiora rompió su silencio cuando en Steinen una mujer campesina las invitó cariñosamente a tomar un café. Sus ojos oscuros eran más elocuentes que la boca:

"Vean ustedes esto es la Divina Providencia! En mi vida todo ha sido Providencia. Mi empleo de niñera, el tiempo de estudio en Baden, la persecución de los conventos, el noviciado en Ribeauvillé, nuestra vuelta a Suiza, la práctica escolar en Altdorf y ahora, este viaje inseguro hacia el desconocido Menzingen. Nuestro convento es pues el mundo, porque Dios está en todas partes."

Después de este descanso en la cocina campesina, dejaron atrás la región pantanosa del lago de Lauerz y llegaron por Goldau a Arth. Ya era la hora del crepúsculo, cuando bordeaban el lago Zug. ¡Con qué alivio respiraron las tres caminantes, cuando divisaron las primeras luces del pueblo de Zug! Golpearon a la puerta del convento de la Presentación donde las capuchinas, quienes le brindaron un cariñoso hospedaje.

Al día siguiente, el camino hacia Menzingen ya no sería tan largo. El párroco Röllin las fue a buscar a Zug. Y de nuevo amaneció un día de sol otoñal sobre las colinas de Menzingen, cubiertas de cerezos bien cuidados. El arroyo de Edlibach charlaba soñador con los pálidos cólquitos del otoño. La cosecha ya se había retirado de los campos y los árboles y los huertos estaban vacíos y limpios. Delante de

las casas de los campesinos y de los galpones repletos, se amontonaban pilas de leña, pues el invierno puede ser extremadamente frío aquí.

En todo pueblo apartado, las noticias se difunden rápidas como el viento. Para la gente del lugar fue también un acontecimiento, la llegada de las religiosas. Para la cena se quedaron en la casa parroquial, después de retirarse a las limpias habitaciones que les habían preparado, donde la señorita Elisabeth, que vivía con su hermano Leoncio Uhr, en una modesta casa llamada: "la casita del reloj". Cuando la pálida luna se asomaba ya detrás de los pinos de los cerros y las hermanas quisieron retirarse a dormir, entonces la superiora les pidió:

"Hijas, ¿por qué no rezamos el rosario juntas? Esta es la primera noche y hoy ha sido el primer dia en nuestro nuevo convento."

Después que todas se habían retirado a descansar, la Hna. Bernarda se sentó en una mesita movediza y escribió a la luz de una vela, la primera página de su sobria crónica conventual.

"Nos alegramos mucho de ver por primera vez a los queridos niños aqui reunidos."

(Diario de la Hna. Bernarda)

Para su trabajo escolar, Menzingen concedió a las hermanas, instalarse libremente y una remuneración material. Sus exigencias eran auténticamente franciscanas. La liquidación del primer año escolar puso de manifiesto la máxima modestia de la vida. La joven superiora tenía que economizar, porque la pequeña comunidad era realmente pobre. En lo que se refiere a autenticidad, los campesinos tienen un olfato infalible. Por eso, a la siguiente reunión comunal, los habitantes de Menzingen decidieron mejorar la remuneración a las hermanas, tan queridas por los chicos y los grandes. A pesar de esto, el menú siguió siendo sencillo y la habitación en la "casita de los relojes" era bastante estrecha y desmantelada. El P. Teodosio no había expuesto a sus hermanas a semejantes privaciones, ni por desorganización, ni por superficialidad, sino que los sacrificios y el idealismo heroico siempre y en todas partes han ido unidos a la fundación de una congregación religiosa.

Todas las ramas de la Orden Franciscana, han experimentado al comienzo el realismo de la pobreza consagrada, mientras que este ideal antes vivido, puede correr el peligro en las florecientes épocas de expansión y de afirmación material.

Por parte de la comunidad parroquial de Menzingen, la asistencia a clases de las niñas mujeres, fue dejada al buen criterio de los padres, que por el momento se mostraban reticentes ante la novedad; esto se debía a que en ese tiempo, ir al colegio era privilegio de los varones y los campesinos no se convencían así no más que las mujeres también pudiesen pretender gozar de este mismo derecho. Pero pronto el temor se transformó en un verdadero entusiasmo por las religiosas. Cuando un día el señor decano pasó por allí en su cochecito, para pedir a la directora una

amplia información sobre sus actividades, quedó muy maravillado al ver que 88 niñas se habían matriculado en esta escuela y sólo cuatro permanecían en la escuela masculina del pueblo.

En el "castillo de los ángeles" (Engelburg) una casa que estaba al final del pueblo, les ofrecieron dos piezas para la nueva escuela de niñas. Los locales vacios fueron dotados sólo con lo más indispensable. El párroco Röllin y el P. Honorio Elsener, que vivía en Rapperswil y que se hallaba de paso en Menzingen, mendigaron tablas de casa en casa, con las que hicieron los bancos provisorios. Poco a poco se fueron juntando los elementos necesarios restantes. Pero el objeto más importante de la sala colgaba ya en la pared: un crucifijo que el mismo párroco Röllin había regalado.

* * *

El 29 de octubre de 1844 hubo exámenes de admisión y se repartieron las clases. La Hna. Bernarda tomó el curso de las más pequeñas con 56 niñas, mientras que la Hna. Feliciana en el curso superior, tenía 32 niñas. El 3 de noviembre se inició el curso superior y al final del mismo, el curso inferior, después que el P. Teodosio pasó por primera vez a saludar a sus hermanas en su lugar de acción y a darles sugerencias prácticas para la escuela y para la vida espiritual. Durante los dos días de su visita, Florentini irradiaba paternal alegría en "la casita de los relojes". Su amor a las hermanas y a los niños iba unido a su severidad. Con alegria pudo comprobar que el dificil trabajo escolar funcionaba y que en el pequeño convento reinaba buena disposición y disciplina. Durante esta visita relámpago, a pesar de las muchas sorpresas agradables, por la mente del fundador pasaron algunas ideas que requerían una madura reflexión:

"A la larga, podría la frágil Hna. Cornelia soportar este clima de 810 m. de altura? En el lago de los Cuatro Cantones sería más benigno. ¿Altdorf o Stans? ¿No sería más ventajoso que mi fundación estuviera en la misma diócesis donde está el lugar de mi residencia, Altdorf? No quiero establecer la futura casa general de mis hermanas educadoras en el obispado de Basilea. Por eso voy a conseguirme la aprobación de los Estatutos en Coira. Lo que existe aquí

en Menzingen es sólo una escuela particular. Por lo tanto, el actual párroco es el encargado de conseguir la autorización de los obispos, mientras que solicitar la autorización para la fundación de una Congregación de Hermanas de la Tercera Orden, sólo me corresponde a mí. Y yo, tengo mi domicilio en el obispado de Coira. Cuando en el pasado agosto hicimos el contrato, había también un representante de la diócesis de Coira, era el Rydo, Señor Decano yon Haller". En estas largas cavilaciones, el capuchino perdió de repente la paciencia. Se restregó enérgicamente la barba como pensando a media voz: "No puedo sacarme la idea de la cabeza que el celosisimo párroco Röllin y el campesino Hegglin, astuto y politico, ya están mirando la escuela de niñas de Menzingen, como si fuera su propia obra y que quieren retener a las hermanas pase lo que pase. Pero vo debo tener el trio a mi lado y bajo mi influencia, si no, pierdo todas las posibilidades".

Durante el invierno las hermanas eligieron el nombre para la comunidad, con el cual la congregación iba a ser identificada en adelante. El fundador y la superiora estuvieron de acuerdo con el nombre propuesto por la Hna. Feliciana. Desde entonces se llamaron Hermanas de la Santa Cruz. ¡Un programa de vida realista para toda la fundación! La Cruz no fue un adorno pasivo en las paredes, sino que como signo del Salvador fue enseñado y aprendido. ¡Qué felices eran las hermanas cada día, cuando podían dedicarse a la bullanguera familia escolar! Deseaban transmitir a las niñas no sólo las ciencias, sino que fieles a las ideas básicas de Florentini, abarcar y dirigirse al ser humano en su integridad natural y sobrenatural. En este sentido, la organización escolar, les daba directivas prácticas.

Ya en noviembre llegaron a agregarse a la comunidad tres postulantes: Carolina Arnold de Altdorf, Rosa Winiger y Antonia Dormann de Rapperswil. Pero sólo Rosa Winiger perseveró a través de las pruebas. Ella fue la primera alumna interna de la Escuela Normal, en la que la Hna. Cornelia era la encargada de la formación profesional y la Hna. Bernarda de la parte orientación hacia la vida religiosa. En medio de sus ocupaciones, el párroco de Menzingen, les daba una conferencia espiritual dos veces por semana y estaba en todo momento muy comprometido por el bienestar de las hermanas. Pero su director propiamente tal siguió siendo el P. Teodosio Florentini, quien, debido a

que vivía muy lejos, sólo aparecia de vez en cuando en Menzingen. A la joven superiora le costaba esta ausencia. Cuánto necesitaba de su fuerza de decisión y de su prudencia, ahora que todo flotaba en la inseguridad. Eso si, que la Hna. Bernarda pensaba en la cruz. Siempre había sido y seguía siendo su única fuente de valor. Por encima de toda simpatia o antipatia humana, obedecia a su director espiritual, el párroco Röllin, que representaba al P. Teodosio. Con frecuencia la joven superiora se preguntaba, cuándo iba a venir finalmente el padre de su comunidad y si el orden y la disciplina religiosa soportarian bien su severa crítica. Cuanto más que la piedad dulzona y la cordialidad del parroco Röllin, no cuadraban bien con el estilo sobrio de la Hna. Superiora. Este sacerdote secular no era un lider por naturaleza, no poseía ni la seguridad ni el impulso audaz de un P. Teodosio, que además de dar órdenes y de encolerizarse, con superioridad masculina, sabia también perdonar, regalar y bendecir como una verdadera madre.

Hallarse sola en el difícil cumplimiento del deber y hallarse separada de su guía, que estaba al origen de la idea y de los fundamentos de la obra naciente, no eran las únicas preocupaciones de la M. Bernarda. La buena Hna. Cornelia, tan preparada e inteligente, como frágil y enfermiza, tuvo que irse de Menzingen por orden médica, a causa de la rudeza del clima. En Altdorf fue recibida como huésped en la casa de un doctor. Pudo ir con Rosa Winiger de Rapperswil, llamada ciudad de las rosas, la única que quedaba de las alumnas normalistas, para que la acompañara en ese tiempo de reposo. Rosa Winiger no quedó mucho tiempo sola en la candidatura. El 1 de marzo de 1845 recibió una compañera, Catharina Scherer del asoleado Meggen junto al lago de los Cuatro Cantones. Hubo que cambiar la habitación de huéspedes de donde el Dr. Müller, El P. Teodosio arrendó un convento en el edificio "Vogelsang", es decir un cuarto y una cocina. Aqui recibieron sus clases las nuevas normalistas, de parte del maestro de Pedagogía. Incluso la Hna. Cornelia Mäder, cuya salud delicada se iba reponiendo normalmente rápido, aprovechaba las clases del educador P. Teodosio. En junio, las dos aspirantes fueron admitidas al noviciado. La sencilla fiesta se realizó de nuevo en el pequeño convento capuchino de Altdorf. Después, las tres viajaron a Menzingen.

A comienzos de junio, el P. Teodosio hizo una segunda

visita a Zug. Fue sólo pasando de viaje a Coira, ya que el señor obispo Kaspar von Carl de Hohenbalken, debía aprobar la Regla de las Hermanas Educadoras. La aprobación episcopal lleva fecha del 2 de julio de 1845. Dos días después, radiante de felicidad, el creador de la misma, llegaba a Menzingen. También la superiora y sus hermanas se alegraron. La Hna. Bernarda Heimgartner copió a mano la cantidad de hojas. Su espíritu y contenido los conservó en su corazón durante toda su vida, las Constituciones que habían sido profundamente revisadas y detalladas, denominadas también Reglas, Estatutos o Prescripciones, son una obra maestra de derecho eclesiástico, que revelan al P. Teodosio brillante, organizador y escritor. Un obstáculo había sido vencido, pero no era el último de esta cadena de dificultades.

CAPITULO 8

"Pero si tienen al señor párroco."

(Respuesta del Provincial de los Capuchinos)

¿Fueron malentendidos lamentables o inevitables limitaciones humanas, fue la envidia amarilla, la calumnia disimulada, la preocupación escrupulosa de los superiores por la observancia regular de un súbdito o dureza formalista las que pusieron dificultades en el camino del magnánimo fundador y su iniciativa creadora, que con buena voluntad pudieron haberse solucionado sin causar dolor a nadie?

Las raices de este enredado acontecer calan muy hondo. Como es natural, al fundador capuchino de la congregación, le importaba mucho dar como fundamento la Regla de la Tercera Orden de San Francisco, a la congregación de Hermanas Educadoras creadas por él. Por ser de la Tercera Orden, las hermanas debian sentirse en lo suvo, en una orden reconocida por la Iglesia desde siglos. Con esto, Teodosio propuso votos temporales limitados y no votos perpetuos como en los conventos de clausura de las Terciarias. Tanto en la proposición sobre los votos como también en la redacción de las Constituciones, Florentini se dejó guiar por el ejemplo del convento de Ribeauvillé y de otros institutos modernos. Porque en lo referente a los votos, no quiso anticiparse a la decisión del obispo, propuso para la dirección de las hermanas al mismo tiempo dos posibilidades. Una alternativa consistia en que el Instituto de las hermanas como cualquiera otra comunidad de la tercera orden, dependiera directamente de la primera orden, con lo que quedaban mejor garantizadas la unidad, la espiritualidad y la disciplina. La otra posición era: que la elección del director se reservara exclusivamente al obispo. Como para el P. Teodosio la obediencia a la Iglesia no era ningún problema, el dejó la decisión final al obispo de

Coira. Sin embargo, la decisión sobre la dirección no estaba ni remotamente madura aún. Sólo seis años más tarde quedó el asunto definitivamente establecido, y lo hizo el obispo de la diócesis de Basilea.

La integración entre Orden Tercera y Congregación con votos, no era nada fácil desde el punto de vista del derecho canónico. Esta posibilidad en lo referente a la dirección de las hermanas, fue rechazada por el superior provincial de los capuchinos suizos, por razones entendibles. No querían asumir esa forma de compromiso y responsabilidad. Quisiéramos aun añadir, que segun las Constituciones provectadas por el P. Teodosio, el superior no es un guía omnipotente de la congregación, sino que la comunidad ha de ser dirigida desde adentro, a través de la persona de una superiora elegida o nombrada. Al entregar esta confianza generosa a la mujer, el fundador actuaba como pionero o precursor. Puesto que hasta el siglo XIX era costumbre general, que toda congregación femenina debia ser guiada por un superior absoluto. Según la concepción moderna de Florentini, el superior debia velar sobre el Instituto por mandato del obispo ordinario, aconsejar a la M. General y a su asistente en caso de duda v sólo cuando las circunstancias lo exigieran decidir con ella, en igualdad de derechos.

A pesar de la proposición tan buena y equilibrada, a este hombre emprendedor y capaz se le negó rotundamente la posibilidad de tomar la dirección de las hermanas, porque el provincial de los capuchinos, no aceptaba el ininterrumpido ajetreo de su súbdito fuera del recinto conventual. Pero tampoco el superior provincial podía revocar la aprobación episcopal conseguida, en lo referente a la situación legal del Instituto. Ya en diciembre de 1844, recibió la prohibición el iniciador tan lleno de méritos. Apenas se le permitió aún terminar de redactar las Constituciones. Este fue un golpe tremendo para la Hna. Bernarda, tan joven aun. Muchas peticiones escritas desde Menzingen no fueron escuchadas. Cuando finalmente la hermana superiora y el parroco Röllin ubicaron personalmente al P. Bonifatius de Brislach, en la primavera de 1845 en Zug, y le pidieron insistentemente que anulara su decisión, el seco bernés encontró un consuelo fácil, para la hermana que solicitaba ayuda:

"¡Pero si tienen al señor párroco!"

La joven superiora entonces, no mostró ni amargura, ni desconcierto. Con la energía inquebrantable de su juventud, emprendió una peregrinación a Einsiedeln con la Hna. Feliciana y la señorita Uhr. Después de la fiesta de la Virgen en agosto, tuvieron lugar los primeros exámenes de final de año. En nombre de las autoridades religiosas y civiles, el alcalde Hegglin expresó su satisfacción y agradecimiento a las hermanas. La misma Hna. Bernarda fue a llevar de nuevo su agradecimiento a Einsiedeln. Estaba preocupada. Pues las dos novicias Rosa Winiger y Katharina Scherer se encontraban ahora también en la casa madre. La Hna. Bernarda Heimgartner debía pensar en adquirir una casa más grande, para la comunidad que aumentaba. El párroco de Menzingen prometió ayudarle en esto.

El estrecho local en el "Engelburg" era la menor de las preocupaciones. El 1 de septiembre, se enteró la superiora que el P. Teodosio había sido trasladado a Coira, como superior del hospicio de los capuchinos de ese lugar y al mismo tiempo como párroco. Con este traslado, en la práctica, el guía espiritual, al que las hermanas pudieron ver tan pocas veces, se les alejaba del todo. La Hna. Bernarda no tenía una naturaleza poética. Todo lo que escribía en su diario de vida que era semejante a una crónica de la comunidad, era objetivo, nunca sentimental ni tierno. A través de todas las dificultades triunfaba su confianza en Dios. A las sobrias informaciones del 1 de septiembre añadió: "Esto lo ha permitido el buen Dios, por lo tanto, alabado sea El y se le den gracias infinitas".

Lo único que les quedaba del amigo paterno, era el testamento de su espíritu creador: la Regla aprobada y probablemente también la organización escolar. El cuaderno escrito a mano que contenía las Constituciones legalmente en orden, lo guardaba la Hna. Bernarda como un tesoro precioso. El capuchino les había dedicado largas noches de trabajo, también el P. Honorio había colaborado con él. Escribiendo la Regla, Florentini miraba hacia el futuro. ¿Vio ya su mirada profética la multitud de hermanas que vendrían después? Todo fue claramente reflexionado como también expuesto con claridad: el espíritu del Instituto, los votos y deberes religiosos, el trabajo escolar y educativo, los fundamentos materiales, la responsabilidad compartida de las hermanas, la relación con los superiores, con las autoridades religiosas y civiles, la aceptación de nuevos

miembros, la dirección del Instituto. Nada se le escapaba a la mirada aguda del fundador, que con estas Constituciones se erigió un monumento perdurable de sabiduría y conocimiento humano.

Pero ya surgía una nueva dificultad. El provincial capuchino, P. Bonifatius Burri de Brislach en Berna, declaró canónicamente inválidos el noviciado de Ribeauvillé y luego la profesión hecha en Altdorf. Para esto, el superior se apoyaba en la opinión de severos canonistas, que investigaban con sutileza jurídica:

"Las primeras hermanas no fueron formadas como terciarias para la vida religiosa, sino como novicias del convento no franciscano de Ribeauvillé. Si son hermanas de la Tercera Orden, entonces deben hacer un noviciado de la Tercera Orden, como condición para hacer los votos como terciarias."

Las personas entendidas hablaron de repetir la profesión religiosa, para lo cual, sólo el primer año que las hermanas pasaron en Menzingen podían contárseles como noviciado franciscano. Pero durante ese año, el P. Teodosio visitó sólo dos veces a sus hijas, que de hecho estaban bajo la dirección de un sacerdote secular. Honradamente, ¿podemos considerar ese período como noviciado especial para la Tercera Orden? Por cierto que casi no. Se trataba pues, de una típica ficción legal. De hecho, ningún miembro vivo de la Tercera Orden, hace votos libremente en el mundo, en el sentido estricto de la palabra, ni se pone bajo la dirección jurídica de un obispo, ni debe obedecer a una superiora, ni es denominada hermana por el clero y por los creventes. Además, las Constituciones del P. Teodosio, a pesar de la influencia de Ribeauvillé, fueron elaboradas con verdadero y correcto espiritu franciscano. Por su parte las hermanas, desde el comienzo, quisieron atenerse seriamente a lo franciscano.

Tales inseguridades legales —cuando aún no existían las normas claras del Código de la Vida Religiosa que tenemos hoy— aparecen demasiado a menudo en el ser y llegar a ser de obras importantes. La anulación de los votos, hubiese confundido a un alma débil. La M. Bernarda no se dejó confundir. Cuando en 1845, el P. Alexander Schmid fue elegido provincial, ella pidió humildemente a este capuchino, que fuera benevolente hacia la nueva congregación de Menzingen, que reconociera a las hermanas como

miembros de la Tercera Orden y que diera su autorización para que el P. Teodosio pudiera seguir ayudando a sus hijas espirituales. La petición fue escuchada, pero la dirección externa, por supuesto que siguió siéndole prohibida al fundador.

Para evitar toda inseguridad de derecho eclesiástico, las hermanas iniciadoras renovaron su consagración, al celebrar el primer aniversario de la existencia de su comunidad. Para esta fiesta, eligieron la iglesia del convento de la abadía cisterciense de Wurmsbach, al norte del lago Zürich. Wurmsbach pertenecia entonces al obispado de las dos zonas pastorales Coira y San Galo. El P. Honorio, del vecino convento de Rapperswil, preparó la celebración. El Sr. Decano Albert von Haller, parroco de Galgenen y luego vicario general en Coira, por orden de los obispos de Basilea y de Coira, presidió el acto religioso, ya que el fundador, P. Teodosio, aunque todos lo sintieron mucho, no pudo hacerlo, debido a una enfermedad. Para Katharina Cherer v Rosa Winiger, éste fue el dia de su primera profesión. Desde ahora en adelante se llamaron Hna. M. Theresia y Hna. Aloisia. Las cinco hermanas recibieron de manos del Decano el velo cuyo modelo había sido diseñado, sobre un pergamino, por la experta mano del fundador.

Junto con los votos hechos en Wurmsbach, las hermanas se comprometían con las Constituciones formuladas por el P. Teodosio y aprobadas por el obispo. La comunidad llevó su denominación oficial: "Hermanas Maestras de la Santa Cruz".

La Cruz proyectó sus sombras, pues no pudieron contar con la presencia física del P. Teodosio. Allà en la lejana ciudad de Coira, él, lleno de energía, ideaba nuevos proyectos. De acuerdo con el fundador, la M. Bernarda —así fue llamada la superiora desde la profesión en Wurmsbach—se dirigió al obispo de Basilea, quien nombró por un tiempo, al párroco Röllin como superior del Instituto.

"Pero si tienen al señor párroco", las había consolado el P. Bonifaz en Zug. Ahora sí que esto se convertía en realidad.

"Varias situaciones desagradables nos llevaron a abandonar Menzingen, momentáneamente."

(De la crónica de M. Bernarda)

Luego de la profesión en Wurmsbach del 27 de octubre de 1845, tres de las hermanas de la Santa Cruz, fueron a ocupar nuevos puestos de trabajo. La M. General y la Hna. Aloisia, atravesaron el lago de Zürich en un botecito y regresaron a pie a Menzingen. La Hna. Theresia y la Hna. Feliciana, fueron trasladadas a Galgenen, donde, por petición del Decano Albert von Haller, iban a hacerse cargo de una escuela desconocida, como las primeras hermanas educadoras de la Santa Cruz. La menuda Hna. Connelia, siempre enfermiza aún, se quedaba por el momento en el internado de Wurmsbach como profesora de idiomas. Los años siguientes trajeron consigo una expansión interna y externa. Se hicieron cargo de nuevas escuelas en Arth, Baar, Oberägeri, Coira y Sattel. Jovenes candidatas pidieron ser admitidas. Sin embargo, para el creciente Instituto fue un tiempo de dura estrechez. Con modestia franciscana y sin mayores exigencias, las hermanas vivían en habitaciones primitivas. Las comunas pobres de la Suiza central no podian ofrecerles nada mejor. Los niños estaban amontonados en estrechas salas de clases. Pero el espíritu que las hermanas transmitian a las niñas era excelente. En cuanto a rendimiento escolar, los inspectores autorizados sólo tenían palabras de elogio. La alegría y el buen ánimo reinaba entre las hermanas.

Desde el momento en que las profesoras se dispersaron a todos los vientos, aumentaron también la responsabilidad y las preocupaciones de la M. Bernarda. ¿De dónde sacar más hermanas para responder a todas las peticiones de educadoras bien preparadas? Hasta las novicias tuvieron. que asumir tareas en difíciles puestos educativos. La supe-

riora ocupaba largas noches en llevar concienzudamente los libros de cuentas y responder a la correspondencia tan abundante que recibia. Pero el deseo más profundo y sano de la madre, era el anclar su comunidad religiosa en el amor a Dios, tanto la de Menzingen como las de los puestos de fuera.

El incansable apóstol del amor a los demás, retiró pronto a la Hna. Theresia del trabajo escolar. La carta que mandó no era una mera petición, sino un mandato. La Hna. Theresia tuvo que dejar la escuela con la que se había encariñado, porque el padre de la congregación proyectaba planes formidables, también para las tareas de asistencia cristiana. La Hna. M. Theresia llegaba como la madre de los pobres al desolado establecimiento de Näfels. Con este llamado, fue ella el primer miembro de la congregación que se consagró de lleno a lo asistencial, en aquel lejano lugar del cantón Glarus. La hermana, todavía joven, pero enérgica e inteligente, tuvo que dirigir completamente sola el establecimiento de los pobres y el hogar de niñas anexo.

Entretanto el Instituto de Menzingen comenzaba a scntir las consecuencias de la guerra interna. Un alto jefe de Zug. proponía en la capital de Berna, la expulsión de las Hermanas Jesuitas. Esta sospecha infundada desconcertó al P. Teodosio, porque lo hizo pensar en sus experiencias políticas de Argovia. Además, le preocupaba la cuestión Städele. Una señorita alemana de Radolfszell, llamada Theresia Städele se hallaba en Menzingen. El pueblo la llamaba "la que traspira sangre". Como teólogo instruido el párroco Röllin debia probar la autenticidad de las visiones v éxtasis de la Städele. Pero el sacerdote de Menzingen mostró en todo momento una inclinación enfermiza hacia la seudomística y no podía analizar objetivamente la falsedad de la Städele. A causa de su acción imprudente, el obispado quería hacerlo dimisionar, pero el párroco rechazó tenazmente esta posibilidad. Los médicos se encargaron de convencer a la histérica de su engaño, por lo que fue públicamente castigada.

La M. General no encontró ningún apoyo en el superior ad interim. Con su piedad enfermiza, Röllin se inclinaba sólo a lo extraordinario. La M. Bernarda era demasiado austera y sobria ante sus imaginaciones poco realistas. A él le parecían más simpáticas las religiosas de clausura que las religiosas educadoras activas, que viven en medio del

mundo, en vez de estar detrás de gruesas murallas conventuales. En aquel tiempo no había en Suiza religiosas que hicieran clases fuera de los muros conventuales. En Röllin crecía más y más la desconfianza hacia lo nuevo, hacia el Instituto abierto al tiempo en su parroquia. Cada vez crecía su oculta desconfianza hacia la M. Bernarda. Y más se aferraba la M. General a las sólidas Constituciones. Su comprensión clara de las cosas y su ser sencillo, encontraba el apoyo y la fuerza en el testamento espiritual de su guía paterno. A pesar de sus muchas veces inoportuna disposición de ayuda a las hermanas educadoras, Röllin dedicaba cada vez más tiempo y esfuerzos, a la fundación de un convento de clausura en el Gubel, en Menzingen.

La vida religiosa y los deberes escolares de las hermanas se resentían en esa atmósfera seudomística que les crearon el caso Städele y la credulidad del párroco. ¿Quién va pues a extrañarse que el fundador, con la mejor intención, pensara en un traslado del Instituto, para salvarlo de la muerte? Porque ya se había amenazado con disolver la comunidad, si Röllin no era trasladado, quien se había puesto en una perspectiva falsa en el caso de la Städele. Gozándose en el mal ajeno, la prensa liberal hacía bromas sobre esta lamentable historia.

El P. Teodosio quiso tener de nuevo todos los hilos en la mano. Esto no podemos tomárselo a mal al fundador. Aunque él juridicamente no hubiese tenido ningún derecho de dar órdenes en cuanto a la dirección externa de las hermanas, su visión e influjo consiguieron tanto, que la superiora y las súbditas se vieron moralmente obligadas a obedecer a su respetado fundador, cuya preocupación paternal no pudo soportar por más tiempo, que la vida ascética de sus hijas en Menzingen estuviera amenazada. Sin más demora, en 1849, arrendó el castillo Rhäzüns en Domleschg, que estaba desocupado. Finalmente la casa general se encontraba en la diócesis de Coira y más aún, dentro del campo de acción del párroco del lugar, quien a caballo, visitaba a sus hermanas cada catorce días. En el castillo que habia sido limpiado y renovado --las mismas hermanas tuvieron que limpiar y arreglar rápidamente- se desarrolló un activo movimiento comunitario. Como M. Bernarda se encontraba enferma de viruela en Menzingen, sólo pudo ir más tarde a visitar a las hermanas trasladadas a Rhäzüns. Por el resto de su vida tuvo que soportar las consecuencias de esta enfermedad. En su diario de vida nunca menciona sus sufrimientos. Mucho más le afectaba la miseria de los otros que la propia. El superior oficial, párroco Röllin, estuvo de acuerdo con el traslado a Coira. Lo que al Teodosio educador, hasta ahora no le había resultado en Menzingen, lo consiguió en Coira: "La fundación de un colegio de niñas, con alumnas internas y externas". A través de diarios y prospectos impresos, le hicieron una buena propaganda al internado. También en el cantón Graubünder, las autoridades, en su mayoría protestantes, elogiaron la conducción de la escuela y del pensionado. Bajo la dirección segura de Teodosio, prosperaba igualmente la vida religiosa. Les daba regularmente conferencias espirituales a las hermanas. La comunidad religiosa crecía con nuevas profesas y con la admisión de novicias. Principalmente desde la Suiza central le llegaban al padre solicitudes para religiosas educadoras. Debido a este crecimiento interno y externo, los sacrificios y gastos de traslado fueron al menos en parte pagados.

Y cuando gracias a la desinteresada abnegación de las hermanas, el antiquisimo castillo de Rhäzüns había quedado como nuevo, el dueño les comunicó que el arriendo se terminaba para el Año Nuevo de 1851. Nuevo traslado. El P. Teodosio, que como párroco tenía relaciones en todo el cantón, no necesitó mucho tiempo para encontrar una nueva morada. Las hermanas se dispusieron por segunda vez al cambio, generosamente, y fueron a acomodarse al castillo Zizers que estaba deshabitado. El pedagogo, reformador e inquieto organizador, inventó algo que fue extraordinario para la situación de entonces: una escuela de educación familiar, en que dos tardes cada semana, jóvenes de ambas confesiones recibían educación gratuita en las actividades manuales del hogar. Para todos los grados de la escuela primaria y secundaria, Teodosio presentó un programa de enseñanza completo. Hasta niñas huérfanas fueron aceptadas para la educación. Desgraciadamente, también en Zizers se presentaron dificultades, que terminaron al trasladarse el internado a Rorschach en 1854. Allí floreció el Instituto de niñas que hasta el día de hoy se conoce con el nombre de "Stella Maris". En lo que se refiere a organización y conducción de un hogar, vocacional, las mujeres son por naturaleza más sensibles que los hombres, que se mueven en círculos de estrategias, cálculos e ideales,

como era especialmente el caso de Florentini. Por esa razón, algunas hermanas consideraron que esta tercera salida era perjudicial y dañina para la vida religiosa. La situación geográfica de Zizers, la falta de espacio en el castillo, a la larga no sirvieron para los objetivos que se proponía el P. Teodosio. Así, las hermanas tuvieron que partir de nuevo, después de haber pasado apenas tres años en los valles del cantón Graubünden. El fundador no vio cumplidas sus esperanzas, porque la variedad de confesiones en Rhäzüns, no eran lo más indicado para el enraizamiento y la expansión de la congregación de las hermanas educadoras. El activo educador tuvo que cambiar de nuevo su escuela a las zonas de antigua raigambre católica, que fuera terreno fértil para el Instituto. Esto lo confirmaban a la vez las vocaciones religiosas de la Suiza central y las muchas solicitudes de refuerzo educativo de religiosas, salidas de esos cantones. Florentini no sabía dormirse en sus laureles, En Coira había iniciado un hospital y también la organización de una industria casera, que le exigía mucho.

Por esta razón pidió a su fiel colaborador P. Honorio Elsener, capellán de enfermos en Zug, que se preocupara de la vuelta de las hermanas a Menzingen. Sin muebles ni utensilios de casa, ni material escolar, pobres como las ratas pero contentas, habían vuelto ellas, al inolvidable pueblecito de Menzingen, en que después del traslado, sólo le quedaban tres profesoras de la congregación. A su vuelta al hogar, la gente preparó a las hermanas un cariñoso recibimiento.

CAPITULO 10

"Vamos a estar observando atentamente a ese hombre."

> (Periódico de Graubünden, 16 de septiembre, 1845)

Cuando en el otoño de 1845, el P. Teodosio se traslado como párroco y superior del hospicio capuchino, a la capital rética, las autoridades y el pueblo lo recibieron con desconfianza, porque su fama, manchada por los políticos fanáticos, había llegado a Coira antes que él. Alli se sabía públicamente que había sido expulsado del cantón de Argovia.

"¡Por su actividad intolerante, éste va a excitar a protestantes y liberales para una guerra religiosa!" era lo que temían los católicos angustiados del pequeño rebaño de Coira que, enclavados alrededor de la catedral, formaban una sociedad religiosa y política a la vez y a quienes se prómetía protección en la mencionada Constitución de 1848, la cual concedía libertad de ubicación a todos los suizos. A la llegada del desacreditado capuchino, la prensa aclaró: "La elección de un hombre, que como instrumento interesado en la violencia ilegal, abusó del púlpito como agitador y engañador en Argovia, es muy probable que estremezca la confianza en la pacífica posición de la Curia. Vamos a estar observando atentamente a este hombre". Pero ya en 1846 los diarios locales difundieron un vuelco en la opinión pública a favor de Florentini: "El P. Teodosio es un hombre de mucha capacidad que desde que está en Coira, hace cuatro meses, ha hecho maravillas. En primer lugar, puso un horario de misa apropiado y como predicador y profesor de religión, puede estar feliz del aumento de oventes. Ha organizado la escuela primaria del lugar, que no era una escuela modelo y le consiguió dos profesores buenos. En su parroquia se fue de casa en casa, para convencer a todos los padres de familia de la importancia y del sagrado deber de mandar sus hijos a la escuela. Por eso es que asisten tantos niños a clases y los pobres reciben ahí mismo el almuerzo gratis. El señor párroco se ha preocupado especialmente de la educación de las niñas por medio de una escuela técnica bien organizada. Para remediar la gravosa mendicidad, está ahora preocupado de la fundación de una casa para los pobres y de un hospital. Recordemos además que no se le han ofrecido medios económicos y que junto a esto, ha tenido que afrontar muchos otros obstáculos. De modo que su infatigable actividad parece verdaderamente digna de admiración".

Las páginas de los diarios contienen casi todo lo que sobre sus actividades del primer año de párroco se puede decir. Comenzó a actuar en todos los planos de la pastoral, de tal manera que sus amigos y enemigos lo admiraban. Pero la renovación litúrgica de la misa no fue facil llevarla a la práctica, porque el Capítulo de los Canónigos de la Catedral, que era la autoridad competente para todo cambio, había adaptado ampliamente las funciones litúrgicas y la catequesis al oficio de los canónigos. Teodosio supo actuar hábilmente, con lo que logró conseguir un buen resultado por el camino más corto. La catequesis la trasladó a un horario apropiado para los jóvenes, con lo que se ganó mucha simpatía. La música religiosa que entonces no estaba muy a la altura, la reemplazó por canciones y canto coral acompañado de armonio, lo que le gustaba al pueblo. Compuso y publicó un libro de cantos especial para niños. Sólo un hombre de su envergadura podía permitirse tales intervenciones y reformas en la parroquia de Coira. En su concepción de la música sagrada, como en muchas otras cuestiones, el P. Teodosio se adelantó mucho a su tiempo. En Coira trabajó durante varios años por conseguirse un órgano.

Por su clara y fluida elocuencia pudo adaptar sus prédicas a los distintos públicos a quienes se dirigía. Por su temperamento fogoso conseguía ganarse el corazón de la gente sencilla y de la gente más preparada. Hasta los protestantes asistían a sus conferencias. Los cristianos de otras confesiones no encontraban nada hiriente en sus palabras. Cuando se trataba de lo asistencial y de la reforma social, el capuchino no tenía contemplaciones ni en lo religioso ni en cuanto a su visión del mundo. En todo y contra todo, como un buen hermano menor de San Francisco de Asís, mostraba su actitud ecuménica lo que en ese tiempo no era lo más natural. Tenía un espíritu amplio y abierto en cuanto a sujeción a la Iglesia y fidelidad a las orientaciones católicas.

En la renovación de la vida de la parroquia, una sorpresa seguía a la otra. A través de la introducción o celebración de hermosas celebraciones litúrgicas, logró despertar el fervor de los fieles. Generosos bienhechores hicieron posible las reparaciones necesarias y las adquisiciones adecuadas al momento. La catedral, las pertenencias episcopales y la casa habitación de los sacerdotes, incluido el convento de los capuchinos, fueron sometidos a una profunda renovación. El párroco capuchino logró conseguir, después de largas negociaciones, la constitución legal de la comunidad parroquial y escolar. La resistencia pasiva de los jefes comunales que simpatizaban poco con los católicos, fue siendo superada por el tino y la táctica de Florentini. Sobre este asunto, el P. Teodosio escribió una carta al encargado papal:

"Si de vez en cuando tuve que negociar con los radicales, lo hice para evitar posibles males o para conseguir algún bien. Estoy convencido que la Iglesia Católica de nuestro país, habria sufrido menos daños, si los que tenían el deber de establecer los contactos hubieran actuado con más autoridad y tino, unido a una mayor tolerancia en la vida corriente."

Los niños y los jóvenes de la parroquia, veian un amigo en el sacerdote que se preocupaba de ellos como un padre. En su autobiografía, que va hasta el año 1855, encontramos sólo unos breves apuntes sobre la escuela de Coira. Informaciones más detalladas aparecen en el texto en latín antes mencionado y dirigido al Nuncio, donde entre otras cosas leemos:

"Después de haber sido trasladado a Coira, rápidamente, con infinito esfuerzo y recolectando mucho dinero, traté de levantar el nivel de la escuela primaria, que estaba en un estado de decadencia, de modo que más de cincuenta niños se habían trasladado a la escuela comunal protestante. Además, en cuanto pude, separé los niños de las niñas y puse la educación de estas últimas en manos de las Hermanas de la Santa Cruz. Actualmente la escuela está a la altura de todas las demás, incluso de las mejores y sólo cuatro niños van todavía a la escuela protestante. Tanto en esto, como en otros asuntos, el Consejo Educacional paritario me ha apoyado mucho."

Enseñaba religión en todos los niveles. Para ejercer una influencia cristiana y moral en la educación de los jóvenes, durante el período de su desarrollo, fundó las escuelas dominicales y las escuelas de perfeccionamiento. Todos guardaron hasta muchos años después, recuerdos inolvidables de las horas vividas con el P. Teodosio, pues el pedagogo por excelencia lograba fascinar a jóvenes y viejos con su impulso masculino v su elocuencia irresistible. Después de solucionar problemas y asuntos complicados que habrían absorvido completamente la capacidad intelectual de cualquier otra persona, entraba alegre y de buen humor a las salas de clases, para enseñar religión con tranquilidad y entusiasmo, como si esa fuera su única ocupación. Esa capacidad de adaptarse a las circunstancias con rapidez y precisión era una característica propia de la genialidad de Florentini.

A las múltiples tareas de pastoral juvenil, pertenecía además dar atención a la escuela secundaria, que al igual que en la mayoría de las capitales cantonales, también en Coira estaba dividida según confesiones. Cuando después de las votaciones del Gran Consejo en la Cámara, se fusionaron los dos Liceos cantonales, el obispo Kaspar von Karl escribió una carta pastoral, en que protestaba contra el atropello a la libertad religiosa y aclaraba, que las clases de religión autorizadas en las escuelas neutrales, no confesionales, eran insuficientes y que no se trataba de una asignatura aislada, sino de un principio de educación y formación humana. Esto fue transformándose en tensiones que duraron años, entre la Curia y el Gobierno. En estas discordancias que aumentaban cada vez más, el P. Teodosio intervino, haciendo de puente. Daba la razón a la carta pastoral, pero insistiendo que en esas circunstancias desfavorables, habría que dar las clases de religión a los alumnos del Liceo cantonal, fuera del plan oficial de estudios; esto es, en la escuela católica de la Curia. Estas horas de clases las repartió entre los sacerdotes de la parroquia, que también eran capuchinos. Pero se quedó con la mayor parte de las clases. En un plan escolar detallado determinó el tiempo, el lugar y las materias a tratar. Para los cursos superiores dictaba un curso especial sobre: "Puntos de comparación

entre católicos y protestantes". Esas horas de apologética, prácticas y sin polémica, encontraron mucha aceptación entre los críticos estudiantes. El elogio de los alumnos del Liceo cantonal llegó hasta la prensa católica. Llenos de admiración los alumnos comentaban que el P. Teodosio una vez había hablado una hora entera sobre la palabra "es" en el relato de la última cena. Pero no entre todas las personas encontraba igual reconocimiento el sacerdote dinámico y de destacada inteligencia. Calumniadores y envidiosos lo denigraban ante las más altas autoridades eclesiásticas, por lo que el acusado tuvo que justificarse ante el representante del Papa.

Aun cuando al comienzo la gente de Coira miraba con desconfianza la llegada de Florentini, por sus intervenciones culturales en el cantón de Argovia, pronto tuvieron que darse cuenta, católicos y protestantes, que no era necesario vigilar a este hombre inofensivo, ya que sólo se dedicaba desinteresadamente a la pastoral y no a la política. Teodosio era capaz de hacer frente a las difíciles circunstancias y responsabilidades de la Diáspora. Pues le era propio, abarcar en una visión rápida y clara su campo de acción y proceder consecuentemente. Estando en Coira, creó la segunda obra importante de su vida, que entre creyentes y no creyentes de todos los niveles y colores le trajo simpatías. Pues en el rudo cantón de Graubünden, echó los fundamentos de una obra asistencial que uniría pueblos y enemigos.

58

"Las hermanas deben estar preparadas para desempeñarse en cualquier lugar."

(P. Teodosio)

El parroco de la catedral se recargaba con trabajos de todo tipo. Al lado de sus enormes esfuerzos por la escuela confesional y la pastoral popular, dedicaba especial atención a los marginados. Muchos dolores de cabeza le causaba la situación de los obreros. Las agitaciones políticas que apestaban a toda Europa, tuvieron grave culpa en el empobrecimiento del pueblo. La discordia entre los hermanos de la misma patria, en la guerra del Sonderbund, tuvo duras consecuencias para los católicos y conservadores derrotados. En sus viajes y en sus contactos y relaciones, el hombre del pueblo, Florentini, conoció muy de cerca la miseria de las masas. También en su propia parroquia y en los valles más apartados de Graubünden, tuvo que ver cómo los pobres enfermos y ancianos se quedaban desvalidos y abandonados. Decidido en la acción, el capuchino atacó el mal por la raiz. Introduciendo la industria casera, ofreció a las poblaciones pobres de la montaña, una fuente segura y regular de ingresos. Para adquirir telares y materias primas para los que trabajaban en sus casas, le ayudaba la Asociación de Ayuda Pública del cantón Graubünden. Para enfermos sin recursos adquirió en Coira una antigua casa señorial, la "Planaterra" y con la colaboración de una noble señora protestante, la transformó en una clínica provisoria. Como presidente de la Acción Católica de Ayuda para los Pobres y miembro de la comisión cantonal de la misma, sentía en su propio corazón la miseria corporal y espiritual de las capas sociales más desposeidas. Para evitar los peligros morales de los niños y de los jóvenes, había fundado la congregación de las Hermanas Maestras de la Santa Cruz. Pero para la amplitud de su

gran espíritu, esto era insuficiente y unilateral. "Pues" pensaba él, "el hombre no sólo tiene alma, sino también un cuerpo sensible a los sufrimientos. ¿De qué sirven escuelas cristianas y trabajo pastoral, si la ayuda material a los enfermos, inválidos, ancianos, enfermos mentales, hambrientos, presos y rehabilitados, se descuida culpablemente?"

Ya en Baden, su firme decisión había sido combinar armónicamente la actividad de las hermanas en la escuela y en lo asistencial. El ejemplo de congregaciones extranjeras,

ya le habían aportado estímulo y reafirmación.

"Las hermanas deben estar preparadas para desem peñarse en cualquier lugar." Esto era para él la expresión de un programa de vida. "Poder desempeñarse en cualquier parte", significaba para el líder religioso, asumir la educación, las tareas asistenciales, la promoción social y cualquier tipo de apostolado. Justo a raiz de estos principios, surgirian dificultades, que luego le traerian, a él y a sus colaboradoras, profundos sufrimientos. Pero si se mira globalmente y con la distancia histórica necesaria, esto ha significado inmensos beneficios para la renovación de la vida católica en Suiza y en el extranjero. Como párroco de la catedral, Florentini hizo que las hermanas asumieran el servicio a los enfermos. Pero la clínica sólo contaba con una instalación escasa. Al apóstol social le llegaban paralelamente solicitudes pidiéndole educadoras.

A pesar de estar lejos en Coira, a pesar del superior Röllin en Menzingen v a pesar de que había una superiora competente, la mayoria de las veces, las personas ajenas se dirigian al fundador, como si él fuera la persona indicada para disponer del personal según su propio criterio. Con una bondad ilimitada, el P. Teodosio aceptaba todas las solicitudes que le llegaban. Si M. Bernarda, tan sumisa a su padre espiritual, se hubiera basado en lo legal propuesto por las Constituciones, habría sido mucho más cuidadosa para proteger las fuerzas de sus hermanas tan solicitadas, para centrarse en una sola meta. Sin embargo, el fundador creia que tenía que dar satisfacción a todas las peticiones, pues veia crecer al grupo de hermanas en forma insospechada, aun cuando el número de religiosas era insuficiente en relación con los requerimientos. Para cambiarlas de puesto el padre capuchino buscaba el consentimiento de la superiora y del superior, con una autoridad irrevocable. Ambos cedian ante su fuerte voluntad por piedad y respeto. Desgraciadamente, poco a poco, a causa de esta obediencia callada se fueron produciendo discrepancias, ya que la superiora silenciosa y marcada por el dolor físico, muchas veces se sentía llevada hasta los últimos límites de lo soportable.

"Ni siquiera tengo suficientes hermanas para responder a la demanda de maestras, ¿cómo voy a liberar a algunas para enfermeras y asilos de ancianos? Si las hermanas continuamente tienen que sacrificar su vocación de educadoras en favor de lo asistencial, entonces ese cambio, a la larga, nos irá alejando del objetivo original de la congregación, puesto que el P. Teodosio escribió nuestra Regla para hermanas educadoras y no para hermanas dedicadas a lo asistencial." Estos y semejantes pensamientos debia tener M. Bernarda cuando llena de preocupaciones, debía despachar la correspondencia y llevar las cuentas hasta altas horas de la noche. Con este agotamiento del personal, cuando se trataba de cubrir nuevos puestos, se hacia además imposible dar a las hermanas una especialización en profundidad, pues estaban ocupadas en múltiples tareas. "¡Esto daña nuestro prestigio!", se quejaba en su interior la joven superiora, cargada con una responsabilidad intransferible, que por las duras exigencias del padre, se dedicaba a proteger y defender como una madre a las hijas amenazadas. Porque ella queria mantener y no malgastar las fuerzas de su gente. Pero eso no podia comprenderlo el P. Teodosio con sus planificaciones en grande y su riqueza de ideas. A él, tan lleno de gloria y conocido en todas partes, tan rebozante de fuerzas, se pasaba por alto esa delicada capacidad femenina de sentir y la M. Bernarda, en su humildad realista, se sentía a veces demasiado débil para planear a la altura del raudo vuelo del padre. ¡Destino trágico del hombre! Consecuencia del pecado original, también entre los que se comprometen en la extensión del Reino de Dios. Pero Dios, Creador y Redentor, puede escribir derecho, incluso en las líneas en que nosotros, por nuestra debilidad, escribimos torcido.

Porque el P. Teodosio estaba recargado de trabajo en su tarea de párroco de la catedral de Coira, encargó a su ayudante el P. Honorio, al que hasta el día de hoy los capuchinos llaman con chispa y simpatía "el pequeño Teodosio", que se preocupara de las hermanas de la Santa Cruz a su regreso de Graubünden a Menzingen. El "pequeño Teodo-

sio" no estuvo inactivo. Hábilmente sacaba provecho de sus buenas relaciones con personas influyentes para que le ayudaran a ejecutar los planes del gran Teodosio. En el decano Melchior Schlumpf, párroco de Steinhausen, encontró a un sacerdote inteligente, que por convicción personal estaba dispuesto a realizar el programa teodosiano. También el regidor Hegglin ofreció su ayuda. Por fin había llegado el momento de pensar en una casa propia para las hermanas y en la formación de una Asociación de Ayuda, compuesta por personas de buena voluntad.

M. Bernarda estaba agradecida por la fundación de esta asociación a la que pertenecian sacerdotes y laicos. Sin su ayuda, jamás habria podido adquirir los edificios para la Casa General y la Escuela Normal, puesto que la congregación había caído en graves deudas, a causa de los costosos traslados en Graubünden, los subidos arriendos de los castillos Rhäzüns y Zizers, la admisión de aspirantes sin recursos económicos, las bajas remuneraciones de las hermanas en los diversos puestos, y la imposibilidad de recibir ayuda financiera del P. Teodosio, ya que la clínica Planaterra requería toda su dedicación.

Al comienzo del verano de 1850, la M. Bernarda se vio obligada a enviar dos hermanas a Württemberg para recoger la limosna franciscana. También el P. Honorio y el párroco Röllin juntaban por todo el país ofrendas voluntarias.

El Comité de Ayuda se transformó en una verdadera sociedad anónima, que al cabo de un año contaba con 322 miembros. Sin embargo M. Bernarda sentía, a pesar de toda la buena voluntad del Comité de Ayuda, que la gente de Menzingen y el presidente Hegglin, querian aumentar el brillo de su zona construyendo la Casa General y la Escuela Normal. Más que en otras ocasiones, le afectaba ahora la distancia que la separaba de su padre espiritual, porque temía que aceptando este ofrecimiento, se sometia más al deseo y la voluntad del Comité de Ayuda, Trataba de evitar cualquier paso falso y actuaba con mucho tino. De acuerdo al derecho válido en la Iglesia y el Estado, la Casa General fue reconocida con el nombre de Escuela Normal. La autorización fue dada por el obispo en octubre de 1851 y en el mismo año, fueron aprobadas también por la diócesis de Basilea, las Constituciones revisadas, de las hermanas, confirmando de nuevo al párroco Röllin como superior.

El P. Teodosio no estaba del todo contento con la adquisición de este edificio, hecha por el Comité de Ayuda. El habría preferido que se construyera generosamente un edificio nuevo y más funcional. Ya después de la profesión en Wurmsbach, las hermanas se habían trasladado de la casa de los relojes a una casa más amplia, cerca de la iglesia. Pero pronto también este convento se hizo demasiado estrecho para la comunidad que aumentaba constantemente. Ahora recibieron en el centro del pueblo un edificio que sería su casa para siempre. Mucho más que la ampliación del edificio, le importaba a la Superiora General, el crecimiento interno del Instituto.



Pasaporte del Padre Teodosio

"Muy a pesar mío y con mucho desagrado, me fui de superiora a Coira."

(Apuntes de la M. Theresia Scherer)

Quizás el lector se ha dado cuenta que nuestra biografía se mueve en círculos concéntricos o a veces en espirales. Por lo tanto, las repeticiones son conscientes y sirven para profundizar. Sólo así puede grabarse mejor lo leído. Este mismo procedimiento lo había establecido el P. Teodosio en sus Planes Escolares para el colegio de Schwyz.

Ya nos habíamos encontrado antes con los proyectos asistenciales del P. Florentini y en ese contexto con la Hna. Theresia Scherer. Esa mujer valiente y tan grande como M. Bernarda, la primera superiora de Menzingen, va a pasar a ocupar el primer plano de nuestro relato de aquí en adelante.

Antes de la profesión, su nombre civil era Katharina Scherer; su padre estaba casado con Ana María Sigrist. Ambos eran originarios de Meggen y se quedaron siempre en el mismo pueblo luminoso y soñador, a la orilla del lago. La recia familia campesina ocupaba una modesta habitación llamada "Weid". Como los Scherer tenían que compartir la casa con otra familia, el padre estaba planeando construir una casita propia en "Rippertschwand". ¡Cómo se confundieron la madre y los hijos, cuando en el crudo mes de febrero de 1833, la muerte vino a quitarles a su padre tan trabajador! Fue el riguroso trabajo en los bosques que le produjo un fuerte resfriado con pulmonía. El menor de los niños sólo tenía seis semanas de edad y Katharina era la tercera; había nacido el 31 de octubre de 1825.

Debido a la situación económica, la viuda Ana María Scherer se vio obligada a enviar a sus hijos mayores donde algún pariente. Ya el mismo día del funeral de su querido padre, Katharina tuvo que abandonar la casa paterna. Donde sus primos solteros, los hermanos Sigrist, encontró la niñita un buen hogar en todo sentido. Una antigua empleada se preocupaba maternalmente del bienestar corporal y espiritual de la pequeña Katy. Los dos hermanos Sigrist, auténticos campesinos, trabajaban la pequeña finca "Zum Loch". Katy ayudaba valientemente en todos los quehaceres. La sirvienta, exigente pero bondadosa, después de sus críticas observaciones, tenía que reconocer:

"Es cierto lo que los padres de Katy dijeron. La niña tiene dominio de sí misma, puede hacer consigo lo que quiere. Siempre está alegre y tan equilibrada para su edad."

Diariamente, los primos enviaban a la niña a la escuela del pueblo, donde se destacó pronto por su inteligencia y aplicación. Por otra parte, era como todas las demás niñas: habladora, vanidosa y engreida, a menudo bulliciosa y siempre dispuesta a las bromas y chistes inofensivos. Bajo la guía de la empleada, que era parca en hacer elogios, la pequeña Katharina debía hacer trabajos domésticos en la casa. Los hacía de buen grado y con exactitud. Pero con más gusto iba a la escuela, donde podía ver a sus hermanos. ¡Cuánto sufriría la niña sensible, cuando después de las visitas de los domingos a la casa paterna, tenía que volver a despedirse, o cuando al salir de la escuela cada uno de sus hermanos tenía que tomar otro camino! Pero Katharina se mantenia valiente, dueña de si misma. Durante el envierno, al calor del hogar de la casa de los Sigrist se cantaba y bailaba. Lo mismo se hacia en el verano al aire libre. Esta alegría folklórica era para ella una sana entretensión.

La atmósfera religiosa que reinaba en la casa, los siete años de escuela con una maestra de criterio amplio y la vida silenciosa y rutinaria del campo, fueron formando poco a poco el carácter de Katharina. Cuando la niña alegre llegó a la edad de 16 años, su madre y el sacerdote le indicaron el camino a seguir. Le consiguieron un empleo en el hospital regional de Lucerna, donde las Hermanas de Besançon se dedicaban al cuidado de los enfermos y a las tareas domésticas. Hacia afuera, Katharina no dejó notar mucho que le desagradaba ir a Lucerna. El hospital de entonces, incluyendo en gran parte la función de asilo de ancianos y hogar de pobres, con su olor pestilente, con los lamentos de los ancianos y el griterio de los niños, con toda

su pobreza de instalaciones sanitarias, producía en el ánimo alegre de la jovencita de Meggen, una impresión antipática. Las Hermanas de Besançon la enviaron primero a la cocina, para perfeccionarse en trabajos domésticos, pero pronto la ocuparon para el cuidado de los enfermos, por su carácter jovial y tal vez también por falta de personal. La diferencia entre esto y la vida campesina de Meggen era extrema. Además, la joven llena de vida, mostraba poca afición a los frecuentes ejercicios piadosos, en los que debía participar con las religiosas. ¡Y luego los enfermos, los desastrados, los moribundos! Impresiones difíciles de integrar, sentimientos revueltos, que iban desde la compasión a la aversión y repugnancia, la atormentaban interiormente. Estertores de muerte y mal olor, enfermos quisquillosos y que hacían perder la paciencia, niños piojentos y atrevidos, ancianos andrajosos, descarados pordioseros tunantes. ¿Puede cantar uno y bailar en ese ambiente?, ¿puede encontrarse la alegria de vivir en semejante lugar?

La avuda en este proceso de maduración interna, no le vino de los hombres, sino de Dios. Ella crecía a través de las dificultades. Buscaba alivio a las heridas que le dejaba la vida, en la recepción frecuente de los sacramentos. Ella aspiraba a algo superior, al igual que sus santa patrona, por eso se incorporó a la Congregación Mariana y a la Tercera Orden de San Francisco. Pero, ¿qué estado de vida elegir? ¿Casarse, ser profesora, o entrar en el convento? ¿Escuchar un consejo o guiarse por su propia conciencia? En julio de 1844, hizo un viaje de peregrinación al Rigi, con una amiga. Allí le pidió claridad a Nuestra Señora de las Nieves. Posiblemente allí conoció directa o indirectamente al P. Teodosio, que más o menos en ese tiempo se encontraba descansando en Rigi. Hoy día no se sabe nada al respecto. Después, Katharina visitó el convento de Einsiedeln. Al volver de este viaje, pidió ser recibida donde las Hermanas de la Misericordia de Portieux, que tenían a su cargo una casa de huérfanos en Lucerna. La educación de niños le parecia más agradable que el cuidado de los enfermos. Ya estaba preparando su ajuar para la vida religiosa y planeaba para pronto un viaje a la Casa General en Francia. Con dolor de su corazón estaba dispuesta a cambiar el terruño paterno por la desconocida tierra extranjera. No sentia ningún entusiasmo desbordante. En silencio guardaba el misterio de su vocación. También la hacía sufrir el dilema

entre la entrada al convento y su deber de amor a su madre envejecida y solitaria.

Cuando estaba empaquetando sus pocas cosas le llegó una noticia que lo trastornaria todo. De fuente segura supo que un capuchino suizo, rebosante de energía iba a fundar una orden parecida a esa. Katharina quiso consagrarse, en su propia patria, a esa obra tan prometedora. Esto le significó emprender una lucha agotadora contra las objeciones bien fundadas de su madre, sus hermanos, sacerdotes y parientes y quizás también, contra su propio presentimiento, que la disuadían de comprometer su futuro y su felicidad. en una vaga fundación nueva de un osado monche mendicante, que no podría ofrecerle algo estable. Pero cuando el domingo 5 de octubre de 1844, partió decidida hacia el viejo v venerado convento de Altdorf, había superado las dudas que la atormentaban interiormente. Pasando por Goldau y Steinen, Katharina llegó a Brunnen, donde el lago ofrece un aspecto muy distinto que en su casa de Meggen o en la ensenada de Lucerna.

Aunque por lo demás se sentía tranquila, cuando entró a ese camino empinado hacia el convento, de repente se vio presa de inquietudes:

¿Y si el padre no me recibe? Seguramente necesita sólo personal preparado. ¿Y yo? Siete años en la escuela del pueblo, dos años en el hospital de Lucerna. ¿Será suficiente lo poco que sé?"

El hermano portero, muy amable, le abrió la puerta y la llevó al salón, donde tuvo que esperar un rato. La salita sobria pero acogedora, expresaba pobreza franciscana. En la pared se veía un crucifijo de madera. Entonces se oyeron pasos seguros y enérgicos en el corredor del convento. El P. Teodosio se detuvo un momento ante la puerta abierta y examinó con mirada crítica, los ojos claros de su visitante. Luego resonó su voz llena:

"Así que tú eres Katharina Scherer de Meggen. ¡Buenos días!"

Se dieron la mano para el saludo y se sentaron frente a frente junto a la mesita. La voz del P. Teodosio, hecha más bien para el amplio espacio de una catedral, que para una salita pequeña, parecía dirigirse a todo el pueblo, más que a la persona presente:

"Dicen que siempre ha sido así. Que siempre ha habido pobres, enfermos, deformados, huérfanos y cesantes. Ven la miseria, pero nadie hace nada. Ni la gente acomodada ni el Gobierno. Tremendo. Antes los religiosos cuidaban a los enfermos y enterraban a los muertos en épocas de pestes. Hoy dia, no basta que un hombre aislado emprenda algo contra la miseria de las masas, sino que necesitamos una acción social organizada, congregaciones enteras, dedicadas exclusivamente a la pastoral de los más necesitados."

El capuchino alto y de anchas espaldas, hizo una corta pausa. Luego continuó con una mirada chispeante y con gestos impetuosos:

"En nuestro país se invierte mucho dinero en escuelas. Está bien. Pero, ¿es justo que sólo puedan estudiar los hijos de los grandes señores, mientras que los hijos de las familias pobres quedan eternamente predestinados para los trabajos humildes y sin importancia? ¿No seria mejor que en primer lugar estudiaran los que tienen capacidad? La caja de fondos del señor papa no debe desempeñar ningún papel. Los pobres deben tener tan buenos colegios como los ricos. Y las niñas deben recibir una preparación para los trabajos de casa, para ser madres eficientes que saben cocinar, zurcir, tejer, cuidar niños, etc. Esto puede hacerse luego de terminada la educación escolar o paralelamente a los ramos principales, en cursos especiales o incluso en internados. Si hoy día la atención a los pobres es tan miserable que deja de ser cristiana; si las escuelas públicas de la mavoria de nuestros cantones no son cristianas, ni menos católicas, entonces nosotros los católicos tenemos que asumir nuestro papel y crear nuestras propias obras de caridad cristiana y de educación. Esta es una necesidad de la época y voluntad de Dios. De los obreros de fábricas y explotados, ni hablar. Es un capítulo aparte. Ya está bueno que de una vez pongamos manos a la obra. Pero esta es la cuestión, muchos cristianos duermen, hasta que sea demasiado tarde para levantarse."

A Katharina le parecía que el espacio de la salita se agrandaba. Estaba convencida que los grandiosos proyectos, que el barbudo predicador de la Orden Mendicante desenvolvía ante ella, le tocaban también personalmente. Como un profeta, Florentini seguía dibujando la imagen que había visto en su espíritu:

"De poco sirve lo tradicional. Se necesita un tipo de religiosa nueva que se comprometa con el mundo. Las estructuras y estatutos deben ser tales, que las hermanas puedan trabajar sin limitaciones y en todas partes, en escuelas, hospitales, al cuidado de los pobres y ancianos, de inválidos, fracasados, huérfanos, niños difíciles, vagos, alcohólicos, sordomudos, ciegos. Podria continuar la letanía. En fin, necesito gente joven que tenga el valor de comenzar conmigo, en forma desinteresada, con alegría y disponibilidad. No habrá dinero ni ganancias. Lo que quiero fundar lo conocí en el extranjero. Lo que ha sido posible donde las hermanas alsacianas de Ribeauvillé, es decir, combinar vida religiosa con educación y asistencia social, debería poder hacerse también en nuestra patria; ¿cómo lo ves tú?"

En el primer instante, Katharina se sintió confusa. Ciertamente que todo lo que le confiaba el capuchino audaz, era importante y verdadero. Pero, ¿no la estaría sobrevalorando?, ¿podía él imaginarse que ella estaba a la altura de esa tarea gigantesca? Por eso contestó vacilante:

"No quiero desilusionarlo, porque no tengo en absoluto

la preparación requerida."

Pero el sacerdote de hábito café oscuro y con el rosario colgando del cordón blanco, sólo se rió y le dio ánimo, con lo que ella recobró enseguida la confianza en sí misma.

"Lo que mis postulantes necesitan aportar es única y exclusivamente su buena voluntad. De su formación posterior y de todo lo demás, me preocuparé yo mismo." "¿Y los conventos que se acaban de cerrar y de prohibir en Suiza? ¿Ahora una nueva congregación? ¿Lo irá a tolerar el Estado, siendo que todo está contra los conventos?", se atrevió a decir de nuevo Katharina.

Serio y pensativo, miró el sacerdote con sus ojos oscuros a la joven que estaba frente a él. Primero sereno y luego cada vez más fogoso, él siguió explicando: "No debemos temer a los gobernantes. La alta marea anticatólica volverá a bajar. Pero las instituciones que hayan sido fundadas en un auténtico espíritu de amor fraterno, sobrevivirán todas las crisis. ¿Qué apostamos? Si en nuestras fundaciones procedemos con prudencia, bondad hacia el pueblo y respeto hacia las leyes estatales, todo nos saldrá bien. Lenta, pero constantemente debemos transformar la opinión pública a favor de las congregaciones religiosas y de las órdenes, pues mi programa prevé ayuda para todos. Cuando se trata del amor, no hay diferencias, tampoco confesionales. ¿Entiendes esto? Ni el pueblo, ni el Estado podrán a la larga luchar contra el amor. Si ya nuestros an-

tepasados, los antiguos confederados, iban a la batalla armados con la cruz, comencemos también en el nombre del Señor y luchemos con su fuerza. Yo sé lo que debo y puedo exigir de mis hermanas. Mientras yo esté vivo, no tendré más que preocupaciones por mis hermanas, lo veo de antemano. Pero en la capucha sobre mi espalda caben muchas preocupaciones. Echa las tuyas adentro también". Katharina se rio con picardía. Sus frescas mejillas ardían. Sintió que Florentini le transmitía su coraje varonil. Una vez más, se atrevió a hacer una objeción:

"Pero para fundar una congregación, se necesita mucho

dinero. Es que mi mamá me dijo que..."

Aparentando extrañeza el P. Teodosio interrumpió a la

muchacha cuyas mejillas enrojecían cada vez más:

"¿Dinero? ¡Ja, ja, dinero! ¿Qué dice Cristo del dinero, y qué dice de los que edifican sobre el dinero? ¿Acaso Cristo estableció su Reino en la tierra con dinero? Demasiado dinero ha dañado siempre a la Iglesia. Nuestro padre San Francisco siempre vivió de limosnas, de la mendicidad, mejor dicho, de la Divina Providencia. Era su regla de cálculos, sus únicas tablas de multiplicar. ¡Para el Seráfico Padre, ¡óyelo bien! el dinero es basura! Además, para que no pienses que yo ando en las nubes, al principio tuve que mendigar para mis hermanas y puedo ganar dinero escribiendo libros. Los superiores me lo han autorizado. Más tarde las hermanas mismas podrán ganarse su sustento, ya que por la enseñanza en general, se recibe un sueldo. Pero ahora, antes que nada, necesito hermanas y no plata. ¿Cuándo quieres entrar?"

Como la nieve al sol fueron desapareciendo su vacilación y sus dudas. ¡Qué sencillo y real se hacía todo, cuando el padre lleno de calor y realismo explicaba algo! Katharina conocía las tareas, las dificultades, los sacrificios que implica la pobreza, así como el estar sometida a la voluntad de otros. Pero la gracia había abierto su alma y la había hecho fuerte. Entonces el famoso predicador preguntó y Katharina no supo cómo expresarse ante la elocuencia de

ese hombre:

"¿Tienes una idea de lo que escoges al aceptar?"

Ella, al ver el crucifijo de madera suspendido en la pared, contestó con una palabra:

"¡La Cruz!"

"¡Entonces puedo aceptarte, hija!" El capuchino le ex-

tendió la mano a la joven sobre la mesa. "El que opta por la Cruz, tiene que renunciar a si mismo."

"Lo intentaré. ¡Colóqueme allí donde pueda serle más útil! ¡Recibame cuanto antes!"

Su entrada definitiva tuvo lugar el 1 de marzo de 1845. En la iglesia del convento capuchino de Altdorf, el P. Teodosio recibió a Katharina Scherer en el noviciado de la Tercera Orden. Rosa Winiger de Rapperswil, la que más tarde se llamó hermana Aloisia, fue su compañera. El pedagogo por excelencia en persona y la Hna. Cornelia Mäder, introdujeron a las principiantes en la vida religiosa y en el arte de enseñar. En el "Vogelsang" en Altdorf, Florentini había arrendado un convento provisorio. Ya en junio, la profesora cuya delicada salud se había repuesto, volvió a Menzingen con sus dos novicias.

El 27 de octubre de 1845 hicieron sus santos votos en la abadía de Wurmsbach. Fue un día de bendición y de felicidad para el corazón sensible de la Hna. M. Theresia, que por fin, podía llevar en su vestido, la joya de las Hermanas de la Santa Cruz. La Hna. Feliciana y la Hna. Theresia se trasladaron a Galgenen. El día de los Difuntos, las dos profesas empezaron a trabajar en el primer puesto de la congregación, fuera de Menzingen. En vez de recibir allí la preparación esperada, la joven de Meggen se dedicó a la educación de las niñas en las circunstancias más primitivas, tanto en la sala de clases como en la habitación de las hermanas. Pronto el párroco del lugar la reconocía como educadora innata que desempeñaba su tarea con maestría, a pesar de haberse preparado tan poco para la enseñanza.

¡Pero de qué le servia el reconocimiento y el éxito en la escuela! Interiormente debía vivir lo que significa ser Hermana de la Santa Cruz. Le parecia que Dios la había abandonado. Ningún consuelo sensible en la oración, ningún progreso notorio en la vida espiritual. Vacío y desgano que llegaban hasta el dolor físico. La alegría en Dios se había apagado. ¡Cuánto deseaba desahogarse con su padre espiritual la religiosa sin experiencia! Pero el P. Teodosio estaba de párroco en la catedral, lejos allá en Coira y además, le quedaba poco tiempo para escribir. El correo funcionaba muy lento y no siempre era seguro y pagar a los carteros que hacían algunos trayectos a pie, era un asunto caro. El superior tuvo que dejar solas a las herma-

nas en los puestos, aunque todas tenían necesidad de su experiencia y orientación.

A pesar de las angustias espirituales y de su debilidad física, la Hna. Theresia cumplía fielmente su deber. Ni las alumnas, ni la gente del pueblo notaba en algo las angustias de conciencia de su profesora siempre alegre y amable. Sólo la Hna. Feliciana compartía con amor de hermana sus sufrimientos, pues veía los tormentos sin poder ayudarla. Pasaron semanas hasta que el P. Teodosio apareció en Galgenen. Cuando por fin llegó, comprobó con indignación de padre, que la Hna. Theresia se había desmedido en el ayuno y la mortificación. Dejándose llevar por su naturaleza colérica, la riñó:

"No necesito ascetas que arruinen su salud con ejercicios penitenciales exagerados, sino hermanas sensatas, eficientes en el trabajo, disponibles y capaces de desempeñarse en cualquier puesto. ¡Hija, entra de una vez en razón! Tienes cara de enferma."

Pero pronto, el experto director espiritual, captó que su hija sufría en su alma. Entonces cambió de tono y le preguntó con mucho tino y tolerancia:

"¿Te arrepientes acaso de haberte asociado a mi congregación? ¿Debo dejar que te vayas? ¿Debemos, M. Bernarda y yo, enterrar todas las esperanzas que habíamos puesto en ti?"

La hermana, apenada, se rebeló con dolor y se defendió: "¡Eso sí que no! De ninguna manera me arrepiento de haber entrado. Se trata de otra cosa y que no puedo describir."

El padre, entendido en cosas espirituales, se dio cuenta que Dios estaba purificando el amor de su sierva, para liberarla de sí misma. ¿De qué sirven ante ese dolor, palabras humanas vacías? P. Teodosio se calló y esperó.

La profesora, debilitada de salud, recibió la orden de reponerse durante las vacaciones de verano, en el famoso convento de Wurmsbach. Su fidelidad venció. Lentamente encontró la paz que habia perdido. Sólo en noviembre la llamó el fundador a Menzingen. Sus ansias de una preparación más sólida, tampoco se cumplirían esta vez. Se asustó como un niño cuando el P. Teodosio le comunicó: "Siguen aumentando las peticiones de profesoras idóneas, pero las nuevas aspirantes deben hacer primero el noviciado. Mientras que tú ya lo hiciste. Te sigo necesitando como profesora en la educación. Pero hay un pequeño obstáculo. El Consejo Educacional de Zug exige que toda profesora debe someterse a un examen estatal. ¡Esto me parece bien! ¡Prefiero la calidad a la cantidad!"

"Pero, padre, no tengo la preparación necesaria y mi práctica fue corta. En Wurmsbach he olvidado todo."

Con su risa franca, Florentini barrió inmediatamente con sus dudas, igual que aquella vez en Altdorf:

"Tú lo vas a hacer muy bien. Tu dedicación y fidelidad valen por un largo tiempo de estudio. No tengas miedo, ¡no me vas a defraudar!"

Como siempre, el capuchino Habiloso tendría razón. Aprobado el examen, la Hna. Theresia volvió radiante con el título oficial de profesora. También a las otras hermanas les fue bien en los exámenes ante estrictos examinadores. Inmediatamente Teodosio envió a la Hna. Theresia a Cham y de superiora. En ese pueblo católico del cantón Zug, las hermanas fueron recibidas con hostilidad. Los seguidores de la corriente del Kulturkampf se burlaban:

"¿Qué pretenden esos chinches negros? ¿No tenemos ya bastante de esos bichos piadosos?"

Creyentes miedosos abrigaban temores infundados:

"¿Acaso se ha visto alguna vez en nuestro país que las religiosas se desempeñen libremente y en público? ¿Se impondrá la moderna y loca idea del capuchino temerario? ¿No estará conjurando una nueva guerra confesional, con su congregación religiosa?"

Pero amigos y enemigos en Cham coincidían en el siguiente punto:

"Enseñanza obligatoria para niñas es un error modernista. ¡En eso no vamos a participar! ¿Quién pagará la escuela, el material, las profesoras? ¡Nosotros no!" Sólo algunos admitian que en ese momento habia una necesidad urgente en el plano educativo. En vastos círculos humanos existía aún una espantosa ignorancia, pereza e indiferencia. No era una excepción tener de 100 a 130 alumnos en una misma sala de clases. En muchos lugares de los cantones del Sonderbund empobrecidos, no se encontraba a nadie para enseñar, fuera del sacerdote que de por si estaba recargado de trabajo.

Las primeras hermanas maestras de Florentini tuvieron que sufrir mucho en Cham. Los padres de familia que hasta entonces habían aprovechado a sus hijos en los trabajos de casa, establo, campo o fábrica, se mostraban hostiles y ajenos frente a la escuela y su dirección, presa de sus prejuicios poco racionales. A pesar de las insistentes súplicas de las hermanas, muchos padres no querian gastar el dinero en comprar pizarras ni grafitos. Los libros escolares tenían precios exorbitantes y eran distintos unos de otros.

Pero como siempre, aquí también triunfaron, el amor y la paciencia de las religiosas, ante la gente de Cham, que al comienzo se habían comportado tan duros de cabeza como los israelitas del antiguo testamento. Las dos hermanas se ganaron la plena confianza tanto de los niños como de los adultos. El Gobierno comunal de Cham alababa en todos los tonos la enseñanza sistemática y llena de éxito. El hecho que la Hna. Theresia no había terminado del todo con sus luchas interiores, permanecía oculto incluso para las personas que la rodeaban más de cerca. Ella aprovechaba su situación de superiora, en que nadie la supervisaba directamente, para practicar más la penitencia y la mortificación. En épocas de gran frío no se abrigaba, de noche dormia en el suelo o sobre una tabla de madera, ¡Pero el cielo no se dejaba conmover ante estas pruebas de amor, marcado por el dolor!

A fines del otoño de 1847, un nuevo traslado. Theresia conocía ya la obediencia en la práctica, no sólo por las Constituciones escritas por el fundador. En Oberägeri dirigió los cursos de enseñanza primaria por tres años. Las circunstancias, demostraban la necesidad de dar especial importancia a la reforma escolar según el pensamiento y el programa de Florentini. Primero se dividieron los niños en primer y segundo ciclo básico, luego en cursos de niñas y de niños. Al poco tiempo, las autoridades de Oberägeri se interesaron en la reforma escolar del capuchino abierto a su época y de sus maestras competentes. El P. Teodosio se fijaba que nunca una hermana quedara sola en un puesto. En Oberägeri, la Hna. Ignacia enseñaba en los cursos superiores. La Hna. Theresia que dirigia el ciclo inferior, en ese apartado pueblecito, junto al idilico lago Aegeri, encontró su completa paz espiritual. La acogió con humilde gratitud. Después de pasada la prueba, gozaba de una profunda unión con Dios.

* * *

Y ahora venía el paso decisivo; primero para el P. Teodosio, pero también para la Hna. Theresia. Desde el comienzo, el corazón apostólico de Florentini, habia estado reflexionando sobre posibles obras asistenciales. Desde luego, ya había hecho realidad su primer proyecto, la Reforma Católica de la Escuela. Pero no quería quedarse a medio camino. En todas partes encontraba tareas, que asumía valientemente, no por razones personales, sino por amor a Jesucristo. El sólo no podía llevarlas a cabo, necesitaba los corazones y las manos de sus colaboradoras, las Hermanas de la Santa Cruz. Cuando necesitaba algo de ellas, no preguntaba mucho. Mandaba como un general. Un dia le escribió a la Hna. Theresia:

"Venga inmediatamente de Aegeri a Näfels, porque se trata de un asunto importante. Las circunstancias del asilo de acá son desfavorables, pero usted podrá cambiarlas. Preocúpese de poner orden. Yo confío en su inteligencia y en su bondad."

Ahora supo que le tocaría entrar en el camino de la Cruz. Leyó la carta dos veces. ¿Ser llamada a dejar la enseñanza con la que se había encariñado?, ¿abandonar a los niños, renunciar a la grata tarea educativa? Al lado de todo esto se sentía dichosa de la confianza que ponía en ella su padre espiritual. Y aceptó con entusiasmo. Teodosio observaba a la distancia el giro que tomaba la prueba de fuego. Reflexionaba como un capitán en su puesto de comando: "Näfels es para Theresia y para todo el Instituto la piedra de toque. Si persevera en ese trabajo tan sucio, podré construir sobre sus hombros edificios enteros, casas de asistencia social".

* * *

El dia de su llegada, Theresia, roja de esfuerzo y disgusto, estaba arrodillada en la inmundicia, para lavar el piso de la cocina. Dos internas habían rehusado hacer el trabajo y habían dejado ahí mismo el balde con agua. Murmuraban como gorriones:

"¿Por qué tiene que venir a mandarnos esta joven? Hasta ahora nadie tenia que hacer aseos aquí. ¡Que ella misma saque la mugre!"

Este fue el comienzo de la reorganización en el palacio Freuler. Instalaciones e higiene más que primitivas. Mucho

peor era el desastre económico, material y moral del asilo y casa correccional de Näfels. En un estrecho recinto se amontonaban ancianos, huérfanos, caídos, vagos, marginados y débiles mentales. Entonces llegó la Hna. Theresia con su mano laboriosa a hacer orden desde el subterráneo al techo. En el llamado palacio Freuler, que nada tenía de tal, entró un nuevo espiritu. La directora de la casa era justa, bondadosa y sin embargo exigente. Paralelamente tenía a su cargo sesenta niñas de la denominada Escuela Industrial. Ese hogar fue habitado por niños abandonados y pobres de la comuna, que hasta ese momento se dedicaban a callejear y a mendigar por todas partes. En las salas de la Escuela Industrial, se instalaron telares para tejer. Además de la atención a los pobres, le tocó a la hermana el deber especial de enseñar y controlar a las niñas que trabajaban en las máquinas. En la parte baja del cantón Glarus había una pobreza horrible. Epidemias, aguas malas para beber y una peste devastadora en las papas que minaba la salud del pueblo. El incendio de una gran fábrica en Ziegelbrücke, destruyó la única posibilidad de ganarse la vida de la gente que no trabajaba en la agricultura. En esa situación de miseria, las comunas recurrian a medidas de autoayuda desesperada. Se promovió la emigración a América. El pueblo de Näfels instaló un comedor para los hambrientos. En 1848 se abrió allí, en el palacio de Freuler el antes mencionado asilo. Como el matrimonio no se halló capaz para la tarea, las autoridades se empeñaron en conseguir un reemplazo donde las hermanas de Teodosio. Apenas la incansable Hna. Theresia habia establecido la disciplina, fue llamada después de un año. Alli, en Menzingen, por un corto tiempo, se hizo cargo de la escuela de niñas.

Como superior de Coira, el P. Teodosio había abierto un hospital provisorio. Algunas señoras se hicieron cargo del cuidado de los enfermos en forma gratuita. Bajo la dirección firme de Florentini, se había formado una Liga Sanitaria, a la que pertenecían también médicos bien intencionados. Pronto, el edificio de Planaterra que era como una torre, estuvo repleto de enfermos, a pesar de que la gente de la ciudad veia con recelo también esta obra del activo párroco, a causa de los prejuicios confesionales. El P. Teodosio necesitaba una persona eficiente para su hospital provisorio. Las hermanas enfermeras de Innsbruck, que él había solicitado para atender a los enfermos le habían fra-

casado, porque creían que la Institución pasaria definitivamente a manos de su congregación. Florentini, conocedor de la psicología humana, por su talento innato y por la experiencia, solicitó para ese puesto dificil, a la antigua enfermera de Lucerna y actual directora del hogar de Näfels. A la Superiora General, no le gustó mucho liberar a la alegre hija de Meggen, para esta tarea de tanta responsabilidad, porque ella se daba cuenta de las virtudes y capacidades de la Hna. Theresia.

En febrero de 1852, la Hna. Theresia abandonó para siempre los libros escolares. Viajó a Zizers acompañada de otra hermana, y desde alli, el 1 de marzo a Coira donde asumió su nuevo cargo de superiora. El mismo día de su llegada, el P. Teodosio le dio el título de Madre (Frau Mutter). El mismo había elegido la mejor y M. Bernarda sacrificaba la mejor. El traslado inesperado no fue fácil para la Hna. Theresia. Ella misma escribió más tarde en sus apuntes:

"Me fui de superiora a Coira, de muy mala gana y con un tremendo disgusto." ¿Intuia su delicado corazón de mujer que este cambio iba a traer discrepancias entre el fundador y la superiora legítima de la congregación?

Los planes tan idealistas de ayuda, de Florentini, ¿no entrañaban el peligro de una dispersión, puesto que él ejecutaba todos sus proyectos grandiosos con un autoritarismo verdaderamente militar y con una rapidez espantosa? Ninguna fuerza ni obstáculo, nada podía detener el impetuoso vuelo de águila, propio del organizador. De ahora en adelante M. Bernarda Heimgartner tuvo que sacrificar algunas de sus mejores profesoras y hasta novicias en formación, para el cuidado de los enfermos y de los pobres. Todavía no habían pasado algunos meses y ya el superior de Coira quería hermanas para el Asilo de Huérfanos de Schwyz y la Casa Correccional de Stans.

No podemos calificar a M. Bernarda de estrecha. Siendo hija espiritual de San Francisco de Asis, no tenia absolutamente nada en contra del servicio a los pobres y a los enfermos, por razones de prejuicios malentendidos. Pero la Iglesia y las Constituciones aprobadas por ella, que el P. Teodosio había escrito y examinado a fondo con mucha profundidad, conocimiento y entrega, asignaban al joven Instituto, en forma expresa y exclusiva, el campo de la escuela y la educación. Sólo para esta tarea, las hermanas

habían sido formadas por su padre, el educador por excelencia. Pero, ¿hacia dónde apunta el vuelo del águila audaz de los Alpes de Graubünden, emprendiendo nuevas tareas? En aquel tiempo, las fuerzas del Instituto en desarrollo estaban reducidas y poco consolidadas debido a los traslados y del regreso a Menzingen. ¿Como repercutiria en la Congregación entera, el trabajo social en Coira o en cualquier otro lugar? Porque el fundador ya estaba exigiendo más hermanas para Planaterra, y fundando allí un noviciado autónomo, para las hermanas que se preparaban para el servicio a los pobres y a los enfermos. La Hna. Theresia era simultaneamente maestra de novicias y superiora local. Como un poderoso general, Teodosio distribuía las tareas: primero la escuela, luego el trabajo social. Pero antes de terminar la primera, su celo apostólico lo empujaba a ir más lejos y tomaba una nueva carga, cuyo peso no había calculado bastante de antemano. Su propia resistencia personal era suficientemente fuerte, pero el Instituto que había fundado, ¿tendria la misma capacidad de resistencia? El futuro lo demostraria...

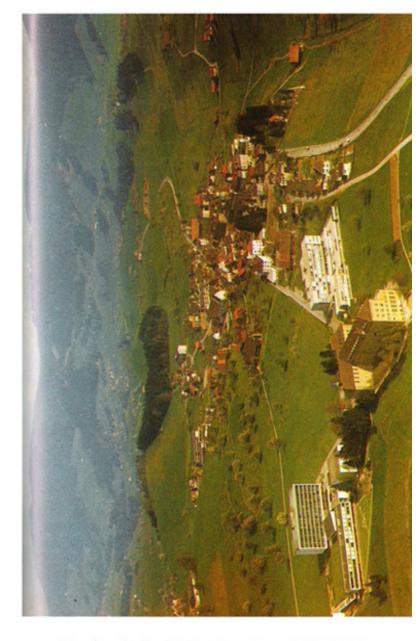
CAPITULO 13

"Las hermanas dedicadas a lo asistencial y nosotras ahora una misma cosa."

(De una carta de M. Bernarda)

La manera de ser, madura y maternalmente rica de la superiora, hacía una impresión duradera en las hermanas y en los pacientes de Planaterra. Lo espiritual y lo temporal estaban en buenas manos. Se consagraba enteramente a los amplios planes del apóstol de la caridad, quien por amor a los que sufrian, queria abarcar todo lo que estuviera a su alcance. En la misma tarde de su llegada a Coira, con un apretón de manos, ella prometió apoyarlo enérgicamente por la fuerza de su acción. Para el hombre de ideas grandes, que superaban su época, esto significo más que cualquiera otra seguridad. Con mucha comprensión, la dirección del Instituto en Menzingen, reconocía a la M. Theresia como la superiora de las hermanas dedicadas a lo asistencial. Tanto las hermanas comprometidas en la educación como a lo asistencial, perseguían una misma meta por distintos caminos. Ahora encontraban acceso también las ióvenes que se interesaban más por el servicio a los pobres y a los enfermos que en la educación. Sólo inscripciones, aceptación y profesión, debian ser regularizados por la madre general en Menzingen.

Desde el comienzo la casa de Planaterra había sido demasiado pequeña. En esta antigua casa de patricios, el P. Teodosio veía muy pocas posibilidades de expansión. Ahora la afluencia de enfermos aumentaba cada vez más. Pues, bajo la cuidadosa dirección de la Hna. Theresia, Planaterra se transformó en un verdadero hogar, en que todo el que sufría se sentía en buenas manos. ¿Pero de dónde sacar más camas?, ¿dónde colocarlas? La falta de espacio era terrible. La M. Theresia intuía la preocupación del P. Teodosio. Sólo quería ayudar. Pero a la audacia de sus



Vista aérea sobre el pueblo de Menzingen - Werner Friedli, Brüttisellen ZH, Suiza.

planes, ella oponía la prudente cautela de su corazón femenino. Lo mismo tenía que experimentar siempre de nuevo con M. Bernarda este hombre tan terriblemente lanzado. Allí donde el colérico quería arrasar con los obstáculos, ellas, las dos madres, veian intuitivamente la necesidad de examinar cuidadosamente la idea, el plan y su realización y si hacía falta, de frenar al intrépido impetuoso. Desde su juventud, Bernarda Heimgartner y Theresia Scherer estaban acostumbradas a manejar económicamente el dinero y los bienes materiales. Era el temor propio de la gente humilde ante el peligro de las deudas y las especulaciones. Cuando un día el P. Teodosio se acercó a la Hna. Theresia con un plan audáz, ella con igual valor, le expresó sus objeciones:

"Antes de construir un hospital necesitamos dinero."

"Si esperamos el dinero, los enfermos esperarán eternamente el hospital. Lo que es necesidad de una época, es también la voluntad de Dios. ¡Por lo tanto, se construirá!"

¿Qué iba a contestar a eso? Se dejó conquistar por el optimista que como discipulo de San Francisco, ponía su confianza en la Providencia de Dios. Lo que hasta aqui había emprendido le había resultado. Esto lo hacía ser casi temerario. Inmediatamente el recio capuchino arremetió contra los primeros fuertes de la resistencia exterior. Antes del año, en abril de 1851, a través de personas de confianza, habia adquirido en "Gäuggeli" una quinta bastante extensa. El crédito necesario para la compra estaba asegurado por una donación. A pesar de todas las intrigas y de la oposición de las autoridades, en la primavera del año 1852, se pudo comenzar la construcción del Hospital de la Cruz. Pero, ¿quién era el propietario? Un hombre sin recursos, de la Orden Mendicante, cabeza de una Congregación religiosa sin una nueva Casa General y una joven superiora que de noche pasaba horas sobre el libro de cuentas, calculando aún al hacer la máxima economía, las hermanas se veian en la necesidad de ayunar para que no les faltara nada a los enfermos. Durante el día servía la sopa en la piececita de los pobres, atendia a los enfermos en cama y como sirvienta fregaba el piso y las escaleras. Ella quería servir y el P. Teodosio, sin su ayuda no podia realizar sus planes gigantescos. Cuando los obreros de la construcción ya estaban trabajando con picota, pala y serrucho, dudas tenebrosas, vinieron a ensombrecer el alma de la superiora por lo

demás tan alegre, porque acordándose de su padre muerto pensó:

"Hace muchos años le ayudé a preparar madera para nuestro hogar en Rippertschwand. El papá nunca pudo acabar de construir... Y si nosotros en Coira..."

No se atrevió a completar esta idea pesimista y se dio ánimo a si misma. Miró el ejemplo del erguido capuchino lleno de optimismo y fuerza de acción. Desde que las Hermanas de la Santa Cruz se dedicaron a los pobres y a los enfermos, se hicieron más conocidas aún en Suiza y en el extranjero de habla alemana. Esta rama de las Hermanas de la Santa Cruz se convirtió en un árbol que traeria frutos ya en su etapa de crecimiento. Pronto el espacio se haría demasiado estrecho, porque el número de las jóvenes que querían prepararse a la vida religiosa y a la profesión de enfermeras, aumentaba constantemente. A pesar de todas las restricciones materiales imaginables, reinaba entre ellas la acostumbrada alegría franciscana, al igual que entre las hermanas de Menzingen y de los puestos afuera.

Después de haber puesto la primera piedra para el Hospital de la Cruz, el P. Teodosio se dirigió al país del poverello para mendigar. Confiadamente dejó la construcción en manos de la fiel madre general y de los especialistas de su confianza. Quienes veian al capuchino imponente caminar por los calurosos y polvorientos caminos de la fértil Lombardia, y lo oian hablar, lo tomaban por italiano. Ya que desde que estuvo en Altdorf, Florentini dominaba casi en forma perfecta la sonora lengua de Dante. Donde cayera, los domingos subía a los púlpitos de las iglesias de pueblo o de las catedrales y fascinaba a los oyentes. Como buen conocedor del idioma, manejaba todos los registros de la retórica. Ya tronaba su palabra como un torrente salvaje, ya murmuraba y susurraba como el viento entre las ramas de los árboles. Como una roca de granito, el hombre recio de la montaña, se erguía sobre los venerables púlpitos de la Lombardia. La figura destacada del capuchino dejaba huella. Los corazones de los distinguidos italianos se ensanchaban. Las ofrendas afluian abundantemente. El mendigo avanzaba cada vez más hacia el Sur. En el curso de pocas semanas, el predicador peregrino logró enviar a Coira tres giros postales con bastante cantidad de dinero. Iba a las mansiones de los dueños de fábricas, a los palacios de los nobles y a las casas de los ciudadanos bien acomodados.

En el Vaticano, los guardias suizos le hacían servicios oportunos. A través de ellos, encontró acceso a la nobleza romana. La misma avuda encontró en los destacamentos suizos de Nápoles, que abrian sus portamonedas de cuero, para la colecta del compatriota. Tampoco los soldados protestantes se excluían de esa generosidad. A menudo, Teodosio tenia que dirigirse a ellos varias veces, hasta que los lacayos lo dejaban pasar. Y no en todas partes sus señorías abrian sus bolsas repletas al primer intento; muchas veces debía esperar pacientemente en el salón y soportar largas conversaciones para no herir el buen tono. Si la gente no estaba en casa, perdía su precioso tiempo volviendo varias veces. Entretanto vinieron días difíciles para la superiora de Coira. Repentinamente cesaron los créditos. La construcción tuvo que detenerse. La ciudad amenazaba prohibir la construcción. Theresia probó todos los caminos para conseguir que la intervención fuera retirada. La gratitud de los enfermos era grande, pero mayor aún era la resistencia del pueblo contra un hospital católico dirigido por religiosas. Niños incitados le gritaban insultos a la superiora, cuando pasaba por las calles. Pero en las oficinas, los empleados levantaban la cabeza sorprendidos, cuando la mujer imponente rompía su actitud de reserva y se ponía a defender inteligentemente sus derechos. Lo que más deseaba la gente, era que las hermanas se retiraran de esta ciudad en su mayoria protestante. Porque existian leves contra la fundación de nuevos conventos y comunidades religiosas. ¿No lo sabía ella? Pero cómo se sorprendieron los señores que también la superiora conociera los decretos. Ella guardaba el debido respeto y no era facil hacerla cambiar de parecer. Incluso su manera de pararse era poco común. Gente de asilos o los que piden limosnas no llevaban nunca la cabeza tan erguida, cuando aguardaban en la antesala a las autoridades. Les hubiera gustado reprocharle su audacia, pero no encontraban el tono adecuado para esta mujer. En una oportunidad, un empleado que no supo qué contestarle, en vez de darle una respuesta objetiva, recurrió a una pregunta que ocultaba torpemente una amenaza:

"Usted no tiene dinero. ¿Con qué quiere pagar? Se mete superficialmente en deudas y consuela a los obreros con promesas vanas. Hermana, su manera de actuar es sancionable."

Entonces la M. Theresia se irguió bien derecha y contestó al menudo escribiente en el despacho público:

"Usted igual que yo, sabe que el P. Teodosio nos envía dinero cada cierto tiempo, con lo que podemos pagar a los obreros. El párroco de Coira se encuentra en el extranjero haciendo una colecta. Desgraciadamente, lo que la propia patria le niega, se lo da la cordialidad extranjera."

El silencio era poco agradable en el despacho, cuando la M. Theresia salió. Sintió que la ausencia de Florentini era aprovechada hábilmente por sus enemigos. ¡Cuántas cartas urgentes le había enviado ya a Italia! La mayoria le llegaban muy tarde. Siempre estaba de viaje. Sus pocas y breves respuestas le comunicaban coraje, pero no equivalian a su presencia personal. La superiora temía por el hospital y el noviciado anexo. Si hubiera que interrumpir nuevamente la construcción, ¿a dónde ir con tantas postulantes? Ahora en el verano no importaria, ¿pero en el invierno? Sin embargo las Hermanas de la Santa Cruz luchaban, sufrían y perseveraban.

* * *

Al regresar de Italia, el P. Teodosio dio una vuelta por Viena, Tirol v Munich, para pasar a mendigar donde los duques y otros miembros de la nobleza. Los principes metieron su mano hasta el fondo de sus billeteras, porque los circulos aristocráticos se interesaban por las ideas y obras de este hombre del siglo, en pobre hábito de capuchino, del cual hablaba media Europa. En las capas superiores de la sociedad, admiraban al padre chispeante, a quien el mendigar no doblegaba la cerviz. Las rudas sandalias del capuchino descalzo no cuadraban con esos salones elegantes. que rebozaban terciopelo y seda, oro y mármol. Pero Florentini se desenvolvia seguro v galante en medio de sus anfitriones, que entraban en conversaciones profundas con el antiguo profesor de Filosofía y Teología. El mendicante se mostraba al dia en todos los dominios de la ciencia y del acontecer mundial. Sólo en otoño regresó a Coira, donde las hermanas hacía tiempo que lo estaban esperando con impaciencia filial.

Podia estar contento con el resultado de su gira. El ar-

dor de Florentini vino a dar un nuevo impulso a la construcción. Esta siguió adelante sin detenerse. Ya en abril de 1853 pudo ser habilitado el Hospital de la Cruz. Para los conceptos de esa época fue un resultado sobresaliente: 24 piezas amplias e iluminadas, de 60 a 70 camas y en caso de urgencia, hasta 90. La instalación de las piezas, instrumental médico y aparatos sanitarios, todo era digno de ser visto. Los muebles y el mobiliario costaron en conjunto 30.000 francos. Hasta la bendición del hospital por el obispo, el costo total de la construcción, había ascendido a 140.000 francos. Para cubrir las deudas, el ingenioso P. Teodosio organizó en Coira y en Zug una loteria, que sobrepasó ampliamente todo lo hasta entonces conocido. El beneficio total dio 4.000 francos, la colecta a éste y al otro lado de los Alpes, 8.000 francos. El promotor del hospital creó otra fuente de ayuda a través de un préstamo de 35.000 francos sin interés. El capital se completó con letras de 25 francos cada una y a través de rifas anuales de 70 letras podían ir devolviendo esa misma cantidad. El cura director, con sus ideas geniales indicó que cada accionista que recibe su letra a la vuelta de un año, le está dando sólo un franco al hospital. Además de esta ingeniosa acción financiera, funcionaba el llamado Club de los Diez Centavos. cuyos miembros pagaban 10 centavos mensuales para ayudar a cubrir las deudas del hospital. Su hospital florecía y rendia. A pesar de las vejaciones de las autoridades, no faltó finalmente el reconocimiento público. Especialmente la prensa de Graubünden destacaba los méritos del capuchino de Müstair, en cuyo hospital se recibian, sin hacer diferencias, a católicos y a protestantes. A los pobres se les atendia v alimentaba gratuitamente. También los intereses patrióticos eran considerados por la dirección del hospital. El fundador ofreció al Gobierno seis hermanas para atender heridos en caso de un posible lazareto, y varias veces puso el hospital a su disposición con fines militares. Teodosio fue nombrado miembro de la Comisión Cantonal de Ayuda Social. Era un signo honroso de que también el Estado apreciaba mucho la actividad asistencial del capuchino. Después que el padre espiritual había dado él mismo el ejemplo heroico, desde el año 1853, también las Hermanas de la Santa Cruz emprendieron viajes para recolectar fondos por Württemberg, Baviera, Austria y Hungria. Especialmente el pueblo franco de los Magyares manifesto

sincera simpatía hacia las religiosas mendicantes de la lejana Suiza. En hospitalidad y generosidad no había ninguna diferencia entre un varón rico y una pobre gitana. Todos los dineros desembocaban en la obra de Coira, mientras que la M. Bernarda ya no se atrevía a solicitar ayuda material al P. Teodosio, para las necesidades igualmente urgentes de la Casa General de Menzingen. Puesto que apenas se podía vivir de la escasa remuneración de las hermanas en las escuelas fiscales.

* * *

Para nuestro gran organizador el doble ideal de enseñanza y asistencia social, era lo más evidente del mundo. Ya estando en Baden, concibió este proyecto nítidamente delineado en su espíritu, cuando paralelamente al Pensionado en María Krönung pensaba en enfermeras comunales.

El mismo punto de vista sostuvo Teodosio, cuando en Altdorf expuso su parecer a los señores de Zug. En todo caso, no era un ideal impetuoso, sino construido sobre fundamentos bien pensados. Cuando se hicieron cargo de Planaterra y se trasladaron al nuevo hospital, las hermanas con su centro en Coira, principalmente por tener noviciado propio, se fueron haciendo cada vez más autónomas. Visto el desarrollo normal de este proceso, al fundador no le interesaba volver a unir dos entidades separadas, sino la unidad duradera de dos elementos distintos pero de igual categoría, en el seno de su fundación. En unos apuntes de su "Diario de Vida" M. Bernarda ha expresado las intenciones del fundador:

"Ahora el Revdo. P. Teodosio tomó la decisión de fusionar estos dos Institutos (Hermanas Asistenciales-Hermanas Educadoras) para ayudarse mutuamente y particularmente, para atender a las comunas que pudieran desear ambos tipos de hermanas. El quiere colocar a estas hermanas bajo la dirección de una misma madre general, pero tanto las Hermanas Asistenciales como las Educadoras deben tener su propia Casa Matriz." El intento de solución fue psicológicamente inteligente para evitar una posible competencia desleal entre Hermanas Educadoras y Asistenciales que trabajaban en un mismo pueblo, pero no en el seno de la congregación como tal.

Por su naturaleza misma, con el tiempo las cosas suce-

dieron muy de otra manera, porque la fundación de Coira y su Noviciado se hicieron cada vez más independientes. Estrechamente ligada a la persona del fundador y párroco de la ciudad, la nueva fundación se desarrollaba hasta convertirse en una rama autónoma de la Orden, bajo la mirada atenta de Teodosio. A causa de la ampliación del campo de trabajo, Menzingen tenía que acudir con profesoras, porque no disponía de suficientes hermanas enfermeras. Sin embargo, por los años 1852 y 1853, el P. Teodosio ordenó hacerse cargo de una cadena de nuevas escuelas: Sachseln, Flüelen, Seedorf, Alpnach, Wangen en el cantón Schwyz, Wollerau y Freinbach.

¿Quién iba a sacar del apuro a M. Bernarda? El párroco Röllin, que en octubre de 1851 había sido confirmado superior del Instituto por el obispo de Basilea, se mantuvo, por respeto, a una distancia prudente del fundador extremadamente activo. ¿Comenzaba la superiora a entender que en su momento, el provincial de los capuchinos, quizás con razón le había prohibido, al incansable P. Teodosio de seguir dirigiendo la congregación de las Hermanas Educadoras? ¿Intuía la existencia oculta de un incalculable foco de conflictos?

Teodosio, pionero por el Reino de Dios y conquistador de fuerza avasalladora, sentía con intuición no menos segura, que tendría que actuar con prisa, mientras fuera de dia para él. Su gira por Italia en el verano de 1852 perseguia una doble finalidad: recolectar dinero para el hospital de Coira y conseguir la aprobación papal para la congregación de las Hermanas de la Santa Cruz. Con cartas de recomendación de los obispos de Coira, Basilea y San Galo, el capuchino de Graubünden se dirigió al Vaticano; quería obtener la bendición y el beneplácito del Santo Padre, para los fundamentos y derechos básicos de su Institución. El apóstol de la educación y de la asistencia social, expuso ante el Papa, de una manera a la vez solemne y humilde, el asunto de su doble ideal. A las oficinas de la Curia Romana encargadas de examinar a fondo el caso, no se le podía pasar por alto que se trataba de algo en gestación, que primero debía ser probado. A las costumbres de la Roma Eterna, en el ejercicio de las leyes eclesiásticas, no pertenece aprobar una fundación religiosa antes de los 10 ó 15 años de existencia. El Instituto teodosiano sólo llevaba ocho años de vida y la rama de las hermanas enfermeras, sólo algunos meses. El nuevo título que el P. Teodosio había acomodado en Roma: "Hermanas de la Cruz para Escuelas y Enfermerías", exigia una nueva redacción de las Constituciones existentes. Sólo el futuro demostraria si la doble finalidad de la congregación que recién comenzaba podría ser alcanzado o no.

La congregación que recién nacía no se desanimó a causa de la actitud de reserva habitual de la Curia Romana. Al menos en cuanto a meta y objetivos, estructura y puesta en marcha, la obra había sido elogiada y él mismo había sido invitado a llevar adelante imperturbablemente lo que con tanta audacia habia comenzado. El Papa Pio XI, personalmente, le proporcionó un aporte considerable para el Hospital de la Cruz: también le llegaron las donaciones de un cardenal y de los guardias suizos. Todo ese dinero se lo tragó el hospital de Coira. A causa de esta preocupación, el capuchino no podia dedicarse a la Casa Matriz de Menzingen, la que también tenía tantas necesidades. Puesto que una vez la M. Bernarda tuvo que embalar, por orden de Florentini, todo el menaje de casa y mandarlo a Zizers, Coira, de manera que las profesoras que se iban, llegaron al cantón de Zug sin lo más indispensable para la casa. P. Teodosio buen conocedor de hombres y de cerebro genial, al dar esa orden tajante, no habia tomado en cuenta la manera particular de ser del corazón femenino. Es una de las faltas que no se le perdonarían tan fácil, ni tan luego.

* * *

Tanto más comprensión mostraba como filántropo cristiano hacia los enfermos y los que sufren. Las Constituciones de las Hermanas Asistenciales que él elaboró, dan un testimonio vivo de ello; pero también las Constituciones de las Hermanas Educadoras que nacieron antes, muestran claramente que tenia una fina capacidad de intuición para captar a los jóvenes educandos y a las Hermanas Educadoras. De esa vida humana tan agitada se puede decir: los errores que Teodosio cometía en el ardor inconsciente de su combate de buena fe, los compensaba con su espíritu de iniciativa y de reforma, así como por su nobleza de miras. Los fracasos iban juntos a sus éxitos, como la sombra va junto al sol. Todo lo que emprendió durante su vida en cuanto a escuelas, obras sociales, fundación de congrega-

ciones y reforma social, era un valiente trabajo de pionero que por lo mismo, no puede lograr la cumbre de la perfección. Le tocó mantenerse al timón, en medio de la tempestad. Hoy, después de hallarnos a la distancia necesaria en que nos pone la historia, podemos enfocar de otro modo las dificultades que tuvieron que enfrentar, metidos en el problema, Florentini y sus colaboradoras. Debemos tener ante nuestra vista esta consideración general, para entrar en el capítulo siguiente.

CAPITULO 14

"La relación fundamental del P. Teodosio con las Hermanas de la Santa Cruz, consiste en que él fue su fundador."

> (Dr. P. Veit Gadient, en su biografia de Florentini)

Varias veces ya, hemos dado a entender las causas que produjeron una grieta en las relaciones que al comienzo eran buenas, entre el P. Teodosio y la superiora M. Bernarda. Si estamos exponiendo en forma global los puntos de divergencia, no queremos volver a abrir viejas heridas cicatrizadas, sino que con toda franqueza queremos ver la luz y las sombras de este cristiano sobresaliente, que a pesar de su genialidad era y siguió siendo hombre.

Las primeras dificultades surgieron, cuando hubo que interrumpir el año de noviciado prescrito por las Constituciones, porque el fundador, en su innato deseo de ayudar, quería acceder sin demora a todas las peticiones de hermanas de la Santa Cruz, aunque teóricamente, él estaba convencido de la necesidad del año entero de noviciado. Según la opinión de la M. General, muchos puestos hubieran podido tomarse un año más tarde. Para ella era obligación de conciencia observar la santa Regla, puesto que el mismo autor acentuaba en sus exhortaciones orales y escritas, que tanto superiores como súbditos, debian atenerse en todas las circunstancias al texto de los Estatutos. No observar ese principio sería dañino para la comunidad y para los miembros. Al contrario en la práctica, el fundador se consideraba por encima de los Estatutos y daba por disculpadas discrepancias y excepciones a causa de la situación de emergencia, en que se hallaban. Según la Regla, aceptar nuevos puestos era competencia de la superiora. Pero Teodosio casi decidia por su cuenta los nuevos puestos que se ofrecian e incluso proponia las hermanas que a su parecer, serian las indicadas. En esto, M. Bernarda y el superior Röllin, incurrieron desde el principio en un error, que visto en su contexto es muy perdonable. Pues a causa de su mal entendido respeto, interpretaban las proposiciones del fogoso y testarudo cráneo del grisonés, como un mandato infalible. Esto se convirtió para el fundador en un derecho adquirido que ya no soltó tan rápido de sus manos. Para proveer fundaciones nuevas, Florentini exigia de preferencia las personas más eficientes, que no siempre podían ser reemplazadas, lo que a menudo traía quejas a la superiora. Podemos imaginarnos vivamente que novicias a medio camino no podían estar a la altura de un trabajo en el que se veian metidas de repente y sin preparación. Desgraciadamente, el capuchino presumía para otros mortales la misma genialidad universal que sólo él poseia, ya que tenía

talentos para dar y prestar.

A cada una de las dos ramas de la Orden. Florentini quería dar una Casa Matriz independiente. Pero una de ellas debería ser la sede de la superiora general. Para eso se podía pensar en Coira o Ingenbohl; puesto que en 1856, la Casa Matriz de las Hermanas Asistenciales había sido trasladada a Ingenbohl. En esto radicaban las más profundas diferencias de concepciones. Para la M. Bernarda era una convicción inconmovible que la Casa General debía quedar en Menzingen. Subjetivamente, ella consideraba esto incluso como la voluntad de Dios. ¿Debia trasladarse la casa de un lugar a otro, al igual que un capuchino que cada par de años es trasladado por sus superiores? En este punto de importancia vital para la Congregación, ella se mantenia firme desde la salida de Zizers y encontraba la relación entre la debida obediencia por respeto y la armonía de su conciencia personal. De todos modos, esto fue tomado a mal por el fundador, que como sanguineo estallaba facilmente y como buen colérico, guardaba rencor. De año en año crecia el impulso a la acción del capuchino. Casi sin interrupción, una fundación seguia a la otra y casi siempre varias a la vez. La resistencia moral de Florentini podia asumirlo. Su optimismo indestructible llegaba a lo infinito, y constantemente el sacerdote mendicante se encontraba sin dinero. Su calculo no siempre era suficientemente realista y racional. Este inconveniente se elevó al múltiplo en los últimos años de su vida, por causa de las empresas de fábrica. Hacía tiempo que no podía apoyar financieramente a Menzingen. M. Bernarda por el contrario, siempre le regalaba especies y dineros, de los escasos fondos de Menzingen.

Otra tensión surgió para el P. Teodosio por la Asociación de Ayuda de Menzingen, que asistía abnegadamente a las Hermanas Educadoras. Sin embargo, al capuchino no le agradaba mucho esta sociedad con tantos miembros ilustres, porque temía ser estorbado en su libertad de movimiento. Efectivamente, ellos frenaban sus proyectos, en cuya realización, no todos podían seguirlo. Además, al gran organizador no le gustaba nada la Casa General que había comprado la Asociación de Ayuda. Según su parecer, era una casa vieja, necesitada de reparación, que él habría preferido reemplazar por una construcción moderna y funcional.

Cuanto más pasaba el tiempo, más insoportable se le hacia a la superiora de Menzingen, que no podía despachar nada sin el consejo y la autorización del fundador en la lejana Coira, que justo en este aspecto, por ser casi un colérico puro era muy sensible. Desde siempre el religioso recargado con tantos asuntos, se encontraba de viaje. Muchas veces la correspondencia, o no le llegaba o le llegaba muy atrasada. Sus cartas quedaban mucho tiempo sin contestar. Consecuencias: retrasos, disgustos, contratiempos. Pacientemente y sin quejas, M. Bernarda sufria con una calma admirable pero que no le era innata. Pues ella, al igual que Theresia Scherer, tenía pleno control de si misma.

A pesar de sus grandes cualidades, el P. Teodosio era impaciente como la mayoría de los hombres y de los típicamente coléricos.

La publicidad no percibia aún nada de las desaveniencias que se fueron produciendo lentamente entre el fundador y la cofundadora. El obispo de Basilea lo supo sólo por una casualidad. En breves palabras una historia con color local.

La Hna. Feliciana Kramer de Wettingen con una novicia, se hizo cargo, por mandato del P. Teodosio, de la escuela de un pensionado de niñas, que se encontraba en St. Fiden, San Galo. La casa se llamaba Reburg, nombre que escrito a la inversa, resulta el apellido Gruber. Su primer dueño se llamaba pues Gruber. Entonces dirigia el internado por cuenta propia, un párroco y rector. Cuando

más tarde llegaron Hermanas de la Santa Cruz, él tuvo que demostrar al Gobierno que las profesoras no eran jesuitas camufladas. De este modo logró formarse una idea de los Estatutos. Estaba muy contento con el trabajo de sus profesoras, pero no con la administración, ya que las hermanas eran demasiado generosas con las pensionistas. Por orden del sacerdote, más avaro que económico, las hermanas tuvieron que medirlo y pesarlo todo. Incluso las reñía agitado en presencia de las alumnas. En enero de 1854, sin más, el P. Teodosio ordenó que la madre general debia presentar la renuncia al tacaño propietario. Ella tomó demasiado al pie de la letra la enérgica expresión del padre espiritual. El irritado párroco-rector, sabía por las Constituciones de las hermanas, que ninguna escuela puede ser suprimida sin el consentimiento del obispo diocesano y se quejó ante el obispado de Basilea. Se le encomendo hacer la investigación del caso, al comisario Bossard que era el visitador diocesano del Instituto de Menzingen. Esta dio por resultado que M. Bernarda sólo había actuado de acuerdo a la disposición del fundador. El debió haber respetado las Constituciones. A él pues, se le hizo cargo de haber pasado por encima de las disposiciones del obispado.

Además, el obispo exigió que M. Bernarda, le hiciera entrega de toda la correspondencia con el P. Teodosio. La investigación mostró que éste había sobrepasado sus atribuciones. Declarado culpable, pero sabiéndose inocente, en su calidad de padre de la Congregación, se sintió profundamente herido por la advertencia del obispo, pero más aún, a causa de la M. General, que había puesto al obispado al tanto de estas cosas. Y sin embargo, M. Bernarda no quería sino obedecer a los Estatutos concienzudamente, los cuales describen exactamente las competencias en la dirección del Instituto. A causa de su firmeza, M. Bernarda, a los ojos de Florentini, era una hermana desagradecida e infiel. El P. Honorio Elsener, consolaba a la madre general en una carta:

"Yo al igual que usted sé muy bien que el P. Teodosio muchas veces es difícil y obstinado, y a menudo violento y duro, y que es prácticamente imposible disuadirlo de una idea que una vez concibió. A mí mismo a menudo me cuesta adaptarme, pero cuando la tempestad ha pasado, aparece luego el sol y más lindo que antes. Además, hay que admitir siempre de nuevo que el P. Teodosio ve diez

cosas, cuando otros ven sólo una. Decididamente, él es un genio fuera de lo común."

Cuando las causas de su ira eran más de orden externo, su temperamento sanguíneo, lo hacia montar en cólera, pero cuando le herían el corazón, entonces surgía desde lo hondo de su ser colérico, una rabia ardiente que ya no se extinguiría tan pronto. A pesar de que mostraba estar tranquilo, el recuerdo seguía vivo en el fondo de su ser. Era esa misma fuerza innata que lleva a los coléricos a realizar obras inmensas.

Después del asunto Reburg, el aguijón del dolor hería profundamente el alma de Teodosio, porque creía que M. Bernarda lo había eludido, haciendo mal uso de la confianza de muchos años. Para este jefe, nacido para mandar, tal tipo de "infidelidad" era incomprensible. Para la madre general silenciosa y constante, esta ruptura se convirtió en una herida del corazón, puesto que ella quería y admiraba sinceramente a su padre espiritual. Por último, había actuado de acuerdo a su conciencia, había obedecido al obispo, bajo cuya dirección estaba todo el Instituto y había cumplido fielmente la Regla. El gran Florentini no se quedó inactivo y desanimado a causa de este incidente. Con más fuerza perseguía sus encarnizadas metas. Como un estratega se decía o hacía esta reflexión:

"¡Hay que prevenir una ruptura entre Menzingen e Ingenbohl! Por lo tanto hay que hacer una soldadura entre las Hermanas Educadoras y las Asistenciales. ¡Cuídate Teodosio de la Asociación de Ayuda de Menzingen! Tienes que tomar en cuenta sus méritos. A ese club ya no lo puedes eliminar. ¿Qué hacer? Buscar poderes donde el obispo de Coira, para corregir los Estatutos. Lo mismo en Solothurn. Todo esto bajo la reserva de una aprobación del obispado. Y después, se puede llegar a la fusión. ¡Vamos!"

En el verano de 1855, ante una casual audiencia del canciller del obispo, se consiguió del subalterno, señor Appert los poderes para la reorganización del Isntituto y sus Constituciones. Por encargo del obispo Kaspar von Cart, Appert firmó la petición que hacía referencias a mociones de reforma del cardenal Recanati del año 1852, cuando al mendicante se le había concedido una audiencia papal.

El obispo Salzmann, sacerdote amigo de las Hermanas Educadoras había muerto de un ataque el 23 de abril de 1854. Su sucesor, Karl Arnold, obispo de Basilea y Solothurn, no podía aún hacerse una idea clara de las complicadas situaciones. No debemos creer que el P. Teodosio se haya aprovechado solapadamente de esta situación. El recto capuchino era demasiado honrado para tales intrigas y estrategias. Fue mucho más su carácter impetuoso que lo llevó a dar este paso con tanta prisa. Quería obtener por escrito estos mismos poderes de la Curia de Solothurn. El obispo Karl se encontraba el 13 de julio de 1855 en Sursee en un viaje de confirmaciones. Gracias a la rapidez de Teodosio y al genio de Florentini, le resultó una visita relámpago en Sursee ya a los tres días del éxito obtenido en el obispado de Coira con el señor Appert.

El obispo cansado de la larga celebración litúrgica, se había retirado a su pieza en la casa parroquial de Sursee. Allí apareció la alta figura del capuchino, que presentó al obispo agotado, la breve pero urgente petición. Rápidamente el obispo firmó la hoja de papel y Teodosio se sintió feliz de su segundo éxito. Para él, este documento tenía un peso muy distinto que para otros. Esto lo iba a notar pronto M. Bernarda.

En agosto, el fogoso Florentini, dirigió el retiro de las Hermanas de la Santa Cruz en Menzingen. Indirectamente quería ir preparándolas para la fusión de Educación y Asistencia. Su autoridad y su palabra convincente, no dejaron de producir efecto. Las hermanas quedaron impresionadas. Pero no así M. Bernarda. Con la seguridad que le daban los poderes concedidos por el obispo, expuso ante ella sus planes. Según su parecer, él como fundador, tenía la libertad de seguir creando más allá de las Reglas. Pero en eso, el hombre tan acostumbrado a triunfar, encontró resistencia. Tampoco a la superiora de las hermanas de Coira, le parecía conveniente la fusión de ambos institutos. Esto aumentó el valor de M. Bernarda cuando tuvo que contradecir al P. Florentini, que hablaba en tono cada vez más violento:

"Está claro que nadie le discute que usted, sea el fundador y bienechor, que tiene un derecho natural y moral sobre nuestra congregación. Usted es su guia espiritual, por eso, siempre he pedido su consejo para decisiones de importancia. Pero el párroco Röllin es el superior que nos dio el obispo, y yo misma he sido elegida por mis hermanas como superiora, según las Reglas."

"Y yo tengo todos los poderes que se pueden desear

para reorganizar todo el Instituto. Porque Escuela y Hospital, Hermanas Educadoras y Hermanas Enfermeras pertenecen simplemente juntas. ¡Lo demás sería un cisma!"

Teodosio iba subiendo el tono de la voz, de modo que las hermanas asustadas, se fueron juntando en el corredor. M. Bernarda, sin embargo, modesta y dignamente, rechazaba su pretendido derecho a disponer autoritariamente:

"Que usted mismo reverendo padre, quiera tomar la dirección del Instituto de aquí en adelante, no me convence. Puesto que de acuerdo a la Regla, yo soy la superiora, y por el momento no existen modificaciones en las Constituciones aprobadas por el obispo. Pongo todo el asunto en manos del señor obispo. El decidirá. Sólo él es nuestro superior."

"¡Entonces, haz eso y vuelve a calumniarme como aquella vez en Reburg, hermana testaruda y desobediente!"

Florentini ya no podía frenar su excitación. Este reproche injurioso hirió terriblemente a la madre. También físicamente sufría lo indecible, puesto que desde la viruela crecía en ella el germen de la muerte. Pero mucho más le dolía que el P. Teodosio, al que ella tanto le debia, la llevara a un conflicto de conciencia tan grave. ¿Cómo librarse del dilema entre el contenido de las Reglas y la lealtad al creador de esas Reglas? En su angustia moral, pidió una entrevista al obispo de Basilea, el 5 de septiembre. La carta quedó sin respuesta. Quince días más tarde, el superior Röllin por petición suya, escribió a Solothurn. Respuesta: no se concede audiencia. La madre, humillada, callada, sufría, rezaba y miraba la Cruz.

Parece que el obispo queria obtener distancia y claridad. Poco a poco se fue sintiendo algo inseguro, cuando vio que su sucesor ya había colocado un superior legítimo para el Instituto Menzingen. Cuando recibió a Teodosio en su visita relámpago en Sursee, efectivamente, creyó que se trataba sólo de la persona y posición de un director espiritual, que a la vez era el benemérito fundador de una congregación de religiosas. También superiores y otros sacerdotes de la provincia suiza de los capuchinos, eran de la misma opinión. Pero Teodosio, una vez afirmado en sus ideas, no lo admitía.

Para poder llevar a cabo su proyecto preconcebido, Florentini compró en 1855 en Ingenbohl (cantón Schwyz) la granja de los Nigg. Ahí debía quedar la Casa Madre de los dos Institutos. ¡Es decir en la diócesis de Coira, en el Obispado donde el P. Teodosio vivía y trabajaba como párroco! Mientras tanto el pensionado de Reburg se había disuelto y las hermanas se hicieron cargo en San Galo de la Escuela Secundaria Católica de Niñas, que funciona hasta el día de hoy en un ala del antiguo convento benedictino. En San Galo, Rorschach y Schwyz, trabajaron las más eficientes profesoras de la congregación. A estas religiosas, Teodosio les comunicó por oral y escrito, que en otoño de 1856 fusionaria las Hermanas Educadoras y Asistenciales en Ingenbohl y que esperaba con certeza que las hermanas de Menzingen lo seguirian. Esto lo comunicó también a otras personas. Gota a gota, se fue filtrando el rumor en el Obispado de Basilea. El obispo Karl Arnold invitó a M. Bernarda, para que le informara de la actuación del fundador. Confiando en la objetividad del pastor, la superiora le informó de la relación penosa con el padre de la fundación. Igualmente la Asociación de Ayuda de Menzingen estaba inquieta. Del mismo modo, el presidente decano Schlumpf, tuvo que informar de los incidentes al señor obispo. En marzo de 1856, el señor obispo declaraba en su respuesta escrita:

- El Instituto de Menzingen está bajo la jurisdicción del Obispado de Solothurn.
- Para juzgar los puntos conflictivos, hay que guiarse por los Estatutos redactados por el mismo P. Teodosio y aprobados por los obispos.
- La dirección del Instituto compete exclusivamente a la superiora. El superior tiene voz consultante y debe velar por la fidelidad a la Regla.
- La Curia diocesana no está de acuerdo, con el traslado de la Casa General de Menzingen, menos todavía fuera de la diócesis de Basilea, ni tampoco con la fusión de las dos congregaciones teodosianas.

Porque el P. Teodosio no había recibido una respuesta oficial sobre las disposiciones de las instancias eclesiásticas, M. Bernarda, por prudencia, encargó a la madre asistente, Sor Feliciana, de enviarle un resumen del contenido de esta carta. El respondió a la madre asistente muy apasionadamente. En su carta reprochaba a la M. Bernarda una profunda aversión hacia el y la hacía culpable de que el obispo

hubiera cambiado de opinión. Pronto la opinión pública se enteró de esta desavenencia, porque Teodosio que se sintió traicionado y atropellado, a menudo desahogaba sus críticas acerbas ante sacerdotes, religiosos y laicos.

Ante el clero y el pueblo, M. Bernarda, a quien abrumaban estos acontecimientos, quedaba como culpable. Porque para el padre capuchino con su indiscutible popularidad era facil ganar la opinión pública a su favor. Incluso entre las hermanas se produjo confusión. Ellas apreciaban a su padre, pero también las unía un profundo cariño por su madre, ejemplar y fiel a la Regla. Llovian las cartas de hermanas que querían pasar a Ingenbohl. M. Bernarda, humillada y no comprendida, sobrellevô también eso con gran paciencia y confianza en Dios. Al mantenerse firme, no lo hacía por su prestigio o por su cargo, sino únicamente por el bien de su querido Instituto. En aquel tiempo, llena de aflicción se mostraba siempre abierta para llegar a un acuerdo y para reconciliarse. Esto lo atestigua la circular de septiembre de 1856, en la cual con cariño llamó a todas las hermanas a obedecer mientras duren los votos. Su carta concluve asi.

"Cada hermana del Instituto Menzingen, decida ahora delante de Dios, sin miramientos personales, lo que considere conveniente para su bien temporal y eterno y escoja lo que le parece adecuado para estar en paz. Quien desee permanecer en el Instituto, será tratada con el cariño de siempre. A la hermana que decida retirarse, le deseo suerte y felicidad en sus nuevas circunstancias."

Esta circular se basaba en las determinaciones de los obispos de Solothurn y Coira que, anteriormente, habían informado a M. Bernarda sobre sus declaraciones legales. Cada hermana y también el P. Teodosio recibieron una copia de ambas decisiones que, con palabras distintas, expresaban lo mismo:

- Menzingen queda Casa Madre de las Hermanas Educadoras.
- De aquí en adelante estarán separadas las Hermanas Educadoras y las hermanas del sector asistencial.
- La hermana educadora que desee pasar a Ingenbohl, debe reflexionar ante su conciencia y buscar consejo donde su confesor. Si se decide por Ingenbohl, ya sea al expirar sus votos, ya sea antes de tiempo, con el

- permiso del obispo de Basilea, ella ingresa a una nueva congregación.
- Cada una de las dos congregaciones autónomas, está bajo el obispo, en cuya diócesis se encuentra la Casa General.

La decisión era clara y de una vez para siempre. De un total de 62 hermanas, 11 pasaron a Ingenbohl. Unas cuantas revocaron su decisión de abandonar Menzingen y permanecieron hermanas educadoras. ¿Cómo reaccionó el P. Teodosio? El número de las que habían pasado a Ingenbohl era decepcionante para él. El no intentó violentar el destino y se sometió. Pero su corazón apasionado estaba sufriendo. ¿Y no demostró justamente así toda la grandeza de su fe v de su carácter? Sólo un pequeño ejemplo para mostrar hasta qué profundidad se sentía tocado. En septiembre quería visitar a dos hermanas educadoras del Instituto de Rorschach, que en mayo habían enviado a M. Bernarda su petición escrita de renunciar a Menzingen. Momentos antes de llegar Teodosio a Rorschach, ambas habían partido a Menzingen. El había deseado tanto que se integraran a Ingenbohl. Cuando, estando en la Casa Parroquial, supo de su partida, el capuchino, por lo demás tan fuerte, se dejó caer sobre una silla y sollozó largo rato como un niño.

Los temperamentos coléricos, fácilmente tienden a la amargura y al rencor. Sin embargo, el gran reformador, elocuente, elogiado y tan famoso, sabía dominarse. En una actitud de fe y con valentía de hombre se sobrepuso a sus sentimientos. Necesitó tiempo, pero lo logró. Otros le habrían vuelto la espalda a la Iglesia, se habrían dado por vencidos para nuevas obras. Otros, para quedar con la razón y para salvar su honor herido, habrían murmurado algo como esto, en contra de la decisión de alta instancia:

"El motivo del arbitraje fue egoista. Puesto que cada uno de los obispos está contento de poder tener por lo menos una congregación con Casa General en su diócesis. Una Casa Madre con residencia de la superiora general es algo que se habrían envidiado. La separación es sólo una transacción, por la cual, tanto Coira como Solothurn tocaron partes iguales."

Pero nada de esto. Ninguna queja odiosa. A pesar de su obstinación, a pesar de toda su fuerza creadora, Teodosio

era un sacerdote fiel a la Iglesia, en el cual no germinaban inclinaciones a ser hereje o cismático. Su amor a Dios y a los demás era auténtico y se había probado en la dificultad. Con mayor razón era digno de que otros miraran su ejemplo y escucharan su palabra. Luchó hasta conseguir una actitud de reconciliación y lo logró relativamente pronto. Ya después de un año, predicó un retiro en "Stella Maris", Rorschach, a pesar que en un primer arranque de cólera había jurado no pisar jamás una casa de las hermanas de Menzingen. Había pasado la tempestad y de nuevo estaba brillando el sol como en tiempos anteriores. Esto lo debía a que su temperamento colérico también tenía algo de sanguineo, pero en mucho mayor medida a la gracia divina que lo fue guiando toda su vida. No obstante todos los malentendidos y deficiencias de Florentini, las hermanas educadoras conservaron a su padre su filial cariño hasta más allá de la tumba. La ira viene y se va. Cuando se ha metido profundamente, los cristianos y con mayor razón los religiosos, deben vencerla con medios sobrenaturales y entonces, después de haber pasado la tempestad, aparece la calma. La Hna. Cornelia, la menor de las tres hermanas pioneras, primera asistente desde su profesión en Wurmsbach, murió prematuramente en el año 1854. Teodosio siempre se había preocupado como un padre por la salud de la Hna. Cornelia. Ella no alcanzó a sufrir el dolor que la división causó a todas. La Hna. Feliciana Kramer, la otra hermana del primer grupo, murió en 1859. También ella, al igual que la Hna. Cornelia Mäder, fue asistente, es decir, consejera y representante de la superiora general. En los primeros tiempos de ambos institutos, más de una hermana joven se fue prematuramente a la tumba, debido al exceso de trabajo y de privaciones.

¿Y la Hna. Bernarda? Para anticiparlo: ella murió de su larga enfermedad, el tercer domingo de Adviento, el 13 de diciembre de 1863. Pero antes de su muerte, le tocaría a ella y a sus hermanas, sufrir una segunda prueba, pero sin que el fundador estuviera mezclado en ella. Pero, ¿cuál fue la actitud de la M. Bernarda después de la primera tempestad? Ella jamás se aprovechaba de su situación para salir triunfando. Para ella no se trataba de una victoria, sino de una solución de la crisis, según el querer de Dios. Ella seguía como era: sobria, serena, objetiva y silenciosa. A las hermanas que, después de la separación volvían de Ingen-

bohl, las recibía con delicadeza y sin reproches. Las que se habían decidido por el trabajo asistencial —con la Hna. Theresia Scherer a la cabeza— tuvieron palabras conmovedoras de tierno agradecimiento para la madre general. Poco después de haber pasado la tempestad, la superiora general de Menzingen, reinició las relaciones con el P. Teodosio. A petición de ella, las hermanas rezaron por él, cuando se encontraba enfermo en Ingenbohl. La M. Bernarda lo visitó personalmente y con delicadeza femenina le llevó cinco metros de franela abrigadora y una considerable cantidad de dinero para sus obras sociales. Esto último sucedió más de una vez. También Florentini conservó siempre integro su interés por el Instituto Menzingen.

. .

A pesar de que cada uno de los institutos tenía su fin propio y un campo de acción limitado, se avudaban mutuamente para poder mantener sus puestos. En resumidas cuentas, permanecieron afines, no sólo por el origen, sino también en su misión. En el transcurso de su evolución, cada congregación llevaba a la práctica las ideas básicas de Teodosio. El Instituto de las Hermanas Educadoras, hasta el día de hoy, se dedica a tareas de asistencia social en hospitales y hogares. Y las Hermanas Asistenciales, desde el principio se hicieron cargo de algunos colegios que ya estaban en manos de la congregación y también abrieron nuevas escuelas. Así, Dios permitió que se formaran dos congregaciones femeninas que cumplieran una doble misión: las Hermanas Maestras de la Santa Cruz, y las Hermanas Asistenciales de la Santa Cruz. Porque así se llaman oficialmente los institutos de Menzingen e Ingenbohl. Un origen, una concepción, unidos en la acción y en la Cruz, que, en forma vertical y horizontal lo une todo. Claro que en el primer tiempo, la realización de la doble meta no fue posible en las mismas proporciones en que se desarrolla hoy. Necesitó madurar primero, desplegar para llegar a perfeccionarse. En cuanto a la idea, el P. Teodosio Florentini había tenido razón, pero el modo de realizar sus grandiosos planes y de imponer su fuerte voluntad era precipitado. Tragedia de genios y artistas! Su iniciativa admirable abrió caminos nuevos y no construía castillos en el aire, sino fundamentos sólidos, sobre los cuales las hermanas de

Menzingen e Ingenbohl, levantarian v seguirían levantando obras formidables. Ellas, juntas a su fundador, crearon la reforma católica, después de la guerra del Sonderbund y de la lucha cultural suiza que, por la violencia, habían cerrado numerosos conventos, pero no pudieron evitar el crecimiento de nuevas y modernas congregaciones, más numerosas aún, que echarian raices en nuestra patria. Sin escuela y asistencia social, seria impensable la misión en otros continentes, de acuerdo a métodos modernos. Hermanas de Menzingen e Ingenbohl trabajan hoy entre los pueblos de Africa, América y Asia. Donde hay sacerdotes, religiosos y laicos que, con una meta clara, ejercen una acción pastoral en escuela y asistencia social, ahí florece vida cristiana. Pero donde un estado totalitario despoja a la Iglesia de estos medios, se va muriendo la fe, como el P. Teodosio en visión profética lo anunció. Cuando un Gobierno absolutista empieza por cerrar las escuelas cristianas, entonces los lideres del anticlericalismo y los poderosos jefes de partidos creen asegurado su triunfo. Pero si un Estado deja en pie parte de la Iglesia y de la vida religiosa, serán probablemente los asilos y los hospitales, ya que las hermanas trabajan mejor y por menos sueldo que todo el personal colocado por el partido único. Por lo mismo, frente a un futuro incierto, es consolador, ver que ambas congregaciones mantienen el ideal social del fundador.

CAPITULO 15

"Mis enemigos salían de donde menos lo esperaba."

(P. Teodosio)

Puesto que el animador incansable casi siempre emprendía varias obras al mismo tiempo, resulta prácticamente imposible, enumerar todas sus acciones por orden cronólogico. Por lo tanto, todo biógrafo de Florentini se ve obligado a resumir por temas las ideas y obras de este capuchino sensacional. Así, antes del último capítulo sobre la reforma educacional, trataremos un tema que cronológicamente no pertenecería aquí. Si con esto volvemos a quebrar siempre de nuevo el marco cronólogico, con ello queremos expresar simbólicamente lo variado y agitado de esta vida.

Desde 1844, Kaspar von Carl ab Hohenbalken tuvo a su cargo la diócesis. Ya en verano de 1852, el nuncio monseñor Bovieri, tuvo que informar en Roma el decaimiento físico y mental del prelado de Coira de casi 70 años. Esa era la razón más profunda de sus continuos choques con las autoridades de la ciudad y del cantón. Al examinar estas circunstancias complejas, la atención de Bovieri se fijó en el activo párroco de la catedral, por sus convicciones y sus obras de bien común, era muy bien considerado por las autoridades, en lo demás poco favorables a los católicos. El nuncio opinaba así del capuchino:

"Si el obispo tuviera de coadjutor un hombre como el P. Teodosio, las cosas andarían mucho mejor"

Monseñor Bovieri pidió los informes usuales sobre el párroco de la catedral. Obispos, prelados, párrocos, autoridades y personas privadas se expresaron muy favorablemente. En vista de la situación crítica, el consentimiento del Gobierno era importante. De ser elegido Florentini, el Estado podría dejar o al menos, mitigar las medidas en

contra de la Iglesia. Pero, ¿cuál iría a ser la reacción del obispo y de los canónigos? Hay que saber que los canónigos estaban en relación estrecha con la elección del obispo. Sus opiniones respecto al nombramiento de coadjutor con derecho a sucesión estaban divididas, pero con bastante claridad en contra del párroco capuchino. El anciano obispo, a pesar de haberse mostrado dispuesto a aceptar a cualquier obispo auxiliar, nombrado por Roma, influenciado por otros, llegó a pronunciarse en contra de Teodosio. El primero de los canónigos dirigia la campaña de oposición y el nuncio conocía muy bien sus intrigas. En vista de los grandes obstáculos, Bovieri desistió de la candidatura que él mismo había levantado y promovido. Podia hacerlo tranquilamente, porque Florentini no era ambicioso. Sólo deseaba remediar la miseria de cualquier modo y para eso no necesitaba la dignidad episcopal, por la cual no derramó una sola lágrima.

A comienzos de 1854, la cuestión coadjutor se presentó con renovada urgencia. De nuevo, el nuncio abogó por la misma candidatura que en efecto fue aceptada por Roma. Pero un aviso privado imprudente desde Roma y noticias precipitadas de los periódicos, levantaron una batida sucia en Coira. Los canónigos contrarios a Teodosio hicieron una propuesta que les parecia más aceptable:

"Que den a nuestro obispo un vicario general en lugar de un coadjutor. El decano von Haller seria el hombre ideal

para eso."

Pero el Gobierno se declaró en desacuerdo con esta candidatura. Y tanto los miembros protestantes del Gobierno como los católicos, seguian apoyando a Florentini, quien les ofrecia mayores garantías para suavizar las tensiones entre Iglesia y Estado. Porque el capuchino afable, sabia tratar con táctica y tino a los representantes de todos los núcleos confesionales y políticos. Justamente esto era lo que se le reprochaba. Las calumnias llegaron hasta Lucerna, a oídos del nuncio. Se estaban divulgando rumores de baja calidad en contra del sacerdote de conducta integra e irreprochable: "Teodosio, el eterno mendigo y especulador, al ser coadjutor, llevaria la diócesis a la ruina económica. Teodosio abusa del sacramento de la penitencia. Teodosio fue invitado por un protestante radical a ingresar a la masonería. Sólo rehusó, porque esto le habría impedido seguir perteneciendo a la orden capuchina. Teodosio se ha unido a los enemigos de la Iglesia, para que le ayuden a conseguir el cargo de obispo."

Y para colmo de la perfidia, uno de sus enemigos más encarnizados fue a confesarse con el P. Teodosio, para que éste no pudiera defenderse, ya que el secreto de la confesión lo obligaba a callar. La campaña de difamación logró el éxito pretendido. El envejecido obispo declaró de repente y en forma rotunda, que ya no necesitaria coadjutor, que estaba lo suficientemente robusto para poder hacerlo todo solo. Monseñor Bovieri desmintió a todas las calumnias e intrigas, pero a pesar de todo, en vista de las resistencias insuperables, tuvo que desistir de la elección del candidato de mayores méritos. ¿Habria surgido la resistencia del malestar de unos canónigos que se sentían desplazados por un pobre capuchino que mendigaba para sus obras de beneficencia? ¿Era solamente el destino de una personalidad relevante que siempre es perseguida por venenosos insectos de poco alcance? No, fue una purificación de su espiritu que lo conduciria a una mayor cercania de Dios, porque también a él, religioso franciscano, le correspondía una parte de la Cruz de Cristo, igual que a sus hermanas, para crecer así por encima del propio yo. De todas maneras da que pensar que la hostilidad le venía precisamente de aquella catedral, donde había hecho tanto bien.

. . .

El futuro próximo le dio oportunidad de invertir de otro modo sus talentos y energias para el Reino de Dios y para el bien del pueblo cristiano. Después de la muerte del obispo Kaspar von Carl, fue nombrado sucesor Francisco Nicolas Florentini, primo del P. Teodosio. Por su edad avanzada, sintió la necesidad de buscar una persona que le asistiera eficientemente en el trabajo. Su elección cayó en el enérgico y circunspecto párroco de la catedral. Poco después de su consagración tenía en perspectivas, proponer a su primo como vicario general. En 1860, el obispo Nicolás pidió en Roma las dispensas necesarias, por pertenecer Teodosio a una orden; igualmente consiguió el consentimiento del P. Aniceto Regli, provincial de los capuchinos. El mismo Teodosio no tenía idea de nada. Porque su primo queria evitar una nueva contrapropaganda. El Papa Pio IX autorizó al obispo Nicolás Florentini para designar vicario general al párroco de la catedral. Aunque había ascendido en su carrera eclesiástica, se le impuso la obligación de seguir llevando el hábito capuchino y de observar en lo posible la regla de la orden. Desde el comienzo de sus amplias actividades, Teodosio se había visto en una situación de incómoda ambigüedad frente a los superiores de la orden y sus prescripciones. Tampoco se había podido salvar de los chismes de religiosos envidiosos. El 1 de septiembre se publicó su nombramiento como vicario general. Las altas autoridades de los cantones paritarios e incluso del Zürich protestante, aprobaron con gusto este nombramiento.

Queremos mencionar aquí brevemente lo que sigue: también dentro de su orden, el P. Teodosio en diferentes ocasiones había sido ascendido y depuesto de los cargos respectivos, va que en la tradición democrática de los capuchinos no hay cargos vitalicios. Siendo joven religioso, Teodosio había sido maestro de novicios y lector. En la comunidad de Baden ocupó el cargo de guardián. Para poder supervisar de cerca la construcción de la Casa Madre de Ingenbohl, desde 1858 hasta 1859 estuvo como vicario, es decir, representante del superior en el convento capuchino de Schwyz. A partir de 1857 había ocupado por un período legal de tres años el cargo de definidor, quien actúa de consejero y a menudo de representante del superior provincial en los asuntos de la Orden. Su cargo de superior y párroco de la catedral en Coira duró de 1845 a 1858 y de 1859 a 1860.

Habiendo ya interrumpido el orden cronológico de los hechos, detengámonos para seguir su actividad pastoral que desarrolló siendo vicario general. En este puesto de alta responsabilidad, P. Teodosio dio pruebas de hombre clarividente en su preocupación especial por la diáspora. Tampoco olvidó a los católicos en la diáspora cuando la lucha por cristianizar el ambiente de las industrias, lo tenía muy acaparado. Su figura de auténtico sacerdote, pasó a la historia de la Iglesia suiza como el gran amigo de los fieles que vivían en la dispersión. Siempre y en todas partes le tocó abrir caminos nuevos. No era su estilo, mantenerse simplemente en lo ya establecido ni esperar con tranquilidad la cosecha. Ya siendo párroco de la catedral, se había dedicado al trabajo en la diáspora. En 1857, salió de viaje a Alemania para recolectar fondos para sus obras. El año 1854 fue para él el comienzo de una larga y rica actividad

misionera como predicador popular, director de retiros y conferenciante en Suiza y en el extranjero. ¿Hay que admirarse entonces que, siendo conocido en todas las regiones, se le pidiera con motivo de la reunión general de todas las asociaciones católicas de Alemania, opinar sobre la situación de su patria, considerada en aquella época, como un foco revolucionario? El congreso tuvo lugar en Salzburgo. en 1857. Sin haberse preparado, Teodosio respondió a la invitación de tomar la palabra y subió a la tribuna. En realidad, sólo estaba participando en este congreso, porque pensaba presentar en privado sus peticiones a algunos señores dispuestos a ayudar. Y ahora que le tocó hablar en público, lo hizo con toda franqueza, sin empacho. El contenido de su discurso, recibido con aplauso atronador, fue publicado en un diario de Munich y por ese camino llegó a Suiza, donde se levantó una apasionada controversia de prensa. Se tildó a Florentini de enemigo de los protestantes. Revivía los prejuicios anticatólicos de tiempos del Sonderbund. Habiendo sido atacado por la prensa, Teodosio tuvo que justificarse. El 15 de noviembre subió al púlpito de la catedral y tomó posición frente a su discutido discurso de Salzburgo. En la celebración litúrgica había también no-católicos presentes. Con toda su lógica y retórica, Florentini comprobó que en absoluto había dejado mal puesta la situación confesional y moral de su patria ante los oyentes extranjeros; que las escuelas protestantes deben permanecer protestantes y las católicas seguir católicas. Mezclar alumnos de distintas confesiones, significaria borrar las fronteras, sería educar a la indiferencia religiosa, hacer una mezcolanza poco cristiana. Que en su hospital, todos los hombres, sin diferencia alguna, eran acogidos. Que sus hermanas, sin ningún tipo de sectarismo, cuidaban con amor y abnegación a los enfermos de ambas confesiones. Que las Hermanas de la Santa Cruz jamás habían hecho proselitismo. Con altura de miras, el predicador pasó por alto los ataques que se le habían hecho en un plano personal. Sacaba argumentos históricos y estadisticas para iluminar con superioridad de espíritu los sucesos recientes. Puso de relieve su reconocimiento frente a los bienhechores de otras confesiones, de modo que la "Neue Zürcher Zeitung" pudo comentar: "Esta prédica fue una obra maestra. De ella se puede decir: sencillo como las palomas y astuto como las serpientes."

En septiembre, cuando el P. Teodosio abrió las actas del Vicariato General, encontró muchos documentos pendientes con peticiones de los católicos de la diáspora de Zürich. Ya en sus primeros esfuerzos dio con su viejo enemigo. quien se escudaba detrás de los colegas de Zürich que compartian sus convicciones: Agustin Keller. Su odio a la Iglesia había conseguido 20 años atrás la supresión de los conventos en Argovia. En 1862, los católicos de Zürich habían perdido Rheinau, su último convento. Casi todo el dinero de la liquidación fue a dar a la caja de la Universidad de Zürich, recién fundada. Con parte de ese dinero se creò un fondo para estudiantes y sólo una cantidad relativamente pequeña sería destinada para levantar parroquias católicas en el cantón de Zürich. El P. Teodosio, gracias a su diplomacia y su prestigio en todas las esferas del pais, consiguió una repartición más favorable a las necesidades de los católicos. El obispo Nicolás Florentini estaba bien asesorado, al dejar tales asuntos delicados siempre en manos de su primo, administrador eficiente y desenvuelto, al que por ser capuchino, tampoco le faltaba experiencia en lo financiero.

El vicario general repetidas veces tuvo que presentar reclamos ante las autoridades protestantes y radicales de Zürich, porque un nuevo reglamento de la Iglesia quería dejar reservada la elección de los párrocos al Regierungsrat, lo que contradice los principios legales de la Iglesia Católica. En forma moderada, pero decidida, abogó por la autonomia y en el asunto remuneración por un sueldo minimo de los sacerdotes. Pero no fue lo único que hizo por la diaspora de Zürich. Por lo pronto se preocupo de los católicos de la ciudad, que después de la reforma sólo habian logrado tener una iglesia desde 1833. Pero el párroco de esta iglesia de San Agustin tenía espíritu laicista. Teodosio predicó repetidas veces allá y celebró un triduo, pero evitaba hospedarse en casa de este hombre anticlerical y pedía acogida donde una familia católica. Hizo todo por reemplazar a este sacerdote por otro y efectivamente le resultó. Con razón un católico destacado de Zürich, el convertido amigo de la acción social y presidente de la Asociación Católica del Pueblo, Dr. Emil Pestalozzi-Pfyffer a fines del siglo, pudo dar el siguiente testimonio:

"Lo que Zürich ha podido salvar de patrimonio católico

de los dias del "Catolicismo Viejo", se lo debe al P. Teodosio Florentini."

En Winterthur, el vicario general logrò la creación de una parroquia y él mismo celebró allí, el 10 de agosto, la primera liturgia católica desde la reforma. También otras comunidades de diáspora pudieron experimentar la benevolencia paternal del representante episcopal, primeramente Horgen, Wald y Rüti. Con el mismo compromiso pastoral se jugó por los católicos dispersos y sin atención sacerdotal en los cantones Graubünden (Ilanz, Oberengadin, Andeer) Glarus y Appenzell. En estos problemas de la diáspora, a menudo se trataba de integrar los católicos que vivian marginados, es decir, que por la ubicación geográfica de su domicilio debían ser atendidos por un sacerdote que residia en otro cantón o en otra diócesis. En estas cuestiones, en parte de tipo interdiocesano o intercantonal, además juridicamente muy complicadas, debían ser arregladas entre los Obispados y los Gobiernos cantonales. P. Teodosio lograba hacerlo con maestria y sin herir susceptibilidades.

* * *

Ya en el siglo pasado, la Asociación de San Lucio v la Asociación para la Misión Interna tenía por objeto, fomentar la vida de los católicos en la diáspora. Al P. Teodosio le cabe una parte considerable en la fundación y los méritos de estas dos asociaciones. También el "Pius Verein" se preocupó resueltamente y en sus asambleas generales, el orador innato lanzaba vibrantes discursos enfocando los proyectos a realizarse. Los diarios frecuentemente llamaban "Theodosius Verein" a la organización de la Misión Interna. Efectivamente, Teodosio era un gran inspirador e iniciador de la acción católica. Pues él se decía: "Vivimos en la época de las asociaciones. Todo tiende a agruparse para tener mayor fuerza y defensa. ¿Podemos, los católicos, quedarnos atrás cuando otros se están uniendo? El mundo de las asociaciones católicas es una expresión sana en medio de una sociedad envenenada por el espíritu racionalista de la época".

Por eso intercedió tantas veces con su palabra amistosa a favor de Kolpingverein, porque justamente esos jóvenes artesanos y las empleadas domésticas les daba facilidades en el Hospital Santa Cruz. También para aprendices tenía una mirada atenta cuando patrones indiferentes se despreocupaban de ellos. P. Florentini era miembro activo de la Asociación Suiza de Beneficencia, de la Comisión Cantonal de Ayuda a los Pobres y de la Asociación a favor de los Ex-reos. A estos gremios confesionales les inspiraba espíritu cristiano a través de sus palabras y acción; no era un filántropo y patriota como lo concebia aquella época racionalista antes de fin de siglo. Como sacerdote de mucha experiencia, quien recobró gran renombre de organizador, no queria desparramar energias en pequeñas fracciones de grupos, sino que su genio creador pretendia hacer el bien a gran escala y con medios apropiados, porque la beneficencia que no se desarrolla en forma amplia, es como una gota de agua sobre una piedra caliente. Por lo tanto, según la concepción de Teodosio, la acción católica debe salir de su aislamiento tipo ghetto y trabajar hombro a hombro con las organizaciones neutrales y estatales, si es que éstas están dispuestas a trabajar en común.

Hasta qué punto el P. Florentini haya participado en la creación del Pius Verein (actual Asociación Popular Católica), escapa a nuestro conocimiento. En todo caso fue animador de la Asociación San Lucio y del Pius Verein de Coira. Estas instituciones se fijaban grandes metas: formar jóvenes que se preparaban al sacerdocio, fomentar las escuelas cristianas, organizar retiros y misiones populares, apoyar establecimientos de asistencia social, difundir buenos libros y escritos en general, prestar ayuda económica a la diáspora. Protectorado cristiano era en aquel tiempo el término usual para el concepto análogo de apostolado laico. Laicos debian proteger a las clases necesitadas, es decir, a los pobres, los aprendices, artesanos, empleados, a los niños obligados a trabajar y a los ex-reos, todos ellos expuestos en su fe y moral. Casi en cada asamblea general del Pius Verein, se presentaba como orador el capuchino de Müstair. He aquí una lista de los temas, orientados hacia lo social:

1859 en Schwyz: "Necesidades actuales de los católicos y modos de remediarlas".

1860 en Lucerna: "Influencia del cristianismo en la familia".

1861 en Friburgo: "La protección de los aprendices".

1862 en Solothurn: "El protectorado cristiano".

1863 en Einsiedeln: "Problemas de la diáspora, ideas y experiencias en las relaciones con los protestantes".

1864 en Sión: Prédica de honor en la catedral.

Estas conferencias eran para el vicario general sólo una actividad adicional que le servia de descanso. Además, desde 1860, estaba comprometido en empresas de fábricas que había fundado en Suiza y en el extranejero. A causa de éstas, se veia obligado a viajar constantemente para alla y para acá, ya sea haciendo negocios o mendigando. Del mismo modo, su cargo de vicario general, le obligaba a solucionar personalmente en distintos lugares, los asuntos que no podian ser tratados por correspondencia. Habiéndose trasladado en tiempos anteriores a pie o en diligencia, ahora se movilizaba en ferrocarril que, poco a poco empezó a recorrer las regiones del país. No siempre le tocaban tareas muy gratas. En Stans, por ejemplo, tuvo que arbitrar una pelea entre el párroco y la Cofradia de los Vaqueros. También en su región natal, le tocó intervenir para hacer los planes y el cálculo financiero de una obra destinada a evitar grandes derrumbes en el valle de Müstair, los cuales eran muy peligrosos para la población. P. Teodosio que estaba familiarizado con todo, escalaba él mismo las montañas, hacia levantar diques y barricadas contra las avalanchas y procuró financiar esas construcciones.

Pero un peligro más grande que las fuerzas de la naturaleza amenazaba al romántico valle de Müstair. Gente de ahí, necesitada de fondos, quería expropiar los bienes del claustro de religiosas benedictinas, para obtener así dinero liquido. Teodosio, por las buenas relaciones que mantenía con su pueblo natal, logró evitarlo. Por la Secularización, este claustro había perdido todos sus bienes en tierra austríaca, sin ninguna indemnización. Florentini viajó a Viena. En la corte supo ganarse la simpatía de todos y la benevolencia de la emperatriz-madre, por cuya intercesión el emperador Franz Josef I, ordenó que se cancelara como indemnización y en dinero efectivo, todo el pago retenido por decenas de años. Además dio orden de que en lo sucesivo, el convento de Müstair, volviese a recibir las ganancias que producian sus tierras en el extranjero. Una parte de este dinero pasó como hipoteca al Hospital Santa Cruz de Coira, el resto fue invertido para otros fines de beneficencia.

Más dramáticas resultaron las gestiones relacionadas con la reforma de la abadía benedictina de Disentis, entre 1859 y 1863. Los síntomas de la decadencia que estaba sufriendo este convento estaban a la vista. Teodosio hizo todo por detener el desmoronamiento espiritual de esta casa religiosa entre el paso de Oberalp y el Lukmanier. En su calidad de visitador, le tocó interrogar a los monjes, lo que levantó grandes enojos. Pero el abad de Einsiedeln se puso al lado de su hermano capuchino. P. Teodosio buscó profesores competentes e intentó realzar, por medio de un atrayente prospecto la importancia de este centro de cultura. El abad y los monjes fueron reemplazados por personas idóneas de otros conventos. Escuela y noviciado tomaron un nuevo impulso. Ahora, el Gobierno de Graubünden ya no podia pensar en abolir el convento benedictino renovado.

* * *

Un vicario general debe preocuparse del bienestar de los sacerdotes. Mucho antes de asumir este alto cargo, el P. Teodosio había estado trabajando por el fomento de vocaciones y la formación de los sacerdotes. Ya tenía pensado poner la Asociación San Lucio y el Colegio de Schwyz, después de su renovación, al servicio de esta importante tarea. Tenia en proyecto una casa de reposo para sacerdotes enfermos y ancianos. El tiempo no le fue favorable para llevarlo a la práctica. A intervalos enseñaba historia de la Iglesia y pedagogía en el Seminario San Lucio de Coira. En sus interesantes y activas clases, compartia con los estudiantes de Teología muchas experiencias y recuerdos de su vida. Con perseverancia admirable, obispo y vicario general asistían a los exámenes de filosofía y teologia. No pocas veces, el viejo maestro, intervenía como severo examinador. Podía darse por satisfecho con el rendimiento de los alumnos. A pesar de algunos ataques odiosos, de la prensa liberal, los que el capuchino sabía enfrentar con inteligencia y energía. San Lucio fue en aquel tiempo el único seminario suizo que pudo desarrollar su actividad docente libre de cualquier control estatal. También en esferas anticlericales se tenía que reconocer honestamente al hombre que fomentaba con tanto éxito la vida católica. El diario liberal de San Galo, por ejemplo, escribió de él:

"En todo caso, es el adversario más peligroso del liberalismo, más peligroso que todos los curas juntos, con el nuncio a la cabeza. Hay que estar atentos y vigilar sus actividades." Sólo en el Consejo Presbiterial de Schwyz se logró crear un fondo de ayuda para los sacerdotes. P. Teodosio indicó los medios y caminos para hacer extensivo este beneficio a todos los sacerdotes enfermos y ancianos de la diócesis de Coira. En las reuniones motivaba la discusión de ese plan y su aceptación. También editó el primer catálogo de todos los sacerdotes y comunidades religiosas de la diócesis. Hizo especiales esfuerzos por incorporar definitivamente a la diócesis de Coira, los cantones de Suiza central que, por largo tiempo habían estado bajo el obispo de Constanza. Para obtener una idea clara de todo el territorio de su jurisdicción ordenó hacer un censo exacto de todas las parroquias, capellanias, fundaciones de orden eclesial y social. Por sus gestiones se logró fundar, finalmente, la Conferencia Episcopal Suiza. En diciembre de 1861, los vicarios generales se juntaron en reunión preparatoria. Tres años más tarde, Friburgo tuvo el honor de recibir a los Pastores de Suiza en su primer sínodo. En esta oportunidad, el colegio Maria Auxiliadora de Schwyz, pasó a pertenecer al episcopado suizo. Teodosio representaba a su superior provincial. La gente de Friburgo estaba admirada al ver entre los altos prelados un sencillo capuchino. Pero más se sorprendía al saber que este pobre hijo de San Francisco era gerente de fábrica...

CAPITULO 16

"Pero todas las exhortaciones se estrellaban en su osada confianza en Dios y su energía extraordinaria."

(Texto del Jubileo en Schwyz, 1906)

En 1854, el fundador Florentini estaba en búsqueda de un lugar adecuado, para ubicar la Casa Madre de sus Hermanas de Santa Cruz. En Schwyz le tocó un día pasar junto a las ruinas del antiguo colegio jesuita que había sido saqueado y parcialmente destruido por tropas de la Confederación Suiza, durante la guerra del Sonderbund. Teodosio no podía ver casas vacías, ni menos escombros y se preguntaba:

"¿Si pusiéramos aqui la Casa Madre? Pero, no, este centro de cultura debe volver a ser lo que fue en su origen.

Escribiré al obispo."

La respuesta no tardó en llegar. Kaspar von Carl estaba de acuerdo, pero agregó, que le era imposible ayudar económicamente en la reconstrucción del colegio. Los amigos de Teodosio, igualmente le desaconsejaron esta empresa, por considerar que sobrepasaba sus fuerzas. Pero se equivocaron. Nadie pudo retenerlo de su propósito e inmediatamente trató el problema económico con el decano Schlumpf:

"Todo está previsto, si el pueblo de Schwyz vuelve a hacerse cargo de los aportes escolares y si el fondo de los jesuitas en Lucerna, se transforma en dinero líquido para pagar los profesores, y si los 800.000 católicos suizos apoyan todos este colegio con sus donaciones voluntarias."

En octubre de 1855 se firmó el contrato entre la sociedad fundadora y el P. Teodosio, aprobado también por el obispo y el Gobierno. Se estaba pensando además, crear una asociación de profesores. El capuchino se comprometió a hacerse cargo de la restauración y del mantenimiento del edificio, incluyendo colegio e iglesia. Además iba a cargar con el pago de los intereses de la deuda. Se tenía planeado un liceo con escuela secundaria e industrial. Hoy dia, el liceo está funcionando con una sección comercial y técnica, ambas con su bachillerato respectivo. Paralelamente a esta tarea gigantesca, pesaban sobre Teodosio las deudas del recién terminado Hospital de Coira y había que afrontar la construcción de la Casa Madre en Ingenbohl. Pero no se dejó intimidar. Confiaba en Dios. Y consideró la fundación de un colegio católico de enseñanza secundaria como una necesidad de la época y por lo tanto, voluntad de Dios. Desde el principio trabajó imperturbablemente para entregar este gran colegio en manos de los obispos suizos y hacerlo así, bien común de todo el pueblo creyente. Una vez más, recurrió a sus bienhechores. El éxito no se hizo esperar. Hasta un gerente de fábrica protestante de Zürich, le entregó 10.000 francos. En otoño de 1855, la escuela secundaria de Schwyz fue trasladada al colegio, en el cual se estaba trabajando firmemente en la construcción. Era necesario renovar los edificios en ruinas y algunos debian ser totalmente reconstruidos. El experimentado pedagogo elaboró un detallado programa escolar, que fue recomendado por los obispos de Coira y de San Galo. A pesar de que el Obispado de Basilea se negó a cooperar, y superando también otros obstáculos, el colegio fue inaugurado solemnemente, el 21 de octubre de 1856. P. Teodosio tuvo el discurso de apertura, en el cual expuso brillantemente el fin y la tarea de este colegio, que estaría al servicio de la juventud masculina de Suiza.

Al atardecer, una larga marcha con antorchas pasó frente al colegio, donde pueblo, estudiantes y autoridades, brindaron al fundador aplausos llenos de entusiasmo. Ya al dia siguiente, 5 profesores estaban con sus 115 estudiantes trabajando. P. Teodosio tenía que irse, porque debía llevar a la práctica otros proyectos de construcción igualmente urgentes, para sus religiosas. Sólo después de la apertura del colegio, se le escogió el nombre: María Auxiliadora. Ya la antigua iglesia del colegio había sido bendecida bajo este título. Primero se había intentado darle el nombre de "Theodosianum", pero Florentini rechazó rotundamente este honor. Para él, era mucho más significativo que los diarios y la opinión pública reconocieran el espíritu y trabajo de la nueva escuela, que cualquier otro homenaje diri-

gido a su persona. A pesar de todos sus éxitos y fama, Teodosio fue y permaneció hijo de la Iglesia, humilde y dispuesto a servir. La sección comercial de la escuela, recibió especial alabanza, porque ningún otro colegio católico la tenía. El mismo Teodosio había escrito el plan de estudios, de acuerdo a los principios éticos y socio-pedagógicos que ya conocemos de su "Organización Escolar", escrita para sus primeras hermanas. Una novedad de este plan fue haber introducido clases de lógica para los cuatro años de escuela secundaria. Como se puede ver, el capuchino no sólo dirigia la parte material del colegio, sino que también orientaba el desarrollo del espiritu. Pronto se introdujeron cursos de preparación para estudiantes de lengua francesa e italiana. Otra innovación fue el proyecto para un campo deportivo y una playa, para estudiantes en el lago Lauerz. ¿No se adelantó Teodosio también en esto mucho a sus contemporáneos? Desgraciadamente, después de ahogarse un alumno, la piscina tuvo que cerrarse por orden superior.

El edificio ampliado, con sus dos alas laterales y frontales, necesariamente trajo dificultades financieras, pero éstas pudieron ser remediadas dentro de pocos años. El pueblo de Schwyz no quedó inactivo. De nuevo, Teodosio salió a mendigar en su patria, en Alemania y Francia. El Papa Pio IX le envió la generosa suma de 11.000 francos. Lo mismo, hermanas, profesores y sus hermanos capuchinos, salieron a recolectar dinero. Pero una preocupación de mucho más peso era para el fundador, buscar buenos profesores para su liceo y escuela secundaria. En efecto, el rector Brühweiler y los demás profesores eran conquistas brillantes. Cuanto más aumentó el profesorado, tanto más urgente se hacía la necesidad de agruparlos. Desgraciadamente este intento no pasó más allá del comienzo, similar al experimento en el castillo Ortenstein (Domleschg-Graubünden), donde Teodosio había querido asociar los hermanos profesores en una comunidad religiosa. Parecia tener más suerte en la fundación y organización de congregaciones femeninas.

La persona del fundador quedaba intimamente ligada al desarrollo del colegio y cada fin de año, él solia hacer el discurso de clausura. En esas ocasiones ponia de relieve sus principios de educación cristiana, que no quedaban en la teoria, sino que pronto traerían sus frutos: vocaciones de sacerdotes y académicos, que elevaron notablemente el ni-

vel del catolicismo suizo, que por el conflicto de Sonderbund, se había visto obligado a jugar un papel puramente defensivo. Casi durante una década, este hombre genial llevó la pesada e ingrata responsabilidad del reconstruido colegio que, antes de la guerra civil había sido dirigido en forma ejemplar por los padres jesuitas, ahora expulsados de Suiza. Cuando ya se empezó a hacer más fácil la tarea, aparecieron en el escenario personas que no sabían de los tiempos pioneros y que de una manera poco delicada, liberaron al fundador de su carga.

. CAPITULO 17

"Sólo el amor de Cristo nos mueve."

(II Carta de San Pablo a los Corintios)

El afan de bienestar, tantas veces trae consigo una miseria latente. El siglo pasado casi endiosó la fe en el progreso. Pero, no todo lo que brilla es oro. Durante la juventud de Florentini, Suiza estaba sufriendo todavia las consecuencias de la revolución helvética y la invasión de ejércitos extranieros. Los vencidos tenían que sacrificar para las contribuciones, sus bienes y dineros, adquiridos con mucho esfuerzo. Apenas el país se había recuperado un poco, estalló la guerra civil entre radicales y conservadores. La abolición ilegal de conventos en Argovia, la controversia en torno a los jesuitas y expediciones de guerrilleros radicales contra Lucerna, produjeron la crisis. Los cantones del Sonderbund, vencidos, cargaban con una pesada deuda de la guerrà y tuvieron que soportar por mucho tiempo la postergación política y cultural. Cesantia y ociosidad de los soldados extranjeros, empobrecimiento del pueblo, descristianización de las masas por el liberalismo y muchas otras situaciones problemáticas, fueron ganando terreno, también en los cantones restantes. Esta miseria general llevó al intrépido capuchino de Müstair a actuar.

En el año 1850, su obra empezó a girar hacia el campo social, cuando la Hna. Theresia Scherer, se hizo cargo del asilo de Näfels con 50 internos. Pero, por la mezquindad de las autoridades, ya a los dos años, Menzingen tuvo que abandonar este puesto. En 1852, dos hermanas se fueron a Stans, donde se les confió el Asilo de Huérfanos y la Casa Correccional. En Schwyz, las Hermanas de la Santa Cruz, tenían a su cargo un pequeño hospital, pero con poco éxito, a causa de una verdadera fobia supersticiosa contra éste. Un año después, el pueblo de Risch, cantón Zug, les ofreció el Asilo de Pobres, y la ciudad de Zug, la Casa de Huérfa-

nos. Pero en todas estas partes, les faltaba el apoyo necesario, por lo que la M. Bernarda volvió a retirar sus hermanas.

Fue en el cantón de Nidwalden donde las hermanas del sector social encontraron mayor reconocimiento. El diario de Lucerna escribió al respecto:

"Desde Beckenried hasta Buochs y Stans, no he encontrado ni un sólo mendigo, siendo que en nuestra ciudad, a pesar de la vigilancia policial, andan por lo menos unos 50 mendigos por las calles públicas y de casa en casa."

Este progreso, Nidwalden se lo debia especialmente a las Hermanas de la Santa Cruz. También en Arth, la atención a los pobres era insuficiente, hasta que las hermanas se hicieron cargo de la casa de huérfanos, donde pronto agregaron una sección para enfermos y vagos. Informes de autoridades y periodistas de aquella época pionera, elogiaban el modo de proceder del P. Teodosio quien había visto claramente que no basta con alimentar a los huérfanos y abandonados, sino que les ayudaba a adquirir una profesión. De esta manera, los huérfanos y, más aún, las municipalidades que son las responsables de auxiliar a los pobres de su comuna, se verían liberados de muchas preocupaciones. Al aprender una profesión, los internos de los asilos podian costearse ellos mismos la pensión. Así, nadie viviría ocioso. El precio de la pensión era bajo. En él se incluía un 5 por 100 para libreta de ahorro y un 3 por 100 de seguro de enfermedad. La cantidad de sueldo que sobrepasaba el precio de la pensión, también iba a agregarse a la libreta de ahorros. En todas partes donde se pudo introducir esta forma de ayuda social, para jóvenes y adultos, producia bienestar individual y común. Cuando las comunas de Lucerna, Würzenbach y Sursee, solicitaron hermanas para sus establecimientos asistenciales, pidieron informes a las autoridades protestantes de Coira y éstas solian elogiar el espíritu amplio del fundador y sus hermanas, dinámicas y modernas.

Al castillo abandonado de Paspels en Domleschg, P. Teodosio lo había transformado en asilo de huérfanos y casa correccional para niños difíciles. Del campo que rodeaba a este establecimiento, pensaba, además, sacar productos agrícolas para el Hospital de Coira. Siempre estaba luchando contra las condiciones sociales de la época.

Por eso no dejaba pasar ocasión sin intervenir con su

consejo, proponiendo soluciones concretas. Visitaba los asilos, redactaba los informes respectivos, tenía entrevistas con las autoridades comunales, impulsaba nuevas fundaciones y reestructuraciones, daba en todas partes su confianza y activa colaboración. Llanamente aceptaba los ingratos cargos de director, cuando otros no se hallaban capaces para ello. En el "Paradies" de Ingenbohl, que ya pronto conoceremos más de cerca, inspeccionaba cocina y comedor, controlaba la cantidad y calidad de la harina, pan, polenta, y arroz. Nada se escapaba a su sentido práctico. Como un padre, mejor dicho, como una madre, se interesaba por cada menudencia y detalle.

En pocos años, los asilos de las Hermanas de la Santa Cruz, se desarrollaron ampliamente. Siempre avanzaba hacia terrenos inexplorados. Antes de separarse Ingenbohl de Menzingen, M. Bernarda había expresado serias preocupaciones de no poder mantener y consolidar lo comenzado. Después de la separación definitiva en 1856, el sector asistencial de Ingenbohl se extendió mucho más aún. La mayoria de los asilos y hospitales se ubicaban en la Suiza central y oriental. En sus viajes frecuentes por Alemania del Sur y Austria, Teodosio estableció relaciones en esos países y también ahi nacieron fundaciones que, el amigo de los necesitados, huérfanos, caidos y fracasados quería ofrecerles como un hogar. Dentro de 15 años, existían ya unos 70 asilos y si se toma en cuenta los que cumplían una doble función (por ej.: asilo para huérfanos y para pobres) entonces tenemos más de 100 fundaciones en Suiza y en el extranjero, que son un testimonio vivo de los anhelos del capuchino. El no buscaba el récord, sino reformar y reorganizar. Por lo mismo, no queremos dar más números y estadísticas.

El binomio educación y acción social, había sido rechazado en su tiempo por razones de organización. Pero pronto, el fundador volvió de nuevo sobre esta idea revolucionaria. Ya que cuerpo y alma forman una unidad inseparable, hay que defender al hombre por dos frentes: combatiendo la ignorancia del espíritu y el dolor físico. Por la fuerza de su llamado personal, P. Teodosio no podía esquivar esta lucha doble. Cuando los institutos de Rhäzüns y Zizers estaban prosperando, él explicó sin rodeos en un volante expreso:

"Con la fundación de escuelas, respondemos a una sola

necesidad; hemos comenzado por lo más fácil, puesto que institutos para niños de familias acomodadas pueden mantenerse por sí mismos. Lo más urgente y más difícil es levantar casas para enfermos sin recursos, para salvar niños abandonados y jóvenes caidas o expuestas a la seducción."

Escuela y acción social! Ya las escuelas de las hermanas eran en sí un progreso social para los católicos suizos, quienes a causa de los acontecimientos históricos y de su desfavorable situación económica-geográfica, no tenían muchos bienes materiales. Desde el punto de vista financiero, las hermanas maestras con su bajo sueldo, eran y son todavia un beneficio y un alivio para las comunas pobres del campo y de las montañas, porque el profesor laico, necesita un sueldo más alto, debido a que suele tener familia o si es soltero, no cuenta con el apovo de una comunidad como sucede en las congregaciones religiosas. Otra realización armónica del doble ideal de Teodosio eran las llamadas escuelas de pobres, donde, por ejemplo, se instruía a las niñas en labores femeninas. Así se queria evitar que anduvieran mendigando por las calles o que se encontraran en situaciones peores. Florentini levantaba escuelas especiales para hijos de obreros de fábricas, para mejorar las condiciones materiales y espirituales de las familias obreras. El internado para la educación y el trabajo en Neuägeri, fundado en 1855, fue la primera institución de esta índole. A los dos años le siguió la escuela y casa de huérfanos "Paradies" en Ingenbohl. Los niños recibian conocimientos generales, eran educados cristianamente y se liberaban de la explotación capitalista. Más tarde, P. Teodosio hizo levantar hogares para jóvenes obreros que incluían pensión y estudio, en Säckingen, Rüti (cantón Glarus), en Dietfurt (Toggenburg) y Fürstenau (Domleschg, Graubünden). Si bien estas fundaciones significaban para aquellos tiempos pioneros un progreso social, no eran, a la larga, una solución satisfactoria. En estos hogares; niños y jóvenes estaban bajo el cuidado y la orientación de expertas hermanas y protegidos de muchos peligros, a los que están expuestos los niños vagos. Pero había una situación desfavorable que ni Teodosio, ni sus hermanas pudieron remediar: estos internados dependían demasiado de la complacencia y no raras veces del capricho calculador de los dueños de fábricas.

También las escuelas para huérfanos eran un servicio social, ya que los niños de estos establecimientos muchas veces pertenecian al grupo de marginados, retardados mentales o difíciles de carácter. La educación especial con lo que exige de paciencia y bondad, es impensable sin una conciencia social y una formación pedagógica especial. Florentini pensaba y actuaba como un moderno asistente social y un pedagogo terapeuta, cuando se resistía a internar solamente o incluso a castigar a los niños menos dotados y expuestos al peligro y pretendía educarlos para llegar a ser personas aptas para la vida. Las hermanas hicieron suya esta herencia de su padre. En numerosas casas, dentro y fuera de Suiza, ellas son aún verdaderas madres que cuidan a niños y adultos ciegos, sordomudos y débiles mentales, tanto como pobres y enfermos, con los que desempeñan también una función educadora, hasta donde es posible.

* * *

¿Cómo se desarrollo la rama de Ingenbohl después de la separación? Una vez más, siguiendo el principio de los circulos concentricos y de las espirales, nos hemos adelantado varias veces al desarrollo cronológico. El hospital en el "Gäuggeli" de Coira se transformó en una colonia con amplias posibilidades. La puesta en marcha del nuevo hospital había levantado una ola de desconfianza confesional y, apenas ésta se había suavizado un poco, al año siguiente, se amplió la casa a través de la compra de un inmueble vecino, en cuyo terreno se construyó un asilo de huérfanos y un economato. Aqui, niños sin padres recibian formación escolar y capacitación para trabajos prácticos. Así podían costear su pensión y más tarde, sostenerse en la vida. P. Teodosio quería procurar también a las personas ancianas y achacosas una existencia más humana. En 1855, se fundó una casa de beneficios. Dos años más tarde se instaló un pensionado para niñas y una escuela normal femenina.

Por fin había más lugar para las numerosas novicias y aspirantes. Porque, desde que las hermanas empezaron a hacerse cargo de tareas sociales, llegaron muchas jóvenes, para ingresar a la orden. Hubo tiempos en que eran más numerosas las aspirantes que las hermanas. Pero no faltan nunca quienes siembran mala hierba, donde está creciendo la buena semilla. La floreciente colonia, despertó suspicacia

entre las autoridades y la población. Comenzaron a divulgarse rumores y la gente comentaba:

"En el Gäuggeli hay un convento camuflado. A pesar de que lo disfrazan de escuela y hospital, no es otra cosa que un verdadero convento. De acuerdo a la Constitución Federal, cualquier fundación de nuevos conventos está expresamente prohibida. Hay que cortarle la acción a este astuto capuchino."

Primero se intentó por negociaciones diplomáticas paralizar la obra y la propuesta hecha por Teodosio a las autoridades les pareció muy oportuna:

"Para racionalizar el trabajo y coordinar las fuerzas, deberíamos unir el Hospital Municipal con el de la Santa Cruz." Inmediatamente, la Comisión de Ayuda a los Pobres, a la cual también pertenecía Teodosio, buscó informaciones sobre las posibilidades de comprar el Hospital de la Santa Cruz. Al revisar la contabilidad, los encargados constataron, con pesar y alegría a la vez, que muchos pacientes pobres no pagaban nada. En vista de esto, la comisión cantonal, renunció a la compra. La maniobra de Teodosio había dado buen resultado. Después de esto, propuso arrendar una parte del hospital, pero pronto se convenció de que una fusión pacífica de ambos hospitales era imposible.

En enero de 1858, estalló el temido ataque contra el convento. En un protocolo de diez páginas, el Consejo Municipal, tomó conocimiento de la existencia ilegal de un convento, dentro de la ciudad. También en el resto del país, empezaron a levantarse voces. De un golpe, todas las grandes obras de las hermanas y del fundador, se habían olvidado. Pero a Florentini no se le escapó nada. Solía olfatear el peligro, prevenía a tiempo y se mantenía listo para actuar. Ya en octubre de 1855, había comprado la finca de los Nigg, en Ingenbohl, con la casa vieja y desocupada. En aquel tiempo, el eterno mendigo sólo llevaba en su bolsillo 5 francos, y el terreno costaba 45.714 francos 25 centavos. Se hicieron los primeros pagos, pero los intereses de la deuda hipotecaria fueron una pesada carga para la superiora. En la primavera de 1856, hacendosas manos femeninas, transformaron el ruidoso y abandonado edificio en un hogar acogedor. En el mismo año, las Hermanas Educadoras, se separaron del P. Teodosio, 12 religiosas se decidieron por Ingenbohl: M. Theresia Scherer, quien permaneció

122

en Coira hasta Pascua de 1858, diez hermanas más y una novicia. El número de los Apóstoles, si no contamos a las dos aspirantes, ya que estas aún no están muy ligadas estrechamente a la orden. Asi, Ingenbohl tuvo que empezar de nuevo. En la casa de los Nigg, faltaba de todo. Habia puertas y persianas caidas, vidrios quebrados; por todas partes entraba el viento. Polvo, basura, pedazos de cal caídos de muros, paredes y cielo raso. No había muebles ni loza. Tampoco baldes y escobas para limpiar lo más grueso. Ni un palo de leña, para hacer fuego. Pisos y vigas estaban podridos y quebradizos. Pero en el corazón del equipo de limpieza, ardia el entusiasmo por la pobreza escogida libremente. Las hermanas se sentian felices como hijas del santo siempre alegre de Asis. Sacaban los escombros y la suciedad. Era para las campantes pioneras una alegre fiesta de limpieza. En la parroquia y entre los vecinos dispuestos a ayudarles, tenían que pedir prestadas las cosas más necesarias. Los campesinos les regalaban papas para comer y plantitas para el futuro huerto. En el cercano pueblo de Brunnen, conseguian a crédito pan, leche, arroz y fruta seca. También el párroco y su ama de casa, les avudaron con lo que podian. De noche, esparcian un poco de paja sobre el suelo desnudo, con paños y delantales de trabajo se terminaba de arreglar la cama. Con alegría y sencillez instalaron un oratorio. Una puerta colocada sobre caballetes, servia de altar provisorio. La parroquia les prestó velas y un crucifijo. Cortinas desteñidas y flores silvestres adornaban la capilla. A misa iban a la parroquia. De repente aparecía el P. Teodosio y les daba nuevo ánimo a través de unos retiros conmovedores.

La gente quedó admirada de la acción heroica de estas hermanas modernas que sin dinero pensaban construir un convento, con iglesia, sobre la colina de Ingenbohl, que con una modesta sonrisa salian a mendigar y como gitanas iban al bosque en busca de leña y ramas secas. Espontáneamente se ganaron la simpatía de grandes y pequeños, aunque no faltaron miradas envidiosas y observaciones irónicas. El futuro era incierto. Pero las hermanas se aferraron a lo que la Providencia a diario les dispensaba. No pasó mucho tiempo, hasta que el anciano obispo de Coira, Kaspar von Carl, reconoció la casa de Ingenbohl como Casa Madre y aprobó las Constituciones redactadas especialmente por el P. Teodosio, dejando en claro la misión de las

hermanas de Ingenbohl: educación y trabajo social. Una vez más, estas Constituciones redactadas por Teodosio para las hermanas que abarcaban el sector social y educacional, fueron un testimonio brillante de su circunspección en asuntos legales y de su trabajo a fondo. Ya estaba creciendo y desarrollándose en forma inesperada la congregación, cuando las pocas hermanas que habían seguido a Teodosio, eligieron unanimemente a la Hna. Theresia Scherer, de sólo 32 años, como superiora general, con sede en Ingenbohl. Coira misma estaba cooperando, para que la Casa Madre fuera trasladada pronto al cantón Schwyz. Es que en 1858, cuando las autoridades de Coira, amenazaron seriamente con abolir el convento en el Gäuggeli, el P. Teodosio astuto y frio, jugó sus últimas cartas. Incluso fue una solución satisfactoria para ambas partes. Impasible, les comunicó a las autoridades de la ciudad:

"¡Denme quince dias y enviaré fuera de Coira a todas las hermanas que no trabajan en el hospital!"

Se desalojó el convento, es decir, salió el floreciente noviciado y sólo las hermanas enfermeras podian quedarse, para seguir dirigiendo el hospital. En fin, se queria seguir aprovechando de sus servicios. M. Theresia, con su fina intuición ¿ presentiría este fin repentino, cuando años atrás se había acordado de su padre que no logró terminar de construir su casa? Sus sombrios pensamientos no la habian engañado. Pero ahora, la Casa Madre ya no estaba ubicada en un cantón paritario y en una ciudad protestante. Además de la seguridad que le daba una región enteramente católica, también la ubicación central de Ingenbohl se prestaba mejor para retiros, tomas de hábito, profesiones y elecciones. Lo mismo, las visitaciones y otros trámites se hacían más fáciles, porque desde el concurrido camino del San Gotardo, Ingenbohl es fácil de alcanzar; más aún, para los numerosos puestos en la Suiza central, la Casa General significaba un punto central. Y, finalmente, Ingenbohl pertenece a la diócesis de Coira. Por un año (1858-1859) los superiores permitieron al P. Teodosio, dejar su cargo de párroco y superior en Coira y lo nombraron vicario en el convento de Schwyz, para que desde alli, pudiera dirigir la construcción de Ingenbohl.

La fuerza de empuje en la Casa Madre misma, era la superiora general, M. Theresia Scherer. Era el alma de la joven congregación. Siempre se mostraba de acuerdo con las enérgicas exigencias del fundador que seguia ampliando sus planes; le seguia también cuando esto le significaba duros sacrificios. Se compenetró totalmente de su profunda convicción, del sentido y valor de los insignificantes asilos de pobres, aun cuando por su inclinación personal habria preferido la enseñanza. Igual que su Hna. Bernarda Heimgartner en Menzingen, a la que le unia un afecto profundo por toda su vida, era una verdadera madre al servicio de los demás. Teodosio, frecuentemente ausente y por largos tiempos, cargaba todo el peso del trabajo y de la responsabilidad sobre sus fuertes hombros. Cuando se reconstruyo y amplió la casa de Ingenbohl y se levantó la primera iglesia, ella con su propia mano trabajaba con pala y martillo, transportaba ripio y piedras, cuidaba de las flores del jardin y de los niños de la casa de huérfanos. Sabia leer en el corazón de las personas, dirigia con energia y discreción la congregación, iba adelante en el difícil camino de la cruz, conservando en todas las pruebas su serenidad e inquebrantable confianza en Dios. Pero se hubiera confundido profundamente, al escuchar lo que sus hermanas y mucha gente cuchicheaban: "¡Madre Theresia es una santa!"

En P. Teodosio, las heridas de la separación cicatrizaban muy lentamente. Para superar su dolor, se lanzaba con mayor ardor en una docena de nuevas empresas audaces. No se conformó con la renovación de la casa de los Nigg. Compró las tierras de alrededor. En verano de 1857, adquirió la vecina fábrica de Camenzind con el terreno correspondiente, para ponerla al servicio de los jóvenes huérfanos y abandonados. Porque en Ingenbohl no sólo estaba levantándose la casa de las hermanas con la iglesia, sino además, un asilo para huerfanos, otro para ancianos, imprenta, pensionado y más tarde un hospital-sanatorio. Todos los sectores de actividad, fundados en Coira, deberían seguir desarrollándose en Ingenbohl. La imprenta, comenzada en el castillo de Ortenstein (Domleschg), se desarrolló gradualmente hasta ser la actual "Theodosius-Druckerei, Paradies AG, Ingenbohl".

Desde 1856 hasta 1860, la superiora general aceptó 30 nuevos puestos de acción. Mientras Teodosio vivia, casi todas eran obras difíciles de profunda transformación. Tratándose de obras recién emprendidas, las hermanas no contaban con la seguridad de algo que ha sido experimentado y probado. El fundador y padre las comprendia,

sufria junto con ellas y las confortaba con su fe auténtica, en el espíritu de entrega abnegada. Cuando tenía que reprender o corregir, su censura iba dirigida al error, pero no a la hermana. Sabia sacar inmediatamente la espina dolorosa de la reprensión con palabras de aliento y comprensión. Las hermanas necesitaban esto último, porque en sus puestos, muchas veces les tocaba cumplir tareas que sobrepasaban sus fuerzas. Ya en los primeros tiempos de Ingenbohl, casi no había sector social en el que las hermanas no estuvieran presentes. Hoy dia esta congregación cuenta con más de 9.000 miembros y 894 comunidades en 14 provincias: Suiza, Suiza francesa, alta Austria, Yugoslavia, Steiermark, Mähren, Baden, Hohenzollern, Tirol-Vorarlberg, Hungria, Baviera, Viena, baja Austria, Checoslovaquia, Italia y América. Trabajan en hospitales, sanatorios y manicomios, de enfermeras ambulantes, en asilos de ancianos, internados para niños, normales y anormales, jardines y guarderias infantiles, escuelas primarias y secundarias, internados para niñas con escuela secundaria y comercial, en escuelas normales, liceos, cursos de idiomas, escuelas de economia doméstica, escuelas de arte e industriales. En tiempos de guerra fueron y son solicitadas como enfermeras de hospital militar. Los ideales pedagógicos y sociales del fundador exigen esta multiplicidad y capacidad de adaptarse.

Pero en aquel tiempo, cuando el centro de Ingenbohl fue levantado por su superior y la primera madre general, aún no se había ampliado y ramificado tanto. A pesar de sus mil ocupaciones, la superiora no olvidó nunca lo central y cultivaba en grado heroico la vida interior y el amor. Sus obras crecian desde una fe profunda y madura. Incansablemente visitaba las fundaciones nuevas en Suiza y en el extranjero. Cuando la congregación se hacía cargo de una nueva obra, ella acompañaba a las hermanas, dándoles valor, alegria y confianza. Igual que el P. Florentini, ella tenia que viajar continuamente y hacerse cargo de diversos asuntos. Tenía tiempo para todos, jamás perdía la paciencia y el dominio de si misma, a pesar de que sufria de una grave artritis y era enferma del higado. Nadie se lo notaba. Esta mujer, grande de estatura y de espiritu, se ganaba el corazón de todos los que tenían contacto con ella. También sabia ser severa. En decisiones de peso se dejaba guiar por el buen tino y con su carácter ecuánime hacía el equilibrio armónico con el temperamento violento e impetuoso de Florentini. A la M. Theresia no le tocó aún sufrir la falta de vocaciones que en la actualidad tienen las congregaciones femeninas. Ya en su tiempo, el Instituto contaba con 270 hermanas y 100 novicias. Hace pocos años atrás, la congregación de Ingenbohl alcanzó su número máximo con más de 10.000 miembros.

Aun cuando el P. Teodosio había logrado el autoabastecimiento de la Casa Madre, a través del huerto, agricultura y una pequeña industria casera, las hermanas tuvieron que salir repetidas veces a recolectar fondos para poder financiar los numerosos puestos. Es que en las casas para pobres, la dirección no podía pedir ningún aporte para la pensión, porque en el siglo pasado no existían subsidios, ni subvenciones de parte del Estado. Pero el que más viajaba era el fundador mismo, al que el problema obrero no dejaba en paz.



Vista aérea del Hospital en Ingenhohl-Comet. Flugaufrahme 8023. Suiza

CAPITULO 18

"Los conventos fueron transformados en fábricas. Hagamos de las fábricas conventos."

(P. Teodosio)

El P. Florentini, altamente dotado, era en todo sentido un hombre práctico, aunque poseia capacidades especulativas. En sus primeros años de sacerdote habia sido llamado a Baden como profesor de filosofía y teología especulativa.

En esa época, este hombre de espíritu abierto, se dedicaba a la física. Manifestó su interés por lo técnico y mecánico, no sólo adquiriendo aparatos para la Física, sino que él mismo también los fabricaba. El maestro de novicios, profesor y superior de Baden, era aficionado a los modelos de invención novedosa.

Para poder transmitir mejor los frutos de la teología a los estudiantes de la orden y al pueblo crevente, se ayudaba de la tipografia y litografia. En una celda del convento de Baden, el y sus hermanos trabajaban febrilmente en una imprenta a mano. El profesor entregaba a sus estudiantes apuntes impresos para el estudio. Es probable que también se imprimian pequeños escritos populares y estampas con oraciones, que fueron pasando de mano en mano entre la gente. Durante su estancia en Altdorf, el capuchino escritor editaba traducciones, revisiones y creaciones propias de escritos educativos para niños y jóvenes. Lo que más se divulgó, fue la reedición de Goffine. Este libro para el hogar cristiano y que no lleva el nombre de su autor, fue corregido por Teodosio y alcanzó en pocos años más de 100 ediciones. A la imprenta y taller de encuadernación, en la casa de huérfanos "Paradies" de Ingenbohl, le suministraba manuscritos propios y ajenos. Desgraciadamente, algunas de sus obras escritas las conocemos sólo de nombre. Otras las escribió en forma anónima, por lo tanto sólo indirectamente se sabe que él es su autor.

En su obra de cuatro tomos "Vida de los santos", Teodosio, con palabras persuasivas recomienda la propagación de la buena lectura. En la parroquia de Coira, instaló una biblioteca amplia y de buena calidad. Creó la Asociación Católica para la difusión de buenos libros. Posteriormente integró este grupo al "Pius-Verein". En el año nuevo de 1865, Florentini se hizo cargo del "Wiener Salon" en Praga. Este taller hacía y vendía cuadros religiosos. El mismo salón hacía también ilustraciones para libros de su imprenta y editorial. La gran distancia geográfica y la dificultad de alcanzar al director por correo, ya que éste solía andar viajando, impidieron un control firme de su parte. Esto llevó a irregularidades y finalmente el cierre de la imprenta.

Donde hubiera alguna necesidad, Teodosio se sentia impulsado a ayudar. El que recorria toda Europa central, dejando en todas partes la impresión de una personalidad extraordinaria, sabia hablar como un Cicerón en los púlpitos, en las reuniones y negociaciones. Pero no se quedaba en el fuego retórico y programaciones teóricas. Iba derecho a la acción, sin retardo ninguno. Era hombre práctico, Tenía comprensión también para las cosas más pequeñas e insignificantes. Poseia una mezcla de bondad de padre y de fuerza varonil v se preocupaba de lo cotidiano en las cosas de sus hermanas; se interesaba por el menú, el orden en los armarios, la limpieza de los delantales y hábitos. Un diario escribió de este reformador famoso que siendo Emperador o Papa, habria abierto un capitulo nuevo en la historia mundial; este mismo hombre práctico podia darse cuenta que un doblez duro y grueso en la camisa de un niñito, tenía que hacerle daño. Pacientemente tomaba el género y la aguja de manos de la inexperta aspirante, para mostrarle cómo hacer una costura fina.

Desde siempre, la orden capuchina se ha distinguido por métodos pastorales prácticos, adaptados a las necesidades de la época, más que por conquistas científicas teóricas e investigación teológica. Su amor al estilo franciscano siempre supo descubrir los puntos delicados del pueblo. Inventiva franciscana, pura y rica, espontánea y siempre joven en su originalidad, ha sabido curar las heridas de la época con el bálsamo de la compasión. ¿Hay que admirarse entonces que el P. Teodosio, discípulo singular de San Francisco,

haya atacado la cuestión obrera, no con tesis e hipótesis, sino como misjonero de la acción concreta?

* * *

Todavia hov, el nombre del P. Teodosio Florentini puede producir controversias. Una de las razones principales de la critica está en el hecho de que el audaz apóstol, por amor a los pobres y trabajadores, se atrevió a meterse hasta en las industrias. Ese amor hasta el extremo, le fue imputado de ligereza, de derroche estafador y de extravio de la vida religiosa. Destino de cada personalidad sobresaliente, el despertar la sospecha de los envidiosos y burgueses, siempre prontos a expiar, a difamar y a condenar. No podía ser distinto en el caso de Teodosio. Una vez, riéndose de si mismo, con ironia y picardia, él se dio el nombre de mendigo dueño de fábricas. Esa expresión llena de humor y contradicción, manifiesta lo extraordinario y problemático de sus empresas audaces. Este hombre valiente, de corazón sincero y sensible, puso manos a la obra, para liberar de su esclavitud a los trabajadores obreros, privados de sus derechos, para conseguir trabajo a los cesantes, para llevar a la Iglesia a tantos hombres alejados de ella y lo hizo a través de una pastoral moderna y eficaz. El P. Teodosio, capuchino fiel a la Regla, permaneció pobre toda su vida y jamás hizo uso personal del dinero que pasaba por sus manos, a veces en grandes y tentadoras sumas. Si alguna vez podia disponer de un poco de dinero, se lo regalaba al primer mendigo que encontraba. Preferia dejarse engañar por pillos y estafadores antes que negar una ayuda. Pero tenía claro lo siguiente: la situación puede mejorarse solamente por medio de una ocupación duradera. Primero escuela, luego ayuda, enseguida un trabajo seguro. Ese era su programa inalterable, al que en virtud de su vocación, talentos, visión y experiencia, no podía renunciar. El tercer campo de actuación que creó su espíritu emprendedor incansable, no era algo extraviado, sino el resultado de un desarrollo lógico. Paulatinamente llevó a la pastoral que produce fuentes de trabajo. Si bien se conocieron intentos similares en el extranjero, para Suiza era un camino totalmente nuevo. Oralmente y por escrito, Florentini repetia:

"La necesidad del tiempo es la voluntad de Dios."

El querer de Dios va mostrando caminos al que sabe

arriesgarse. El capuchino de Müstair fue el iniciador de la reforma social cristiana. Si en aquella época todos los sacerdotes hubiesen reconocido con la misma lucidez, los peligros que amenazaban al proletariado, y hubieran cooperado en las medidas prácticas de ayuda, los cristianos no estariamos hoy a la defensiva contra el comunismo y su lucha de clases y contra el socialismo estatal. Mucho antes que las encíclicas papales dieran directivas para la reforma social, un hijo de campesinos de Graubünden, puso al descubierto, sin miramientos, las llagas de la sociedad y encontró caminos para remediarlos en parte. No siempre tuvo éxito.

"Primero debemos crear condiciones humanas de vida a los proletarios, debemos liberarlos de la inseguridad de la existencia, darles condiciones de trabajo más dignas, y sólo entonces se podrá predicarles el Evangelio. De lo contrario, Iglesia y capitalismo, serán puestos a un mismo nivel y atacados con fuerza y fanatismo."

Así pensaba y actuaba Teodosio. En Coira y sus alrededores introdujo el trabajo casero. La gente pobre de la ciudad y del campo podía ganarse la vida con trabajos en paja, con bordados y haciendo tejidos de algodón y de seda al telar.

Al cabo de un año, funcionaban en diversos pueblos de Graubünden más de 100 telares. No todas las ramas de estas industrias caseras pudieron mantenerse. Pero en tiempos de buena producción eran un gran beneficio para las regiones de montaña, económicamente subdesarrolladas. Importante fue también que Teodosio logró llamar la atención de las autoridades, sobre la necesidad de crear fuentes de trabajo. Se sabe con certeza que Teodosio tuvo una influencia directa en la legislación de Graubünden e indirecta en la de otros cantones. Porque, siendo miembro activo y competente de la comisión cantonal de ayuda a los pobres y de la sociedad para el bien común, tenía que ocuparse de la organización y legislación del sector asistencial del Estado. Para completar todo, nombraremos una vez más el taller de trabajo para niños en Neuägeri, los hogares para jóvenes trabajadores en Rüti, Dietfurt y Fürstenau, lo mismo la pequeña industria "Paradies" de Ingenbohl. Todos ellos fueron intentos serios y realistas, para elevar el nivel social, económico, moral y religioso de la clase obrera. El P. Teodosio no elaboraba sofisticados sistemas

teóricos, sino que iba a la raiz de los problemas y usaba las experiencias anteriores para su solución práctica.

Antes de conocer a fondo su obra industrial, queremos conocer los postulados que él mismo expuso en 1862 en la asamblea general del Pius-Verein, en Solothurn, v con más énfasis aun, en el congreso de los católicos alemanes, en Frankfurt. Especialmente este último discurso pasó a la historia. Delante de grandes personalidades religiosas y civiles, habló como un hombre versado en negocios v especulaciones de la bolsa de comercio, quien conoce todos los trucos financieros. Todo el mundo observaba con gran curiosidad y escuchaba con interés excepcional al original monje descalzo, que desarrollaba ante el público su programa audaz y exponia con modesta objetividad lo ya alcanzado. Repetidas veces fue interrumpido por gritos de aprobación y al final, lo cubrieron de un inmenso aplauso. Los puntos de aquel discurso de Frankfurt fueron los siguientes: La introducción es de orden teológico: la relación de cuerpo y alma del hombre. Entre los no cristianos predomina el pensamiento materialista en cuanto a la cuestión obrera. Para ellos el centro es el dinero y el bienestar material. El orador lleva el problema al nivel religioso y acentúa la importancia de formar asociaciones, puesto que el hombre por naturaleza es un ser social. Y con esto llega al núcleo central de su magnifica exposición.

En todos los tiempos, la Iglesia se ha dedicado a la clase pobre y trabajadora. Episcopados, conventos, congregaciones y laicos, impulsados por el amor, han inventado medios y abierto caminos, para mejorar el bienestar material y espiritual de los creyentes. Pero lo espiritual debe estar por encima de lo material. El P. Teodosio trae un ejemplo conmovedor. Cuando en 1862, fue a dar cuenta al Santo Padre sobre la evolución del Instituto de Ingenbohl, tuvo ocasión de visitar una cárcel de Roma que se distinguía por sus adelantos sociales a favor de los detenidos. El conferenciante describe el funcionamiento del taller, a cargo de religiosas, las posibilidades de ganar y de ahorrar dinero, ofrecidas a los presos de aquella cárcel, mostrando así a sus oyentes, cómo la Iglesia está siempre preocupada de resolver los problemas de actualidad.

Ahora, el orador exige el derecho al trabajo y la creación de fuentes de trabajo a través de gremios y corporaciones. Los trabajadores deben asociarse para construir un orden social más justo. Tienen plenos derechos a sueldos mejores, una existencia asegurada y ahorros, para los tiempos de enfermedad y vejez. Pero la fuerza de empuje debe ser el amor cristiano. Teodosio quisiera alcanzar la creación de cajas de ahorros para trabajadores, bancos de créditos y coopetativas. Para lograr estas metas habría que comprometer también al Estado.

Todo debe hacerse sobre una base cristiana. Este principio no debe ser nunca excluido del trato con los alumnos de escuela, aprendices, socios y maestros de talleres. Pero más que ellos, están amenazados los obreros de fábrica. Reciben sueldos muy bajos, no tienen una profesión, están expuestos a las crisis de la economia nacional, viven solo para el día. En caso de accidentes y enfermedades experimentan toda la inseguridad de su existencia, de manera que el dia que les llegue a faltar el sueldo, pronto se acaban el dinero y las reservas. Se aprovecha del trabajo de los niños por sueldos miserables, tiempos de trabajo excesivamente prolongados y turnos de noche que perjudican su crecimiento normal. Consecuencias de esto: para la formación escolar tan necesaria no queda tiempo. El día que estos jóvenes quieran casarse, les falta lo elemental. Más aún, las instalaciones higiénicas de las fábricas son indescriptibles. El descanso dominical se hace imposible por el trabajo obligatorio en días domingos. Consecuencias: envilecimiento moral y terrible indiferencia religiosa. Los que más sufren de esta situación son las familias. Por eso el trabajador debe buscar él mismo la ayuda necesaria y ahora citamos textualmente el discurso de Frankfurt:

"Entonces, ¿debemos luchar contra las fábricas? ¡No, señores! Las fábricas en si no son pecado, las máquinas no son pecado, sólo necesitan ser usadas y explotadas con espíritu de justicia. Por lo tanto, estimados señores, quisiera decirles: También las fábricas deben asociarse, deben ser motivadas a crear cajas de ahorro, para ir juntando capital. Y con éste pueden lograr un día crear nuevas empresas. ¿Y cómo es posible esto? Permitanme decir lo que es posible en cuanto a las industrias y lo que no es! Además quiero agregar algo de mi propia experiencia. Como ustedes pueden ver, yo soy monje, y justamente de la orden llamada mendicante, es decir, un monje que no posee nada. Sin embargo, el Señor me dio la gracia de levantar tres fábricas, es decir, soy un mendigo dueño de fábricas.

¿Cómo pudo resultar esto? Si me permiten, se lo contaré en pocas palabras.

Se me había ocurrido que las fábricas deberían ser útiles no sólo para llenar los bolsillos de una sola persona. Por lo mismo conversé con un dueño de fábrica y le dije que yo también quería crear una y le pedí que me informara sobre su ganancia. 20 por 100 fue su respuesta. Me pareció aceptable y me dije: perfecto, un 20 por 100 lo sabría aprovechar yo también.

Así comencé a instalar una fábrica, junto a la Casa Madre de las hermanas de Ingenbohl. Fabricamos géneros de algodón; luego agregamos una imprenta y encuadernación. De este modo le damos ocupación a 36 niños, porque la fábrica tiene sólo 30 telares mecánicos. Mi cálculo había sido el siguiente: Ganando el 20 por 100 los 30 telares me producen esta y esta ganancia; con ella entonces puedo mantener tal número de niños. Mi cálculo no estaba mal hecho. Efectivamente podemos sustentar esos 36 niños que además del cuidado material reciben una buena educación. Como los admitimos sólo desde los 12 años, creamos para ellos una escuela dominical. Cada semana, las niñas tienen tiempo disponible para perfeccionarse en costura y tejido; aprenden todo tipo de trabajos domésticos, principalmente la cocina. Permanecen en el establecimiento hasta los 18 ò 20 años, salvo que deseen retirarse antes. Las semanas anteriores a su salida, reciben formación intensa en las labores femeninas. Después, muchas de ellas han sido empleadas en casas particulares y han dado buenos resultados. Hemos tenido niñas que, aparte de pensión y vestuario ahorraban 20 francos mensuales, de manera que al final podían llevarse hasta 300 francos. Estos éxitos me animaron a una segunda empresa. Es que soy de la opinión, mis señores, que a principios de este siglo se abolió una gran cantidad de conventos, como algo totalmente inútil, pero ayer me dijo un señor: "Robles y monjes no se exterminan nunca. Así tendrán que renacer nuevas formas de conventos, las fábricas deben transformarse en conventos". (Aplausos.)

Después de esta viva descripción del orfanato "Paradies", el P. Teodosio cuenta a sus oyentes cómo llegó a la idea de comprar la fábrica en Oberleutensdorf, en Bohemia y cómo las religiosas de Ingenbohl la estaban dirigiendo. A la tercera empresa, la fábrica de papel en Thal (San Galo) sólo la mencionó de paso, hacia el final de su discurso que termina con un llamado a la acción social. Los aplausos pasaron, pero el recuerdo del gran reformador social quedó grabado. Cuando en 1921 se volvió a organizar un congreso de los católicos alemanes en Frankfurt, tanto oradores como revistas y diarios hicieron memoria del capuchino nacido en las rudas montañas de Suiza. Figura y espíritu de este hombre dejaron huellas imborrables.

CAPITULO 19

"De modo que soy un mendigo dueño de fábricas."

(P. Teodosio)

El empobrecimiento en Graubünden se debia en buena parte a la falta de ocupación adecuada. El primer impulso para fomentar la industria casera, salió de la Asociación Suiza para el Bien Común. Aun antes que esa se decidiera a actuar, Teodosio tomó en sus manos la realización de este plan. Por desgracia le faltaron el tiempo, conocimiento en la materia, dinero y libertad de acción. Por lo mismo, ya en 1850, solicitó a la asociación que se hiciera cargo de la obra comenzada. Pero después de cinco años, la sección de Coira tuvo que convencerse de que no bastan el idealismo y la buena voluntad para sostener una industria, sino que sólo empresarios privados, con la necesaria preparación comercial y una excelente posición económica están en condiciones de crear una industria capaz de competir con otras. A pesar de este fracaso, no deja de ser valioso el hecho de que el religioso católico se uniera con protestantes idealistas en una acción social común. El capuchino, decidido siempre, estaba dispuesto a trabajar en común con cualquier persona o institución bien intencionada para poner la producción industrial al servicio de la población indigente.

Viendo la decadencia de la industria casera, el P. Teodosio se lanzó al mundo de las fábricas. La empresa prototipo de esta especie fue el "Establecimiento para la Educación y el Trabajo" en el Gubel, cantón Zug. Estaba dedicado a los niños, ya que justamente ellos sufrían más que nadie las consecuencias del trabajo en las fábricas. Este establecimiento, el único que existía entonces en Suiza, fue fundado en 1854 con la intención de unir en forma armónica el hogar de los pobres con la fábrica, la beneficencia y la ganancia industrial. Las hermanas de Menzingen tenían la dirección del hogar y eran responsables de la escuela, de la educación religiosa y de la alimentación. El dueño de fábrica acomodó para este fin una casa ya existente y puso también el huerto a disposición. Además se comprometió a ocupar los jóvenes en la fábrica de hilados, por un sueldo justo. Claro que con esto no se logró abolir el trabajo de menores, sólo se pudo evitar en lo posible los daños corporales y mentales de estos niños atendidos por hermanas de la Santa Cruz. Además de la educación e instrucción escolar, los jóvenes podían aprender trabajos prácticos en la fábrica, para ser capacitados de ganarse más tarde su sustento. Al comienzo el resultado pareció muy satisfactorio, pero con el tiempo, los sueldos de los niños no alcanzaban a cubrir los rubros de alimentación, vestidos, medicamentos y otros, de manera que se produjo un déficit. Estos niños también fueron obligados a los turnos de noche que en aquel tiempo se usaban en todas partes. Es lógico que en estas condiciones, tuvieran que sufrir la educación y la formación escolar, lo que pronto dio motivo para una odiosa campaña de prensa, a pesar de que al comienzo, muchos diarios y personas de diferente manera de pensar, habían llenado de alabanza a este hombre progresista. Ataques a los dueños de fábrica y dificultades internas del establecimiento, obligaron a cerrarlo en 1863. Del mismo modo, la situación de los hogares fundados posteriormente en Säckingen, Rüti, Dietfurt y Fürstenau, dependian en gran parte de la actitud social, respectivamente antisocial de los dueños de fábrica.

Desgraciadamente, los intereses de Teodosio eran demasiado opuestos a los que tenían los dueños de fábricas. El primero pretendía dar una existencia segura a niños huérfanos, vagos y a personas inválidas. Los otros, por lo contrario, buscaban en estos hogares fuerzas de trabajo baratas y dóciles. Si hoy día, por promoción estatal se integra al proceso del trabajo los impedidos física y mentalmente y a los inválidos de la guerra, en el siglo pasado esta integración no existían en absoluto; por lo mismo Teodosio no podía remitirse a ninguna protección legal. Sin grandes rodeos buscó entonces otro medio, para liberar su obra de las garras de los empresarios, ávidos de enriquecerse. Se hacia esta audaz reflexión:

"¿Tomar yo mismo la dirección de la fábrica? No, im-

posible, por los superiores y la Orden. ¿Colocar a las hermanas? ¡Justo! Ellas, igual que yo, nunca buscarán el provecho comercial. Trabajan por amor a Dios. Ellas harán un trabajo pastoral desinteresado con los obreros y los niños."

Se ve que el capuchino pretendía formar un tipo de empresario nuevo y totalmente cristiano y cada vez aparecia más clara su tendencia a cristianizar desde sus bases al sector industrial. En sus hogares para jóvenes trabajadores no encontró un camino que respondiera a su concepto de reforma. Pero no por eso, renunció a la meta y dio un paso nuevo en la búsqueda de una solución práctica de la cuestión obrera. Las hermanas transformaron la antigua fábrica de los Camenzind en una pequeña empresa que daba techo, comida, educación y trabajo a huérfanos de los alrededores de la Casa Madre. Con palabras y hechos, el P. Teodosio tenía que dar ánimo a sus hermanas que realizaban día a dia, un trabajo muy pesado en la dirección de la fábrica y la educación de los niños. Pero el rendimiento y las posibilidades de venta eran demasiado pocas para poder concurrir con las grandes fábricas.

La fábrica de los Camenzind, en Ingenbohl, había sido comprada por una suma demasiado elevada y un gran empresario de Zürich, habia instalado las maquinarias por un precio excesivo; además, la insuficiente fuerza hidráulica impedia la ampliación de la empresa. Por todos estos inconvenientes, en 1867, dos años después de la muerte del P. Teodosio, tuvo que ser vendida. Sin embargo, los grandes esfuerzos de las hermanas, no habían sido en vano. porque los huérfanos siguieron bajo el cuidado de las hermanas. El P. Teodosio había buscado con honradez y sacrificándose hasta el extremo, una solución satisfactoria, pero no logró ser duradera. No podemos juzgar con desprecio estos fracasos. Los pioneros siempre nos abren caminos entre matorrales y cardos. Ellos luchan en la delantera, incansablemente, se van a pique con la bandera en alto, mientras que los que les siguen después, suelen conseguir la victoria. Admitimos que Teodosio había hecho mal los cálculos en todas sus empresas de fábrica, pero no por ligereza irresponsable, sino por su amor universal, su idealismo incurable y su innata credulidad. Otros abusaron de estas cualidades con sus cálculos frios, pero él, aun en contra de los golpes del destino, queria renovarlo todo en Cristo. También las fábricas. Su motivación era el amor. Lo que cuenta y permanece, es sólo el amor.

* * *

En 1859, viajaron seis hermanas de la Santa Cruz a Bohemia, para recolectar ahí y en el imperio austríaco fondos para sus obras sociales. Fueron recibidas con grandes muestras de cordialidad, lo que motivó a la Superiora General a fundar, en agradecimiento, una comunidad en Austria. Cuando también Bohemia solicitó hermanas de Ingenbohl, P. Teodosio prometió a la superiora general, ubicar vocaciones en el mismo lugar, durante su próximo viaje. En invierno de 1859-1860, viajó por encargo del obispo a Viena, para arreglar en la corte del emperador el asunto del claustro benedictino de Müstair, cuyos bienes en Vintschgau habían sido confiscados sin indemnización en 1803. Por su gran prestigio, el vicario general de Coira, logró solucionar este asunto que estaba pendiente hacía muchos años. Simultáneamente estudió la posibilidad de crear una comunidad de hermanas en Austria. Como en aquel tiempo, Teodosio estaba muy ocupado con la cuestión obrera, exponia en todas sus visitas oficiales y privadas su reciente idea de reformar las fábricas de acuerdo a los principios cristianos. El grandioso y novedoso plan encontró partidarios entusiastas entre nobles, académicos, obispos y sacerdotes, quienes prometieron su activa colaboración. En una de estas entrevistas, alguien llamó la atención sobre una fábrica de géneros cerca de Teplitz en Bohemia que estaba paralizada. Ya en aquel tiempo los Erzgebirge (montes metálicos) ricos en minerales, eran una rica fuente de producción para la región. Para Florentini fue una oferta muy oportuna. Antes de aceptar, viajó a Hungria, Bohemia y Baviera, para ganar simpatias y conseguir promesas de ayuda en favor de este osado intento, lo que efectivamente le resultó. Quería que la empresa tuviera su apoyo seguro en una asociación. Pero, entonces recibió una carta del párroco del lugar, Franz Habel, escrita el 17 de marzo de 1860. El sacerdote hacía una descripción exageradamente positiva de la fábrica, la cual había tenido que paralizarse dos veces por su incapacidad de concurrir con otras, y pedia con insistencia que Teodosio efectuara inmediatamente la compra, de lo contrario caería en manos

judías. Teodosio titubeaba. No tenía dinero. Las veces que disponía de un poco, no duraba más de un día en su bolsillo. El párroco Habel, ingenuamente se imaginaba que el pobre capuchino podría hacer milagros y no lo dejó en paz. Le mandó un telegrama: "Cómprela. Es urgente". Desde Innsbruck, donde se encontraba Teodosio, le contestó: "¡Cómprela usted!".

Confiado, Habel firmó el contrato de compra con la autorización expresa de su obispo. Habel había trabajado de tejedor antes de ser sacerdote y se esperaba un milagro del talento organizador del genial capuchino suizo con sus famosas religiosas, a las que pensaba entregar la dirección de la fábrica. Teodosio tenía la inteligencia suficiente, para exigir la formación de un consorcio, para que así la responsabilidad no recayera sobre él sólo. Con este fin buscó socios bien intencionados. Pero el entusiasmado párroco no estaba de acuerdo con esto, porque temía intereses creados de parte de los socios. Por deseo del obispo, Habel quedó provisionalmente como único propietario. Su confianza en si mismo había crecido de tal manera, que creyó poder prescindir de un gerente. Con vehemencia invirtió todas sus fuerzas en arreglar los viejos telares oxidados y él mismo dirigió la reparación de las máquinas y del edificio. En su gran celo, condujo la procesión de Corpus Christi alrededor de la fábrica. Todo el mundo lloraba de emoción. Pero la deuda de la compra no estaba arreglada.

¿Cómo podría lograr el P. Teodosio el consentimiento de la superiora general? Ella se mostró muy reservada. Una tarde, cuando la Hna. Theresia llegaba a Ingenbohl, cansada de dos semanas de visitación, encontró entre el montón de correspondencia y cuentas, una carta de Innsbruck, en la cual el superior le pedía en forma categórica 4 hermanas especialmente eficientes y enérgicas para la fábrica en Bohemia. La valiente superiora se tomó la cabeza con las manos y se quedó pensando:

"Las fábricas son criaderos de enfermedades e inmoralidad. ¿Mis frágiles hermanas deben poner orden allí? Me pide colaboradoras fuertes, porque allá lejos tendrán que hacer todo solas. Además deberían tener buenos conocimientos en lo económico. ¡Es pedir demasiado!" La preocupación hizo aparecer una gran arruga en la frente. "Todas las hermanas ya están comprometidas con un trabajo. ¿A quién puedo liberar para esta tarea excepcional? ¡De ninguna manera las novicias que no han terminado su formación! ¿Qué voy a contestar? El superior legítimo me pregunta y espera que pronto le dé una respuesta afirmativa. Si me opongo se pondrá impaciente y tal vez montará en cólera. Y además, ¿de dónde saca tanto dinero para comprar la fábrica? No se la darán gratis. Y sin embargo, mucha gente cree que nuestro fundador en un santiamén puede sacar millones del aire. Las deudas de la ampliación de la Casa Madre, ya están devorando sumas muy altas."

Para confirmar sus dudas, la Hna. Theresia se puso a hojear su diario. La carta que escribió enseguida al impetuoso e insistente superior, resultó muy larga. Al final le agregó estas palabras de disculpa:

"No dude de mi buena voluntad. Sólo la preocupación por la congregación me llevó a responder así. Espero verlo pronto por aquí."

A los pocos días apareció en la puerta del convento la figura gigantesca del superior. Madre Theresia se mantenía erguida delante del capuchino, que con sus talentos sobresalientes y con su fuerza invencible se había ganado el aprecio de todos los sectores. Entre amigos y enemigos, su reciente programa social había causado sincera admiración. Este hombre de espíritu y acción gigante estaba ahora solicitando la ayuda de una mujer:

"Me es imposible sacar esto adelante solo. A lo sumo puedo organizarlo. ¿Tendrá que fracasar el plan por sus dudas? Admito que sus argumentos, en parte son fundados. Se dice de usted que es una mujer fuerte, sin miedo. Entonces..."

"No temo el esfuerzo ni el trabajo. Pero, ¿cómo voy a debilitar obras consolidadas por aceptar otra nueva? ¿Quién garantiza el rendimiento de la fábrica? ¿Acaso los que están deseosos de venderla? No goza de la confianza de los grandes industriales, porque ya dos veces ha hecho bancarrota. ¡Y Bohemia está tan lejos! Se escapará a nuestro control. En los últimos años hemos contraido demasiados compromisos. Déjeme cumplir éstos primeros!"

"Los interesados sólo quieren crear una empresa basada en los principios cristianos. ¿Cómo podemos dejarlos solos en este apuro? Pronto será demasiado tarde. ¿Puede cargar usted con esta responsabilidad?"

"Los religiosos no somos peritos en lo económico, y perdóneme, esto me parece una aventura."

"Otros dicen lo mismo. No es que pretenda experimentar y menos, especular como un hombre de finanzas, sólo quiero ayudar a los trabajadores —contestó el padre con mirada fulminante—. Su resistencia me extraña."

Madre Theresia apretó con mano firme su crucifijo, mientras lentamente y contra su convicción decia:

"Usted como superior puede ordenar. Yo obedeceré."

El hombre barbudo y fuerte como un roble percibió la aflicción interior de la religiosa. El tono de su fuerte voz se volvió suave y casi tierno:

"¿Me puede dar hermanas?"

"Usted ya adquirió y construyó muchas cosas sin un centavo. Pienso en el hospital de Coira, la Casa Madre, el colegio de Schwyz. Pero no debemos dejarnos deslumbrar de estos éxitos grandiosos. El asunto con la fábrica en Bohemia terminará mal. ¡Dios mio, quisiera ahorrar esto a mis hermanas!"

El superior no podía menos que admirar el valor de esta mujer. No quería obligarla contra su conciencia. Por eso le pidió suplicante:

"Yo le he confiado tantas cosas mucho más difíciles y nunca me ha dejado solo. Hágalo una vez más y será premiada. La Iglesia no puede quedar atrás en la solución de la cuestión obrera. La necesidad del tiempo pone de manifiesto la voluntad de Dios. Usted conoce el lema."

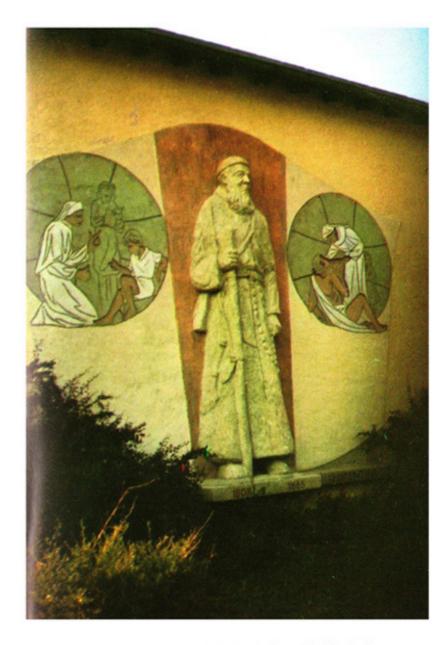
El sacerdote había apelado a su corazón maternal y dispuesto al servicio. La hermana Theresia dejó la decisión en manos de su superior. Con paso erguido empezó con sus hermanas el camino de la Cruz. Un día, en Coira, ella había prometido expresamente al capuchino, ayudarle en la realización de sus planes para el Reino de Dios.

La fábrica estaba comprada. No con dinero, sino con la promesa de un apretón de manos. El párroco Habel, obstinadamente creía que el suizo famoso, haría aparecer milagrosamente los millones. Con impaciencia importunaba al P. Teodosio que le mandara sin falta el dinero, para no tener que anular el contrato de compra, hecho de palabra. Florentini se acordó de la indemnización que por su intervención en la corte de Viena, le había conseguido al claustro de Müstair, y pidió un préstamo de estos fondos, por lo que el hospital de Coira quedó cargado con la hipoteca correspondiente. Aún no había resultado la fundación de un consorcio con peritos técnicos y comerciales. Teodosio con

su espíritu social no había contado bastante con el egoísmo humano. Y cuando las hermanas llegaron a Oberleutensdorf, a fines de agosto de 1860, no le quedó otra cosa que encargarles a ellas la dirección técnica de la empresa. En un principio, él quería darles sólo el cargo de jefes del personal, ya que en el sector textil, trabajaban principalmente mujeres y jóvenes.

De este modo, las hermanas de Ingenbohl, deberian haber reemplazado a un gerente de fábrica, duro y calculador. Buscando un gerente, el P. Teodosio, intencionalmente, ofrecia un sueldo bajo, para favorecer las inversiones en lo social. Esto suponia candidatos con idealismo. Porque las empresas privadas siempre han pagado mejor a los buenos profesionales. En estas condiciones, sólo personas ineptas se presentaron en Oberleuntensdorf, para el cargo de gerente. Pero uno tras otro tuvieron que ser despedidos. Y los continuos esfuerzos por conseguir un laico que dirigiera la empresa, produjo gastos innecesarios a la fábrica. Desgraciadamente, no se pudo encontrar ninguna persona con el espíritu de Teodosio, dispuesta a los mismos sacrificios a favor de la reforma social. Pero antes de comprar la fábrica, Teodosio había sido nombrado vicario general de Coira. Lógicamente, al hacerse cargo de este difícil puesto, la obra en la lejana Bohemia tenia que sufrir. A fines del año 1860, el párroco Habel pidió la renuncia a su "cargo artificial de dueño de la fábrica", porque ya no se sentía capaz de llevar esta responsabilidad. Así les tocó a las hermanas cargar con todo este peso. Estaban en un callejón sin salida y realizaban un trabajo que llegaba a los limites de su fuerza.

Pero otras razones más, contribuyeron al desenlace fatal. Faltaba una planificación amplia, sistemática y profunda y el capital no era suficiente. Se compraba lana barata y de mala calidad o se tenía que adquirir lana a precios exagerados de empresarios rivales, que no podían mirar sin envidia a la fábrica modelo. También de parte de religiosos y prelados terratenientes, se había esperado el suministro de materia prima a precios bajos, pero esa ayuda no llegó nunca, a pesar de que miembros de la nobleza y prelados, manifestaban un vivo interés por el programa y la obra de Teodosio, visitando la fábrica y firmando actas en forma provisoria y haciendo donaciones. Mucho más allá de las fronteras de Bohemia, la fábrica de Teodosio llegó a ser



Müstair: Monumento dedicado al Padre Teodosio. A los lados las dos Congregaciones fundadas por él.

tema de la conversación del día. Emperador y emperatriz, abades y obispos pertenecían a los bienhechores. Hasta dueños de fábricas visitaban la empresa ejemplar. A pesar de todas las ayudas, ya en el primer año, la venta se hizo muy difícil. Las hermanas mismas tenían que salir a viajes de negocios y Teodosio intentó fomentar la salida del producto textil, fundando en Suiza una representación general y varios depósitos pequeños. Conventos y seminarios se contaban entre los mejores compradores de los géneros.

Aun cuando el dinámico y emprendedor religioso, se había familiarizado con admirable rapidez con el complejo aparato económico de la empresa, sin embargo le faltaban los conocimientos y trucos de expertos, sin los cuales, es imposible mantenerse en la competencia económica. Bancos y personas privadas empezaron a mostrar cada vez menos interés en prestarles capital, ya que, a causa de los gastos sociales, la parte de beneficios se calculaba más baja de lo corriente y la ganancia se reducía, por tener que ser repartida entre capital y trabajo.

También influyó el hecho de que los obreros de otras fábricas se remitían al ejemplo de Oberleutensdorf, para exigir a sus patrones mayor justicia social. En 1862, finalmente, lograron que un banco de Coira les diera fianza por una suma de 5.000 Gulden, que se podrían cobrar en Viena. El 14 de agosto del mismo año, el P. Teodosio envió a la Casa Madre la siguiente carta, redactada en el tren:

"De no encontrar otra solución, tendremos que volver al punto de vista antiguo, despedir obreros y producir sólo a pedido fijo."

El capuchino pareció haberse dado cuenta del considerable déficit. A pesar de su indestructible optimismo, poseia suficiente realismo. Y por razones prácticas se incorporó a la sociedad anónima de la fábrica de papel en Thal (San Galo), para dar así un apoyo financiero a la producción textil de Oberleutensdorf. De esa época data su discurso en el Congreso de los Católicos alemanes en Frankfurt. En él describió su experimento industrial y al escuchar sus argumentos, se podía suponer una marcha satisfactoria de los negocios. Pero el conferenciante también mencionaba las luchas, esfuerzos y preocupaciones. Cuando habla de éxito, sólo se referia a la ganancia bruta, de la cual había que descontar todavía sumas considerables. ¿Se había atrevido a una obra demasiado grande?

Con el año 1864, la situación se hizo totalmente insostenible. En los meses de verano, Florentini permanecia con frecuencia en Bohemia, para examinar y calcular hasta el detalle la situación de la empresa. Para hacer nuevos contactos, viajo por Alemania y Austria, llegando finalmente a Bruselas. Sucesivamente queria ir adquiriendo maquinas modernas, para que en Oberleutensdorf se pudiera trabajar dia y noche, a pesar de que en un principio habia condenado el trabajo nocturno, por razones sociales. Pero las leves del mercado económico fueron más fuertes que todo su idealismo. El hombre acosado, que llevaba en sus viajes las grandes preocupaciones de la gente humilde, ordenó por carta que fabricaran más hilo de lana cardada, porque esto exigia menos trabajo y era más fácil de producir. La lucha por la subsistencia le obligó a reorganizar la empresa. En Aachen procuró nuevamente encontrar un gerente eficiente para su fábrica. El año nuevo de 1865, predicó en la iglesia parroquial de Oberleutensdor. Pero luego, sus preocupaciones volvieron a obligarlo a emprender viajes por tren y en diligencia. El eterno andariego escribia lleno de confianza:

"Dentro de medio año podré juntar por lo menos 200.000 Gulden. Me esfuerzo y no me cansaré hasta arreglarlo todo. Hoy viajo a Linz, luego al Tirol y por fin, volveré acá para seguir después a Praga, Sachsen y Berlín, donde me irá muy bien."

Varias personas le aconsejaron vender la fábrica, pero él no queria librarse cobardemente de sus preocupaciones aplastantes. La fábrica había llegado a ser su gran pasión y quería llevar adelante, contra viento y marea, su decisivo intento de reforma social. Consumió sus últimas fuerzas y exigió lo mismo de sus colaboradoras, las hermanas de Ingenbohl. Madre Theresia temia por el padre de la congregación quien, por sus numerosas empresas ponia al Instituto en apuros financieros. El asilo de Papspels y el hospital de Coira estaban a punto de pasar a manos de los acreedores, a causa de las hipotecas sin pagar. En su afficción, la superiora general se dirigió al obispo diocesano, ya que sus cartas rara vez alcanzaban al superior, y por lo mismo quedaban sin respuesta. El aparecia por aqui, por allá, pero nunca en un lugar determinado. El obispo, Nicolás Florentini, indujo a su primo a hacer un informe completo de la situación económica de todas sus empresas. El balance mostró un déficit de 80.450 francos. Pero éste podía ser cubierto por las pólizas de seguro. En diciembre de 1864, el vicario general ordenó todos los documentos. En dos días estaba terminado el trabajo. Porque sus hermanas habían llevado una contabilidad concienzuda.

Luego salió para Bohemia. Sólo el 21 de enero de 1865, recibió M. Theresia las noticias tan esperadas. Eran tres cartas desde Praga y una de Viena. El 3 de febrero, la última señal de vida desde Bonzen. Después de su permanencia en Linz, el capuchino de pelo blanco y envejecido prematuramente, pasó por la casa del obispo de Brixen, para entablar relaciones de negocios. Cuando, en el mismo lugar, hizo una breve visita a una familia amiga, la dueña de casa se asustó del mal aspecto del vicario general, tan lleno de preocupaciones, al que no había visto durante mucho tiempo. Le dijo:

"Padre, usted está enfermo. Debe ir a la cama, en lugar de tomar el tren expreso."

El superior tenía que estar en San Galo dentro de tres días. Estaba muy apurado.

* * *

¿Estaba realmente al borde de la ruina? ¿Sus intentos de reforma social no habían dado frutos en ninguna parte? ¿Era su idea una ilusión sin sentido?

"Volver al punto de vista antiguo, despedir obreros y trabajar sólo a pedido fijo." ¿Cómo podía el colérico inflexible y de fuerte voluntad, acostumbrado al éxito, humillarse tanto y apartarse de sus principios? Miremos los aspectos positivos de este fracaso, que pueden enseñar algo a la posteridad. Aquellas palabras llenas de contenido, escritas con mano temblorosa, de noche en un compartimento, sacudido por el movimiento del tren, no están desprovistas de tragedia, pero son sinceras y honrosas, palabras de un triunfador vencido.

¿Por qué el P. Teodosio no hizo su experimento industrial en Suiza? Ciertamente, una serie de casualidades le indicaron la fábrica paralizada de Oberleutensdorf, la cual, fundada en 1715, por el conde Johann Josef von Waldstein, había cambiado dos veces de propietario y tuvo que ser cerrada otras dos veces, por no poder concurrir con otras fábricas. Una de esas casualidades fue el viaje de recolec-

ción que seis hermanas habían emprendido por Bohemia. Pero Teodosio tenía también razones de precaución para ubicar la empresa en el extranjero. Madre Theresia se resistia desde el principio a hacerse cargo de una fábrica, porque consideraba que no era apropiado para religiosos. Entonces el P. Teodosio actuó por su propia cuenta. Por su fuerte temperamento colérico estaba seguro de actuar en base a su conciencia y en ningún momento le pareció ir en contra de la regla, ya que él como fundador de la congregación era el creador soberano de las Constituciones y superior legítimo del Instituto. Se trata de dificultades semejantes a las que provocaron la separación de Menzingen.

Desde esta actitud, la situación estaba poco clara, especialmente para la posterior liquidación de la fábrica. Debemos tomar en cuenta, además, que cuando Teodosio hizo los trámites de compra, disponía de un poder del obispo para reorganizar la congregación de las hermanas. Por ese motivo, simplemente se desentendió de los reparos de la superiora general y autoritariamente ordenó a la Hna. Alexandrina Krotz, superiora local en Bohemia, de firmar el contrato de compra. La empresa llevaba oficialmente el nombre A. Krotz, a pesar de que, según la inscripción en el registro, había sido adquirida por la congregación.

Pero, hablemos, por fin, del éxito en lo social y ético. Las hermanas, suaves y bondadosas, no tuvieron una actitud autoritaria, propia de los patrones y capataces. Su padre las exhortaba siempre de nuevo a ser humildes y serviciales. Realmente supieron crear un clima auténticamente humano y cristiano. Obreros, pobladores y clero sentían un gran cariño hacia esas verdaderas madres de la fábrica. Con una breve oración se solía iniciar y concluir la jornada de trabajo en los talleres. Se exigia a los obreros un comportamiento irreprochable en lo moral y religioso. Desde este punto de vista, la fábrica fue un modelo singular. Estaba bajo la vigilancia del obispo de Leitmeritz. Y las concesiones sociales que Teodosio se había previsto. Poco antes de comprar la fábrica, en primavera de 1860, estaba elaborado un programa muy esclarecedor para la historia de la organización de las fábricas. En la introducción del proyecto están las frases típicas: "Para conseguir ocupación y salario a los más necesitados de esta región, queremos volver a hacer funcionar la fábrica de Oberleutensdorf. Deseamos preocuparnos no sólo por sus necesidades materiales, sino también de la satisfacción de sus aspiraciones espirituales y obtener, a la vez, medios para promover una buena educación cristiana de la juventud".

Los responsables, con acierto, pensaban realizar sólo en forma paulatina esta reforma social. Había que asegurar primero el rendimiento económico. Sólo se intentaron aquellos progresos que parecian posibles en las condiciones dadas. Un máximo de 11 horas de trabajo. Ningún turno de noche. Todo esto era más que soportable en comparación con otras fábricas. Y sobre todo, un trato más justo y humano. Si bien la fábrica no gozó del prestigio de los grandes industriales, si que tenía buena fama entre los obreros y bienhechores de la politica social. Es cierto que los sueldos eran bajos, de acuerdo a las costumbres de entonces, pero se tenía la firme voluntad de aumentarlos, en cuanto lo permitiese la producción. Incluso se pensaba darles participación en los beneficios, pero por el bajo rendimiento, no se pudo realizar este proyecto. La empresa tenia demasiados gastos en reparaciones, adquisición de repuestos para las máquinas hiladoras de algodón, tejedoras, bataneras, frisadoras, tintoreras y prensadoras. Especialmente, las reparaciones de las máquinas a vapor de alta presión, causaban muchos gastos. Los compradores no se habían fijado bastante en la proporción de estas insuficiencias. Pero a pesar de esta situación desfavorable, no se quiso tardar más, con la puesta en marcha de las obras sociales. El P. Teodosio y la M. Theresia confiaban en el apoyo de las autoridades eclesiásticas y civiles, y en parte les fue dado. En conexión con la fábrica querían levantar las siguientes casas:

- Un hospital para empleados domésticos, jóvenes artesanos, aprendices, trabajadores y otros enfermos sin recursos. No se haria diferencia ninguna de confesión, edad o sexo.
- Un hogar para huérfanos que debían encontrar en la fábrica un trabajo y remuneración apropiados. Las hermanas debían recibir también niños pobres, abandonados e incluso, imposibilitados para el trabajo.
- En una pequeña guardería se atendería a los niños pequeños durante el dia o totalmente internos.
- Para Pascua se abriría un pensionado para niñas de familias acomodadas. Un prospecto especial daría a conocer la escuela e internado.

 Hermanas enfermeras ambulantes atenderían los enfermos a domicilio.

El 21 de enero de 1861, se inauguró el hospital. La caja de seguros contra enfermedades de la fábrica financiaba los medicamentos, mientras que los demás pacientes tenían que costearlos ellos mismos o recurrir a la comuna. En 1862, se abrieron las puertas del pensionado para niñas y en noviembre del año siguiente, se comenzaron a recibir huérfanos. Hermanas profesoras dirigían la escuela del pueblo, vivían en la fábrica, eran remuneradas por la dirección de la empresa. Estos sueldos, por más pequeños que fueran, y los gastos adicionales en hospital, orfanato y otros, hacían disminuir mucho la ganancia neta. Las empresas rivales, no tenían estos gastos.

¿No llama la atención que en torno a la fábrica había especialmente obras de tipo caritativo? Los postulados sociales quedaron más en segundo plano. Esto se debió a la actitud de rechazo que tenía M. Theresia frente a las fábricas. Incluso presionó a Teodosio, para que vendiera las máquinas y pusiera el local a disposición de obras caritativas. Ella firmó el programa social, pero nunca los contratos comerciales en relación con la fábrica de Oberleutensdorf. De todas maneras, las instituciones de beneficencia estaban al servicio de la comunidad y no de un empresario particular que sólo buscaba su provecho.

Audaz como era, Florentini tuvo que confrontarse seriamente con sus fracasos en Oberleutensdorf y arriesgar un nuevo intento. El capuchino, por lo demás tan acertado, había comprendido que la producción moderna se basa en leyes propias, no fácilmente accesibles al no entendido y que nadie puede desconocer impunemente.

Otro hecho que tuvo que reconocer: los religiosos e instancias eclesiásticas, si quieren participar directamente en la reforma social de la época industrial, deben reconocer determinados límites. Si bien era justificado confiar en el sentido comunitario y el heroísmo cristiano, sin embargo no se podía forzar la disposición de ayuda que tenían el clero y los creyentes. Las medidas en su política social, en si adecuadas, pero aún inusitadas e incomprendidas, hacian dudar del modo de conseguir capital, de la venta y de la colocación de los directores. Por lo visto, el P. Teodosio no había sido capaz, él solo y con una empresa única, de re-

solver a fondo la cuestión social. También en este campo, sus logros admirables, quedaron en un duro e ingrato trabajo pionero.

* * *

El P. Teodosio buscaba un respaldo financiero para Oberleutensdorf, pero igualmente intentó cristianizar otra fábrica más. En el cantón de San Galo, se presentó una oportunidad favorable. Pero en su intervención en la fábrica de papel de Thal, evitó los errores que habían sido fatales en Bohemia. En el esbozo de los estatutos, para la sociedad anónima de Thal, se tuvo expresamente en cuenta los intereses de los dueños del capital, mientras que el programa de Oberleutensdorf, sólo mencionaba a la población indigente a la que se pretendía conseguir trabajo y pan. Para evitar la rivalidad destructora, buscó un producto sin competencia. En Hungría había visto una fábrica que producia papel de la barata paja de maiz. Habiendo suficiente cultivo de maiz en el valle del Rhin y alrededor del lago de Constanza, este procedimiento ofrecia un futuro prometedor. En Thal, Teodosio renunció conscientemente a los progresos sociales en cuanto a la legislación de la fábrica. La empresa debía ser dirigida por expertos y no por religiosos. Representantes de la Iglesia, podrían ser considerados a lo sumo como accionistas. Efectivamente había prelados en la sociedad anónima, entre ellos, el capuchino y "capitalista" Florentini, como vicario general de Coira. Por lo demás, el consejo de administración y la sociedad anónima, estaba compuesto por laicos. La mayoría de ellos eran austriacos e italianos que parecian tener más confianza en Teodosio que sus propios compatriotas. Esta vez, Teodosio se sometió a las leves de la economía privada. Lo único novedoso en su programa era la destinación de parte de la ganancia, para fines sociales.

El primero en iniciar esta rama de industria, fue el conde Lippe de Austria quien, en 1860, quiso introducir la fabricación de papel en el cantón de San Galo, pero sin éxito. Sin embargo, no se había dado por vencido totalmente. El P. Teodosio se puso en contacto con él. Y éste, por sus muchos viajes, tenía relaciones con personas influyentes y se comprometió a conseguir accionistas de gran capital. Uno de ellos, de nombre Heinrich Federer, empezó a actuar en primer plano. Con él, Florentini corrigió los estatutos, en los cuales no aparece él como fundador, sino el empresario Federer. El contrato legal se hizo el 1 de octubre de 1862.

En la revisión comercial y técnica, de los estatutos, el filântropo Florentini no pudo imponer su plan de acción social, porque el empresario Federer, no tenia ideas humanitarias, sino una actitud de realismo drástico y materialista. A este hombre de mundo le faltaba una interpretación más profunda y religiosa del mundo. En la redacción definitiva, incluso se hacía hincapié que cualquier posible excedente, después de pagadas las amortizaciones y los intereses, debía repartirse enteramente entre los accionistas. Nadie escuchó al sacerdote, y este tuvo que renunciar a esta última y minima exigencia social de su programa, ¡Una dura decepción para el amigo de los trabajadores! Perdió su interés vital en la sociedad anónima y la fábrica de papel apenas dos años después de su fundación, se retiró de ella sin escrúpulos. Como capuchino era hijo del poverello de Asis. Ni codicia ni ambición lo habían llevado a fundar una empresa, sólo la preocupación por los hombres. Ahora que ya no veia posibilidades de hacer algo en esta linea, pudo sacudir făcilmente la carga inútil.

Teodosio vivió en una época de transición, difícil de penetrar y definir a fondo. Una época estaba acabándose y otra nueva aparecía lentamente en el horizonte. El cristianismo siempre se ha manifestado por su fuerza viva, no sólo en palabras. El P. Teodosio había dado el testimonio del espíritu y de la fuerza. Hechos son más elocuentes que palabras. Si la grandeza consiste en lo que somos, entonces Teodosio era un hombre de acción fecunda para el Reino de Dios y ni la critica mezquina, ni la envidia logran empequeñecerlo. En sus gigantescas acciones sociales, el capuchino, que nunca disponía de un centavo para él mismo, contaba con la Providencia de Dios. Ya no puede existir confianza en Dios más extrema que la que el gran hijo del pequeño valle de Müstair manifestó en su prontitud para tan grandes planes y obras. Pocos cristianos han sido capaces de tal fuerza de decisión.

El esfuerzo bien intencionado de cristianizar el sector de las fábricas, había resultado un desastre, para los que sólo ven lo externo y superficial. Comparando con Oberleutensdorf, en Thal no se logró absolutamente nada en el aspecto social. En el congreso de Frankfurt, donde Teodosio describió ampliamente la empresa de Bohemia, mientras que sólo mencionó brevemente la fábrica de Thal, expresó el total cambio de sus metas prácticas. Por consiguiente, llamó a los trabajadores a asociarse en cooperativas de producción, para hacer posible un banco popular. Aspiraba a una repartición más justa de los beneficios entre el capital y la fuerza de trabajo. Estaba convencido de que capital y trabajo tenían que ejercer una función social. A pesar de todos los fracasos en el campo de la política social, estaba resuelto a aventurarse a la fundación de una cooperativa de producción. Desgraciadamente no alcanzó a realizar este plan.

Una conducta demasiado segura de sí misma suele ser sólo una fachada. El fabricante Federer con su actitud triunfante, se mostró incapaz de la dirección técnica de la empresa. En la asamblea general del 4 de enero de 1864, uno de los principales accionistas, exigió la renuncia de Federer. Por mal cálculo de la fuerza hidráulica, se tuvieron que cambiar todas las máquinas. Reparaciones larguísimas y costosas, en vez de una marcha rentable de la empresa. Nunca se logró la proyectada producción de papel de hojas de maíz. Incluso se vieron obligados a organizar recolecciones de trapos, para la fabricación de papel y cartón.

Al retirarse Florentini, dejó todas sus acciones. Sólo el 11 de febrero de 1865, legalizó su salida. Tres días después ya habría sido demasiado tarde.

CAPITULO 20

"No dejaremos hacer bancarrota a nuestro fundador difunto."

(Madre M. Theresia Scherer)

El hombre popular muy discutido, venerado y perseguido a la vez, que como monje mendicante y dueño de fábrica, disponía de los billetes como si fueran estampas religiosas, no poseía por naturaleza una salud vigorosa. A pesar de ser un montañés de pura cepa, necesitaba cuidarse por tiempos, a causa del excesivo trabajo físico y mental. En el mes de octubre de 1858, estuvo enfermo en la Casa Madre de Ingenbohl y en gran peligro de muerte. Gracias al cuidado solicito de las hermanas y a sus oraciones fervorosas, recuperó nuevamente la salud. Las recomendaciones de darse más cuidado y descanso fueron sólo un estimulo para trabajar el doble. Resueltamente le sacó el jugo a su vida, entregándose enteramente a lo que él se sentía llamado. Su energía psíquica rayaba en lo increíble.

En sus operaciones financieras hacía los cálculos con números de seis cifras. El dinero sucio no pudo manchar su alma transparente. Cuanto más mezclado se veia entre los negocios de este mundo, tanto más probada se hacia su fidelidad religiosa. Si por amor a la Iglesia se arriesgó en aventuras realmente peligrosas, estaba siguiendo las huellas de otros capuchinos populares, que en su rectitud y sencillez franciscana siempre habían captado las necesidades del pueblo, adaptando su pastoral a las circunstancias dadas. Por ejemplo, los capuchinos de Paris, hasta la Revolución, tenían la única compañía de bomberos de la ciudad. En épocas de peste, los capuchinos organizaban la atención a los enfermos y enterraban a los difuntos. En tiempos de hambre, los capuchinos italianos crearon los llamados Monti Frumentari, es decir, casas comunales para guardar cereales, donde los campesinos podían comprar semilla

barata. Los franciscanos fundaron los Monti di Pietá, establecimientos de préstamos sin interés para los pobres. Todos asuntos seculares con orientación pastoral. El P. Teodosio de Müstair, escogió medios similares. Pero en ello agotó totalmente sus fuerzas. No cuidó jamás su salud. Por amor a Dios y a los hombres lo arriesgó todo hasta el extremo. Su oración y entrega lo mantenía en la presencia de Dios. También en el tren, especialmente durante los largos viajes nocturnos, pensaba en su Señor. Procurar bienes para el cuerpo y el espíritu a los demás, era su culto a Dios.

Pero el peregrino agotado sentía la cercanía de la muerte y se dispuso a ordenar lo que faltaba ordenar. El 8 de febrero de 1865, se encontró en Brixen donde el obispo. El mismo dia, al atardecer, llegó a Innsbruck. Durante la noche llegó a la altura del paso Arlberg, en diligencia o en trineo. El jueves 9 de febrero, entrada la noche, estuvo en Altstätten. ¿Por qué tanta prisa? El Gobierno de Graubünden quería confiscar el hospital de Coira y la pieza del vicario general. En Altstätten esperaba la superiora de Coira, para una entrevista. Al verlo tan acabado físicamente, la hermana le pidió llena de compasión:

"¡Padre superior, antes de volver al Erzgebirge, usted debe descansar unos días en el hospital de Coira, lo necesita con urgencia!" "¡No se preocupe! En cuanto termine mis asuntos, vendré por unos tres días al hospital y luego me quedaré en Coira." Estas palabras se cumplirian, pero de otra manera.

De Altstätten viajó a San Galo y pasó donde las hermanas de Ingenbohl que atendían la Casa de Huérfanos. Enseguida visitó el convento capuchino de Wil, donde quería estar libre por unas horas, de todas sus preocupaciones y quehaceres. Pero lo primero que hizo al entrar al querido convento, fue recibir el sacramento del perdón. Con humildad de niño, puso sus debilidades humanas en las manos de Dios. Reconfortado, dejó a sus hermanos y salió al invierno frío. El lunes 23 de febrero, asuntos de negocios exigían su presencia en Thal. Hacia la tarde, visitó una hilanderia en Heiden. Había querido dejar el difícil campo de las fábricas, y ya le estaba pasando un nuevo plan de ayuda por la mente:

"Appenzell-Ausserrhoden tiene su industria. ¿Pero la

pobre gente de Innerrhoden? ¿Si se pudiera abrir una fábrica allá? Las posibilidades de trabajo no nacen solas."

Después de haber visitado la fábrica, el capuchino quería despedirse. El nublado dia de invierno ya se habia transformado en negra noche. El P. Florentini quería irse luego después de la cena:

"Tengo que tomar el tren, porque el 15 debo estar en Bohemia."

Pero el amable dueño del "Hotel Schweizerhof" no dejó marcharse tan pronto al conocido huésped. Ya se había corrido por todo el pueblo la noticia de su llegada. Y el profesor de la escuela secundaria, estaba reuniendo al coro masculino para dar una serenata en honor del distinguido personaje. Eran todos protestantes, que recordaban con gratitud todo lo que el amigo de los pobres y de los trabajadores había hecho en Suiza y en el extranjero, sin distinción de religión o procedencia. Luego le tocó decir un discurso. La gente no queria dejar pasar la ocasión de escuchar personalmente al famoso predicador y filántropo. El P. Teodosio relacionó sus ideas con una palabra de San Agustín. Al final del discurso, el profesor pidió al P. Teodosio que le anotara en su agenda este pensamiento en latín. El capuchino tomó su pluma y con un gran impulso escribió lo último que tenemos de su mano como testamento perdurable:

"¡In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas!

¡En lo necesario unidad, en la duda libertad, en todo el amor!"

Las canciones cesaron. Las luces se apagaron. El P. Teodosio se fue a su pieza en el hotel. Al día siguiente se levantó de madrugada, para rezar su breviario. Después bajó al comedor donde se quedó rezando, en espera del trineo que lo llevaría al cercano pueblo de Grub, donde pensaba celebrar misa junto con un sacerdote amigo. Pero de repente este hombre de gran estatura y de larga barba blanca, sintió un mareo.

"¡Un vaso de agua!" le pidió con voz ahogada a la empleada que acudió en su ayuda. La crisis parecía estar disminuyendo, cuando salió a la puerta de calle a tomar aire fresco. En el umbral se desplomó el hombre envejecido prematuramente y entre estertores pidió:

"¡Ayúdenme a levantarme!"

Ahora su voz le falló completamente. El dueño del hotel y sus empleados llevaron al semiparalizado a su pieza. Avisado el párroco de Grub, le trajo la comunión y le dio el viático. Había sufrido un ataque cerebral. Repetidas veces él mismo hacía la señal de la cruz. Más tarde, aparecian de los pueblos vecinos, hermanas de Menzingen e Ingenbohl. Unidas alrededor de la cama, rezaban y sollozaban como hijos lloran a su padre moribundo. Por última vez pudo hablar y dijo con un suspiro:

"¡Dios mio, Dios mio!"

Más de treinta horas resistió a la hermana muerte, luchando hasta el final con la misma fuerza que había caracterizado su vida. El miércoles 15 de febrero, a las 14,30 se apagó la vida del que había sido bautizado con el nombre de Antonio Crispín, pero su amor no se apagó.

A la mañana siguiente, la población de Heiden le dio la despedida. El tren lo llevaría por el valle del Rhin, hasta la capital de Graubünden, donde una gran multitud esperaba sus restos mortales. Durante tres días fue velado en el hospital de la Santa Cruz, ahora, después de su muerte, el destino de ser un hombre discutido no quería dejar tranquilo al audaz creador de obras caritativas, reformador de la educación y político social. Malas lenguas cuchicheaban:

"Se suicidó, porque estaba en un callejón sin salida. Con la muerte prematura, el seguro tendrá que pagar una gran suma que favorecerá sus obras en dificultades."

El examen médico, hecho por once expertos decia otra cosa. Una gran cantidad de sangre se había acumulado en el cerebro, originando una fuerte contusión al lado derecho. Generalmente este tipo de derrame suele causar la muerte instantânea. Hasta media noche desfilaron sacerdotes, religiosos y laicos, de ambas confesiones delante de su urna. Su rostro sereno irradiaba paz, después de una vida sin descanso. Se veia pobre, el vicario general en el hábito café de capuchino. Su vida había sido infinitamente rica y nos dejaria las obras inmortales de su amor. El sábado a las tres de la tarde, sonaban las campanas de todas las iglesias protestantes y de la catedral católica. El obispo Nicolás Francisco Florentini, los presbiteros de la catedral, autoridades del cantón y de la ciudad, representantes de otros cantones, hermanas de Menzingen e Ingenbohl, sacerdotes, hermanos capuchinos y todo el pueblo, asistieron a los funerales. El párroco de la catedral, un capuchino, dijo el discurso fúnebre.

La noticia de la muerte de este suizo inolvidable, conmovió también a amplias esferas en el extranjero. Casi todos los diarios y revistas importantes de Europa central, trajeron la noticia. Periodistas, historiadores y oradores de congresos, rindieron homenaje al que había dejado en el mundo y en la Iglesia las huellas de su espíritu y de sus obras.

En el cementerio de la catedral, encontró este hombre inquieto su último lugar de descanso. El año 1906, sus restos fueron trasladados a la Casa Madre de Ingenbohl, porque de alli había salido también la salvación de su herencia.

* * *

¿Con qué fin, el P. Teodosio se había fatigado y afanado tanto, luchando una vida entera y exponiéndose a la crítica, a la calumnia y a la persecución? Su genio rompia el marco restringido de los términos medios. Pero él consideraba su fuerza de trabajo, su dinamismo y sus resultados, un regalo de Dios. Los éxitos los atribuía a Dios, los fracasos a sus debilidades humanas. Era modesto y humilde, conocía sus debilidades y sufría por ellas, más de lo que otros podían sospechar. Siempre se esforzaba por dominar su impaciencia y fogosidad. Sólo el amor de Cristo lo impulsaba en estos grandes esfuerzos. Todo su programa y su actuar estaban impregnados del deseo de anunciar el Evangelio, no sólo en los púlpitos y tribunas, sino por su realización concreta en las circunstancias dadas.

Y ahora su vida se había interrumpido repentinamente. La noticia de su muerte inesperada produjo consternación. Prensa y predicadores, libros y folletos se hacían competencia en alabar al excepcional apóstol de la época moderna y rendirle un homenaje de gratitud. Pero pronto, las columnas de los diarios volvieron a llenarse con noticias cotidianas. También después de la muerte de un gran personaje, la vida continúa su curso.

El 15 de febrero de 1865, dejó al Instituto de Ingenbohl con una profunda herida. Las hermanas habían perdido a su padre, amigo y promotor, pero no su espíritu. La profunda piedad del superior y su imperturbable espíritu de trabajo, eran para las hermanas un estímulo para una en-

trega generosa. Igualmente, las hermanas de Menzingen, lloraban la muerte de su padre, fundador y bienhechor. Ellas quedaban dos veces huérfanas, pues M. Bernarda, hija primogénita del P. Teodosio, se había ido a la eternidad antes que él.

La liquidación de las fábricas, fundadas por Teodosio, dejó al descubierto grandes deudas. ¿Quién debería responder jurídicamente por ellas? Ni la Orden capuchina, ni el Instituto de Ingenbohl, puesto que Teodosio había actuado como persona particular. La circunspecta madre M. Theresia, considerada santa ya durante su vida, había consentido en todos los planes aventureros del superior. Pero nunca miró con confianza a las industrias. De malas ganas había dado hermanas para Oberleutensdorf. Sin embargo, por respeto y cariño, cargó con todas las deudas. Sus consejeras estaban de acuerdo. Como ninguna otra persona, la Hna. Theresia había conocido las ideas y metas del gran luchador, quien no temía esfuerzos, riesgos ni humillaciones para servir a la Iglesia. Y esta mujer fuerte se decía:

"Si el P. Teodosio hubiera dejado fondos, no faltarian pretendientes a la herencia. Sin su culpa, los negocios fracasaron. Si los acreedores no reciben su dinero, ya nadie creería en las buenas intenciones del superior. No dejaremos hacer bancarrota a nuestro fundador difunto. Todas las hermanas de la Santa Cruz debemos defender su buen nombre. Porque ya antes fue acusado de ser infiel y ligero, de no guardar la pobreza religiosa. El llevó dignamente el hábito de San Francisco. Yo conocía de sobra su sencillez."

Otra razón más llevó a la valiente mujer a hacerse cargo de las deudas: su gran sentido de justicia que deseaba responder en nombre del difunto a las exigencias legitimas que se le hacían. Las hermanas redujeron aún más sus gastos personales, salieron a mendigar a aquellos países con los que Teodosio había mantenido relaciones más estrechas por sus fábricas. Casi siempre tuvieron acogida y volvían a la Casa Madre, cansadas de andar. Allí solian encontrar a la superiora trabajando inclinada sobre los números crueles, ella daba gracias a Dios por cada deuda que podia eliminar. Aparecían deudores en los que nadie había pensado. No faltaban pillos ávidos de dinero que querían sacar provecho de la difícil situación del Instituto. Fue doloroso que, incluso un sobrino de Florentini presentó una de las exi-

gencias más descaradas. Fue necesario llegar a un juicio, pero este comprobó la falta total de fundamento. Por suerte, también hubo acreedores que, por amor a la causa, renunciaron a sus derechos. Madre Theresia Scherer manifestó su talento increible para lo administrativo y un día, Ingenbohl había cancelado toda la deuda. Fue un sacrificio libre, pero doloroso. Se transformó en una bendición para todas las fundaciones de Teodosio. Con fidelidad y valor, las Hermanas de la Santa Cruz llevaron la herencia espiritual, el querer y las obras del audaz precursor de tiempos nuevos a todo el mundo, aunque éste es ingrato y olvida rápidamente lo que Dios es capaz de realizar por medio de instrumentos humanos.

* * *

TABLA CRONOLOGICA

1808

tint on Milately

23 de mayo: Nacimiento de Antonio Crispin Floren-

| | tini en Mustair. |
|---------|--|
| 1815-25 | Estudio en Müstair, Taufers, Bozen, Stans, Baden y Coira. |
| 1825 | Otoño: Viaje a Solothurn, acontecimiento de Baden. 20 de octubre: Entrada al convento en Sion. |
| 1826 | 22 de octubre: Profesión religiosa de fray Teodosio. |
| 1826-29 | Estudio de Filosofía y Teología en Sión. |
| 1830 | Ordenacón sacerdotal en Sión. |
| 1831 | Maestro de novicios en Solothurn. |
| 1832-38 | Maestro de novicios y lector en Baden. |
| 1838-41 | Guardián en Baden. |
| | Director de María Krönung. Fundación del Pensionado María Krönung. |
| 1841 | Enero: Confiscación de conventos en Argovia. Huida a la Suiza central después a Alsacia. |
| 1841-45 | En el convento de Altdorf, actividades de escritor, en- señanza en los colegios de Altdorf y Stans. |
| 1844 | 8 de agosto: Reunión en Menzingen sobre la llegada de las hermanas maestras. |
| | Agosto-octubre: Práctica de las tres primeras religio- sas de Teodosio. |
| | 16 de octubre: Profesión de las tres. Ingreso a la Ter- cera Orden. |
| | 17 de octubre: Llegada de las primeras hermanas a Menzingen. |
| | Noviembre: Apertura de la escuela de niñas. |
| 1845 | 2 de julio: Aprobación de las Constituciones por el obispo de Coira. |
| | Septiembre: Superior y párroco en Coira. |
| | 27 de octubre: Profesión de las hermanas en Wurmş- bach. |
| | Llegada de las hermanas a la escuela de Galgenen. |
| | 161 |

| 1846 | Párroco Röllin, superior provisorio de las hermanas maestras. | 1855 | Junio: El P. Teodosio busca poderes donde los obispos de Coira y de Basilea, para la unificación de las Her- manas Educadoras con las Enfermeras. |
|---------|--|---------|--|
| 1847 | Guerra del Sonderbund, derrota de los católicos, cierre del colegio de los jesuitas en Schwyz. | | |
| 1848 | Acusación a las hermanas de ser una rama de los je- suitas. | | Septiembre: Compra de la casa de los Nigg, en Ingen- bohl. |
| 1848-49 | El asunto Städele en Menzingen. | I | Separación de las Hermanas Educadoras. Ingenbohl Casa Madre de las hermanas del sector |
| 1849 | Traslado del Instituto a Rhäzüns. Padre Teodosio, presidente de la Asociación Católica | | asistencial. Apertura del Colegio María Auxiliadora en Schwyz. |
| | de Ayuda a los Pobres en Coira. Comienzos de la industria casera en el cantón Graubünden. | | Renovación de la Casa Madre de Ingenbohl. Trabajos de construcción en la parroquia de Coira. |
| 1850 | Comienzos del trabajo con enfermos en el Planaterra. Fundación de la Sociedad de Ayuda de Menzingen. | | Viaje de colecta por Alemania. P. Teodosio en el Congreso de los Católicos Alemanes en Salzburgo. |
| | Traslado del Instituto a Zizers. Padre Teodosio, profesor de religión en el liceo de Coira. | | Diáspora y discurso de defensa en Coira. P. Teodosio evita la confiscación del convento de Müstair. |
| | Miembro de la Asociación para el Bien Común. La Hna. Theresia Scherer, primera hermana en un trabajo social. | 1857-60 | Definidor de la provincia capuchina suiza. Expulsión de las hermanas de Coira. Traslado a Ingenbohl. |
| 1851 | Retorno de las Hermanas Educadoras a Menzingen. Aprobación de las Constituciones revisadas por el | | Constitución de la comuna parroquial y escolar de Coira. |
| | Obispado de Basilea. Párroco Röllin, nombrado superior de las hermanas. | 1858-59 | Padre Teodosio, vicario en el convento capuchino de Schwyz. |
| 1852 | Llegada de la Hna. Theresia a Coira, como superiora y maestra de novicias. Comienzo de la construcción del Hospital Santa Cruz. | 1859-60 | Enfermo en Ingenbohl. Padre Teodosio, nuevamente superior en Coira. |
| | El P. Teodosio viaja a Italia: recolección para el hospital y reconocimiento pontificio de la congregación. | 1859-63 | Viaje a Viena por asuntos del convento de Müstair. Reforma del convento benedictino de Disentis. |
| 1853 | El P. Teodosio, miembro de la Comisión Cantonal de Ayuda a los Pobres. Inauguración del hospital. Publicación de la "Organización Escolar". | 1860 | Compra de la fábrica en Oberleutensdorf (Bohemia). Septiembre: Padre Teodosio es nombrado vicario ge neral de la diócesis de Coira. Fundación de la "Asociación Católica a favor de Bue |
| 1853-60 | Colecta de las hermanas en Württenberg, Baviera, Austria y Hungría. | 1861 | nos Libros". Padre Teodosio en la Asamblea de Vicarios Generales preparatoria a la Primera Conferencia Episcopa Suiza. |
| 1853-56 | Cuestión del coadjutor en Coira. | | |
| 1854 | Comienzo de una rica actividad del P. Teodosio, como predicador, misionero popular y orador, dentro y fuera del país. | . 1862 | Incorporación de los cantones de Suiza central a la diócesis de Coira, promovida por el P. Teodosio. Viaje a Roma: Informe sobre Ingenbohl, visita a la |
| 162 | | | cárceles romanas. |

Comienzo de la fábrica de papel en Thal.

Esfuerzo a favor del convento de Rheinau y de la diaspora en Zürich.

1863 Agrupación en parroquias de los católicos marginados, en los cantones de Zürich y Appenzell-Ausserhoden.

> Discurso sobre la cuestión obrera en el Congreso de los Católicos Alemanes, en Franckfurt.

> 13 de diciembre: Muerte de M. Bernarda Heimgartner.

1864 Primera Conferencia Episcopal Suiza. Padre Teodosio representante de Coira.

El Colegio María Auxiliadora pasa a manos de los obispos suizos.

Renuncia a la fábrica de papel de Thal.

1864-65 Esfuerzos por vender la fábrica de Oberleutensdorf. 15 de febrero: Muerte en Heiden. Septiembre: Madre Theresia se hace cargo de su herencia.

1906 Los restos del P. Teodosio se trasladan de Coira a Ingenbohl.

NOTA EXPLICATIVA

KULTURKAMPF: (Lucha cultural o lucha por la civilización.)
Lucha llevada por Bismark contra el Partido Católico Alemán, entre 1871 y 1872.

Bismark considera como peligroso el lugar que la Iglesia Católica pudiera tomar en la politica interna de Alemania y trataba de debilitar al Partido del Centro, que la representaba. Esta lucha estalló como consecuencia de la oposición de los "Viejos Católicos" contra el dogma de la infalibilidad del Sumo Pontífice, cuando Bismark estableció en las llamadas "Leyes de Mayo" que, seminarios menores fueran suprimidos, muchos bienes eclesiásticos confiscados y las congregaciones no hospitalarias expulsadas.

SONDERBUND: Liga separatista formada en 1844, por los siete cantones católicos suizos (Lucerna, Schwyz, Unterwal, Zug, Friburgo, Uri y Valais) descontentos por la supresión de los conventos y por la política hostil a los jesuitas. La Dieta (Landsgemeinde) proclamó la supresión del Sonderbund (1847), que se logró después de una campaña de tres semanas, dirigida por el general Dufour. Es a esa campaña que se da el nombre de "Guerra del Sonderbund".

ERZGEBIRGE: (Montes metálicos.)

Cordillera fronteriza entre Alemania y Austria, al oeste del río Elba.

GRAUBUNDEN: Cantón de los Grisones.